MARTA FLORES

Cumpliste mi mayor deseo



MARTA FLORES

Cumpliste mi mayor deseo

Primera edición.

Cumpliste mi mayor deseo

©Marta Flores

©octubre, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Capítulo 1



Me senté en el plato de ducha, con la cabeza entre las piernas, mientras las lágrimas salían sin control de mis ojos. Esas mismas lágrimas que no servían de nada, que no conseguían aliviar la sensación de opresión que tenía en el pecho. Cada día era peor que el anterior. El desánimo y la falta de ganas se habían instalado en mi vida y no parecía que quisieran marcharse. Todo se había vuelto rutina, una rutina que odiaba con todo mi ser.

Antes de seguir, os contaré un poco de mí, para que comprendáis por qué pensaba que mi vida carecía de sentido.

Nací en Madrid hace exactamente treinta años. Sí, hoy es mi cumpleaños, aunque no tengo ninguna intención de celebrarlo. Me llamo Noelia, nombre elegido por mi padre, un auténtico fanático y enamorado de la Navidad. Buscó con esmero un nombre que tuviera relación con esas fechas hasta que encontró el mío, una derivación francesa de *Noël*, que significa «Navidad».

Mi padre, Samuel, se había ido de este mundo hacía cinco largos años. Un accidente de tráfico me lo arrebató de la forma más cruel. Era mi persona favorita en el mundo. Siempre estaba presente en todo lo que tenía que ver conmigo: nunca se perdió una actuación del colegio, un cumpleaños ni ningún momento importante. Fue quien me aconsejó sobre estudios, chicos o cualquier otra cosa.

Aun siendo un hombre muy ocupado —dueño de una gran multinacional con miles de trabajadores—, siempre encontraba tiempo para mí. Las Navidades eran sagradas para él: se cogía un mes entero de vacaciones para llevarme de viaje a conocer mercados navideños, decoraciones luminosas o

los lugares con los mejores dulces. Sin duda, donde más disfrutamos fue en nuestras cuatro visitas a Finlandia, concretamente al pueblo de Rovaniemi, el que dicen que es la casa de Papá Noel.

Pensaréis que no tengo madre, al no haberla mencionado en nada de lo que hacía con mi padre. Pues sí la tengo, pero es como si no la tuviera.

Mi madre, Diana, era una mujer que vivía por y para ella. Se quedó embarazada de mi padre cuando tenía dieciocho años; él ya era un hombre hecho y derecho, casi de treinta, guapo y rico. Cuando ella lo conoció, vio su oportunidad de vivir como una reina y no paró hasta conseguirlo. Mi padre, un hombre de honor, cuando supo que estaba embarazada, se casó con ella. Y maldita la hora, porque le amargó la vida hasta el último día.

Caprichosa y egoísta, nunca se conformaba con nada y siempre hacía lo que le daba la gana. Jamás se ocupó de mí: con sus fiestas y sus compras tenía más que suficiente.

Cuando tenía veinte años, me senté seriamente a hablar con mi padre y le pedí que se separara de ella de una vez. Le costó, pero al final me hizo caso. Mi madre le puso mil trabas en el divorcio, pero como lo que más le gustaba era el dinero, firmó sin dudarlo cuando él le ofreció una generosa cantidad mensual proveniente de los beneficios de la empresa.

Mi padre siempre tuvo claro que yo no seguiría sus pasos en la empresa. No era lo mío. Aunque estudié Gestión y Finanzas por si alguna vez tenía que echarle una mano, mi verdadera pasión era la cocina, concretamente la repostería. Supongo que tantos viajes y tantos dulces diferentes a lo largo del mundo despertaron en mí las ganas de crear los míos propios.

Miles de veces hablamos de mi sueño: abrir una gran pastelería donde se vendieran todo tipo de dulces, sobre todo navideños. Pero con la muerte de mi padre, ese sueño se quedó en eso: un sueño.

Tras su muerte, y aprovechando mis momentos más bajos, mi madre no tardó en manipularme. Me repetía sin descanso que no podía dejar la empresa a la deriva, que debía ocuparme de ella. Su argumento estrella era que sería

de mala hija permitir que unas manos desconocidas se quedaran con lo que mi padre había levantado desde cero, que era mi deber honrar su memoria.

Si no me hubiera dejado convencer, si hubiera seguido el consejo de mi padre, seguramente ahora no me sentiría tan vacía. Casi puedo oírle diciéndome:

—Noelia, tú no estás hecha para estar encerrada entre cuatro paredes, sepultada por papeles. Has nacido para alegrar a la gente con tus dulces llenos de amor.

Mi mejor amiga, Leire —que además era mi secretaria—, me decía casi a diario que rompiera con todo: que vendiera la empresa y mandara a la mierda a mi madre para que dejara de manipularme y chuparme la sangre. Porque, además, todos los meses me pedía dinero. Según ella, lo que recibía del acuerdo del divorcio era tan poco que no le alcanzaba para vivir.

Leire también me insistía en que dejara a Víctor, mi novio desde hacía tres años. Tenía claro que lo nuestro no iba a ninguna parte. Otro aprovechado más: hijo de una amiga de mi madre; fue ella quien me obligó a contratarlo. Se pasaba más tiempo fuera de la empresa que dentro. Supongo que seguía con él por pura inercia, porque de amor ya no quedaba nada. Y en la cama… bueno, tampoco era gran cosa.

María, mi querida nana, había sido la cocinera de mi padre y la mujer que me cuidó desde que nací. Para mí, ella sí era como una madre, aunque por su edad pudiera ser mi abuela. Cariñosa y atenta, pero con carácter: cuando algo no le gustaba, sacaba un genio que mejor era echarse a un lado. Cada vez que veía aparecer por casa a mi madre o a Víctor, murmuraba entre dientes:

—Al final voy a tener que sacar el espray para espantar a los parásitos.

Que necesitaba un cambio en mi vida estaba claro. Solo me hacía falta un empujón… o una hostia de realidad, como decía mi psicóloga, para ser valiente y romper con todo lo que no me hacía feliz.

Llevaba tiempo dándole vueltas a una idea que aún no había compartido con nadie, porque estaba segura de que me tacharían de loca, sobre todo mi

madre y Víctor. Para ellos era vital que yo siguiera donde estaba, trabajando en la empresa, para que pudieran continuar con su buena vida a mi costa.

Pero eso se iba a acabar. Como decía María: «Si tu padre levantara la cabeza y viera cómo se apaga tu luz cada día un poco más, estaría de lo más decepcionado contigo». Tenía razón. Mi padre siempre supo que mi sitio no estaba en la empresa. Nunca quiso que siguiera sus pasos, por mucho que mi madre se empeñara.

En mi última sesión con la psicóloga —la que, por cierto, me estaba ayudando muchísimo a sobrellevar la mierda de vida que tenía—, me dijo muy claro que ya no podía ayudarme más si yo no me dejaba ayudar.

Tenía que hacer un cambio, y hacerlo ya. No podía seguir viviendo a base de pastillas para la ansiedad y para dormir.

Hoy, el día que cumplía treinta años, iba a ser el último en el que me levantaría llorando y me acostaría igual. Hoy iba a romper con todo.

Daré un golpe encima de la mesa y diré: hasta aquí he llegado.

Capítulo 2



Cuando me paré junto a la mesa donde estaba sentada mi amiga Leire, observé cómo movía los papeles de un lado a otro, con esa concentración que la caracterizaba. Seguramente estaba preparando todo el papeleo que tendría que firmar y revisar a lo largo de aquel día, y solo verla tan aplicada me provocó un cansancio anticipado.

Alzó la mirada y me sonrió con ese cariño que siempre conseguía ablandarme el corazón. Gracias a ella los días se me hacían un poco menos infernales allí dentro, entre esas paredes grises que parecían absorber el aire.

Leire y yo éramos amigas desde la guardería, casi hermanas. Habíamos crecido juntas, pasado por las mismas etapas y los mismos desastres, sosteniéndonos la una a la otra en los peores momentos. Ella siempre había estado, sin pedir nada a cambio.

Se levantó enseguida para darme un beso en la mejilla, como hacía cada mañana desde que asumí este cargo y la contraté como mi secretaria personal y mano derecha. Ese gesto diario era casi un ritual, un recordatorio silencioso de que, aunque todo se me viniera abajo, no estaba completamente sola.

—Buenos días, corazón. ¡Felicidades! Madre mía, treinta años ya… —dijo abriendo los brazos con entusiasmo—. Qué viejas nos hacemos.

Su tono era tan alegre y natural que no pude evitar sonreír, aunque por dentro sintiera que cada año me pesaba como una losa.

—Muchas gracias —respondí intentando sonar animada—. Y sí, tienes toda la razón, nos hacemos viejas. Pero yo, además de serlo, también me siento así. Solté un pequeño bufido—. Y a la pregunta de cómo me he levantado, pues ya sabes la respuesta de siempre: harta de todo.

—Noelia… no puedes seguir así, te estás consumiendo —me dijo, riñéndome con ternura.

—Lo sé. Hoy me he levantado y me he dicho a mí misma que hasta aquí. No puedo más, Leire. De verdad que no puedo.

—¿De verdad? —preguntó, casi saltando de la silla—. No sabes la alegría que me das. Llevo años esperando escuchar eso de tu boca. Sinceramente, ya se me estaba acabando la paciencia. —Soltó una risita nerviosa—. Estaba a punto de secuestrarte y llevarte a la otra punta del mundo, encerrarte en una cabaña o en la mazmorra de algún castillo hasta que reaccionaras.

—De verdad de la buena —dije sonriendo—. Entre María, mi psicóloga, y tú, me habéis empujado a dar el paso para romper con todo.

—¡Ole, ole y ole! Así se habla. —Me miró con una chispa traviesa—. ¿Cómo piensas hacerlo? ¿Mandarás a la porra, de una patada, a los chupópteros de tu madre y a Víctor, no?

—Cada cosa a su tiempo —contesté con calma, aunque una sonrisa amarga se me escapó—. Pero sí, eso llegará. Lo primero es lo primero. Quiero que me consigas una reunión, lo antes posible, con Miguel de Castro.

—¿El amigo de tu padre? ¿El que te ha ofrecido varias veces comprarte la empresa?

—Ese mismo. —Me crucé de brazos y la miré con determinación—. Si consigo llegar a un buen acuerdo con él, venderé. Con el dinero que saque tengo un proyecto en mente… algo que, cuando te lo cuente, espero que no te parezca una locura. Y, sobre todo, que quieras acompañarme en la aventura que tengo pensada.

—No tengo que pensarlo, Noe. Ya te digo aquí y ahora que te seguiré a donde sea. No eres la única que está hasta el gorro de trajes, reuniones y oficinas. Yo solo sigo aquí por ti, y lo sabes. Esto me gusta tan poco como a ti.

—Te agradezco que no me hayas dejado sola —le dije, emocionada—. No sé qué hubiera sido de mí sin ti estos años, aguantando entre estas cuatro paredes.

—No tienes que agradecerme nada. Sabes que te quiero como a una hermana, y estaré ahí siempre, igual que tú lo estuviste conmigo. ¿O es que ya no recuerdas quién me sostuvo la mano día tras día cuando murieron mis padres?

Esa frase me golpeó en el pecho. Las dos compartíamos el mismo tipo de dolor, aunque ella lo había vivido por partida doble. Un accidente de tráfico también le había arrebatado a sus padres cuando tenía veinte años. Aquella herida nunca se cerraba del todo, y quizá por eso nuestro lazo era tan fuerte: porque sabíamos lo que era perderlo todo.

—Yo también te quiero muchísimo, ya lo sabes —dije con una sonrisa sincera.

No había terminado de hablar cuando el teléfono de mi mesa comenzó a sonar con insistencia. Puse los ojos en blanco y solté un bufido resignado. Me acerqué a cogerlo mientras murmuraba:

—Ni el día de mi cumpleaños me dan tregua…

Antes de descolgar, me giré hacia Leire.

—Conciértame esa reunión cuanto antes, por favor.

Ella asintió con la cabeza, se sentó de nuevo y abrió su agenda con agilidad, lista para cumplir mi petición.

Media hora después seguía pegada al teléfono. Me lo cambié de oreja varias veces, porque ya la tenía roja y el cuello tenso.

Leire apareció de nuevo en el despacho, y al verme en la misma posición soltó un resoplido tan suave que apenas se oyó. Se acercó y me dejó un papel encima de la mesa, sin decir palabra. En él ponía que tenía la reunión con Miguel de Castro aquel mismo día, a las cinco de la tarde, en su oficina.

Levanté la mirada hacia ella y, al mismo tiempo, alcé el pulgar con una sonrisa cómplice. Ella me devolvió la sonrisa con un guiño antes de salir.

—Niña, hora de comer —me dijo Leire de repente, sobresaltándome. Estaba tan concentrada leyendo un informe que no la había oído entrar.

—¿Comer? ¿Qué hora es? —pregunté, levantando la vista del papel como quien despierta de un sueño.

—Son las dos y media, Noelia. —Leire cruzó los brazos, fingiendo estar seria—. Si no fuera por mí, no comerías ningún día. Te pones con los papeles y se te pasa el tiempo sin enterarte.

—Tienes razón —sonreí con un gesto cansado—. Dame un minuto, apago el ordenador y bajamos.

Normalmente comíamos en la cafetería de las oficinas; era un sitio luminoso y moderno, que además tenía menús variados y la comida era sorprendentemente buena.

Ese día Leire eligió una ensalada y pescado a la plancha; siempre decía que tenía que "compensar los atracones de los fines de semana". Yo, en cambio, llevaba toda la mañana soñando con la pasta. Desde pequeña había sido mi plato favorito, y cuando en la cafetería tocaban espaguetis a la carbonara, no había duda posible porque estaban para chuparse los dedos.

Con las bandejas cargadas, nos acercamos a una mesa en la que ya estaba sentada Patricia, la recepcionista, moviendo las manos mientras hablaba con una compañera. Al vernos, se despidió y nos hizo señas con entusiasmo.

Patricia era la tercera pieza de nuestro pequeño trío, la que completaba la ecuación perfecta. Desde el primer día que Leire y yo empezamos a trabajar en la empresa, conectamos con ella de una forma natural, como si nos

conociéramos de toda la vida. Tenía una energía contagiosa, una sonrisa cálida que se mantenía incluso en los días grises, y una paciencia infinita para lidiar con clientes imposibles.

—¿Qué dicen mis niñas? —nos saludó Patricia con su eterna sonrisa, esa que no perdía ni en los peores días.

—¿Tus niñas? —replicó Leire, arqueando una ceja divertida—. Lo dices como si nos recogieras a la salida del colegio.

Las tres reímos, y por un momento el cansancio de la mañana desapareció.

—Bueno, tanto como hijas no, tampoco te pases. Dejémoslo en sobrinas, para no verme más vieja de lo que soy —replicó Patricia divertida. Los quince años que nos separaban la convertían en una especie de hermana mayor protectora, aunque ella insistiera en que no.

—Vieja, tú… ¡ni hablar! Viejos son los trapos —le dije dándole un beso en la mejilla.

—¡Ahí va, casi se me olvida! —exclamó Patricia de pronto—. Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz… —Me cantó en voz baja, moviendo los brazos con ritmo.

—Muchas gracias —le respondí entre risas, contagiada por su entusiasmo.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó mientras removía su café—. En la recepción ha sido un auténtico caos. La gente está más pesada que una vaca en brazos, te lo juro.

—Como siempre —contesté con resignación—. Teléfono, papeles, papeles y más teléfono. —Hice un gesto de agotamiento y apoyé la barbilla en la mano.

Patricia me observó un instante en silencio y luego me tomó la mano, dándole un pequeño apretón que me transmitió más ánimo que mil palabras.

—Venga, anímate un poco. Verás cómo dentro de poco esa apatía desaparece y vuelve la Noelia sonriente que tanto echo de menos.

Leire, que en ese momento se llevaba un trozo de pescado a la boca, levantó la vista y dijo con una sonrisa cómplice:

—Y tanto que va a volver. Si todo sale bien, será más pronto de lo que imaginas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Patricia, arqueando una ceja—. ¿Qué me he perdido?

Entre Leire y yo le contamos, casi a dúo, lo que tenía planeado para esa tarde: la reunión con el amigo de mi padre y mi intención de vender la empresa. Mientras hablábamos, podía ver en los ojos de Patricia una mezcla de sorpresa, alivio y orgullo. Parecía alegrarse tanto como Leire.

—A mí no me dejes aquí, ¿eh? —dijo de golpe, dejando el tenedor sobre la bandeja—. Si tienes un proyecto en mente y hay un hueco para mí, cuenta conmigo desde ya.

—Todavía no os voy a contar en qué consiste —advertí, sonriendo ante su entusiasmo—. Si consigo vender, seréis las primeras en saberlo. Pero sí puedo deciros algo: me encantaría trabajar con vosotras. Sois las dos únicas personas con las que me imagino empezando de nuevo.

—Leire ya te habrá dicho que sí —contestó Patricia sin dudarlo—. Pues mi respuesta es la misma: acepto, aunque no sepa de qué va. —Se encogió de hombros—. No me hace falta saberlo para confiar en ti.

—Gracias, de verdad. Esperaba que así fuera, pero si cuando os cuente el plan no queréis seguirme, lo entenderé perfectamente. Porque una de las cosas que puede echaros para atrás es que no será en esta ciudad.

Las dos se miraron, y luego Leire habló la primera, sin dejar espacio a las dudas:

—A mí no me ata nada aquí, Noe. Tú eres mi única familia, así que voy donde vaya mi hermana.

—Yo igual —añadió Patricia enseguida—. Aquí solo tengo a mis tíos y mis primos, y cada uno va a lo suyo. Ya va siendo hora de hacer mi vida, y si eso

implica empezar contigo, pues allá que voy.

Después de comer, volví al despacho para dejar cerrado todo lo pendiente. Suponía que la reunión duraría bastante, y no pensaba regresar esa tarde.

El tráfico era infernal; el taxi tardó casi media hora en llegar hasta la oficina donde me esperaba Miguel.

La recepcionista del mostrador avisó enseguida en cuanto le dije quién era y me pidió que subiera a la última planta.
Miguel me recibió en la puerta con una sonrisa cálida.

—Buenas tardes, Noelia. Estás igual de bonita que siempre —dijo dándome dos besos en las mejillas.

—Buenas tardes, Miguel. Por ti no pasan los años, sigues igual de apuesto —le respondí con cortesía.

—Pasa, hablaremos en mi despacho. ¿Te apetece un café o algo más?

—Un café está bien, gracias.

Antes de cerrar la puerta, pidió a su secretaria que nos trajera dos cafés y que no nos interrumpieran. Después me indicó el sillón frente a su escritorio. El despacho era amplio y luminoso, con grandes ventanales que dejaban entrar la luz de la tarde. Me senté, y mientras él organizaba unos papeles, observé los cuadros de la pared: fotografías de viajes, un par de diplomas y una imagen de él y mi padre riendo juntos.

—Tú dirás, Noelia —dijo al fin, entrelazando las manos sobre la mesa—. Confieso que me ha sorprendido la llamada de tu secretaria. Estoy intrigado.

—He preferido venir en persona. Lo que tengo que decirte no quería hacerlo por teléfono —admití, algo nerviosa.

—Las cosas importantes se hablan cara a cara —respondió con serenidad —. Y por tu nerviosismo, diría que esta lo es.

—Sí, lo es. Quería preguntarte si sigues interesado en comprarme la empresa.

—Por fin —sonrió—. Llevo esperando este momento cinco años. Tu padre sabía que allí no serías feliz. No debiste escuchar a tu madre, esa mujer…

—Tienes razón —le interrumpí con tristeza—. Me dejé convencer, y no debí hacerlo. Me pilló en el peor momento de mi vida, y no pensé con claridad. Después de la muerte de papá, no tenía la cabeza en su sitio.

—Lo entiendo. Tu padre te adoraba, y créeme, estaría orgulloso de verte aquí hoy. —Luego sonrió—. Y voy a darte una alegría. Para que por fin busques tu felicidad, porque te conozco bien, y sé que en esa empresa no la encontrarás jamás. Así que sí, Noelia. Te la compro.

Cuando oí su respuesta, solté el aire que llevaba conteniendo. Una sonrisa, la primera sincera en mucho tiempo, me escapó de los labios.

—Estupendo. —Tragué saliva—. No te imaginas lo que esto significa para mí. Acabas de salvarme la vida, Miguel.

—Tanto como salvarte la vida no sé, pero espero que nuestro acuerdo te ayude a encontrar tu sitio.

—Lo encontraré —aseguré, y por primera vez lo sentí de verdad—. Estoy segura.

—Bien. —Se inclinó hacia delante—. Entonces negociemos las condiciones.

La conversación se prolongó durante más de una hora. Hablamos de cifras, de personal, de activos… pero por primera vez en años, no sentí que me pesara. Cada palabra que firmaba, cada detalle que quedaba cerrado, me acercaba un poco más a la libertad.

Miguel fue más que generoso. Se comprometió no solo a comprar la empresa, sino también a mantener los puestos de todos los empleados que quisieran seguir bajo su mando. Eso me aliviaba enormemente; no quería cargar con más culpa de la necesaria.

Cuando todo estuvo firmado, Miguel me tendió la mano y la apretó con fuerza.

—Tu padre estaría orgulloso, Noelia. De ti y de esta decisión. No lo dudes.

—Gracias —dije, con un nudo en la garganta—. No sabes cuánto necesitaba escuchar eso.

Salí del despacho con una sensación extraña: una mezcla de vértigo, alivio y una paz interior que hacía años no sentía.

Me subí al taxi y le pedí al conductor que me llevara a casa de mi madre. Tenía que enfrentarme a ella, contarle los cambios que se avecinaban. Y después, pensaba pasar por casa de Víctor para hacer lo mismo.

Pero la vida, caprichosa como siempre, tenía otros planes.

Las casualidades —o quizá las señales— hicieron que aquella segunda visita no fuera necesaria.

Capítulo 3



Cuando iba a casa de mi madre, nunca solía llamar al timbre. Siempre entraba con mis llaves; ella misma me lo había pedido, porque decía que la obligaba a levantarse del sofá e interrumpir su «descanso».

Pasé por la cocina —lo primero que había al entrar—, y fue entonces cuando escuché unos ruidos que me resultaron extraños, casi como gemidos apagados. Fruncí el ceño. Pensé que debía estar equivocada. A esas horas, las siete de la tarde, mi madre solía estar tumbada en el sofá viendo alguna serie, así que imaginé que sería el volumen de la televisión demasiado alto.

Pero cuando crucé el umbral del salón, me quedé paralizada. Lo que vi hizo que se me desencajara la mandíbula. Víctor estaba sentado en el sofá, completamente desnudo, mientras mi madre, arrodillada frente a él, le practicaba una felación con tal entusiasmo que pensé que iba a desencajarse el cuello. Él levantó la cabeza y, al verme, se quedó blanco en cuestión de segundos.

—Para… para, Diana —le dijo, agarrándola del pelo para separarla, pero ella seguía tan concentrada que parecía no querer soltarlo.

—¿Qué pasa, amor? ¿No quieres terminar en mi boca? —respondió ella con descaro.

Al oírla, y ante lo surrealista de la escena, no pude evitar soltar una carcajada. Fue entonces cuando mi madre se giró, se dio cuenta de mi presencia y se levantó tan desnuda como había venido al mundo, con una desfachatez que me dejó sin palabras.

—¿Qué haces aquí, Noelia? —espetó con tono de fastidio—. Al final voy a tener que quitarte las llaves. No puedes entrar en mi casa a molestarme cuando te venga en gana.

—¿Tienes la poca vergüenza de recriminarme que entre en tu casa a molestarte, cuando estás ahí dándole al matarile con mi novio? —le solté, cargada de ironía.

—Noelia, esto no es lo que pare… —empezó a decir Víctor, pero levanté la mano para interrumpirlo.

—Mira, ni te molestes en acabar esa frase. Está muy oída.

—¿Qué querías, Noelia? —soltó mi madre, imperturbable, cruzándose de brazos—. Date prisa en decir lo que sea. Como ves, estamos ocupados.

La miré incrédula. Aquella mujer debía haber perdido la cabeza del todo.

¿De verdad podía estar tan tranquila después de acostarse con el novio de su hija? Si alguien me lo hubiera contado, no lo habría creído.

—Mira, en el fondo me habéis hecho un favor estando los dos aquí —dije, conteniendo la rabia—. Tenía pensado ir a verte después para mandarte a la mierda, Víctor, pero me habéis ahorrado el paseo. Así os lo digo a los dos a la vez.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi madre, poniéndose a la defensiva.

—Os lo resumo para que lo entendáis bien —respondí con calma helada—. He vendido la empresa. A partir de mañana, mamá, ya puedes buscarte la vida y hacer algo que nunca has hecho: trabajar. El dinero que recibías provenía de los beneficios de la empresa, pero eso se acabó.

»Y tú, Víctor, tendrás que hablar con el nuevo dueño si quieres seguir allí. Te aconsejo que cambies de actitud, porque si no, no duras ni una semana. —Me crucé de brazos—. No te van a consentir cobrar por pasearte.

La cara de ambos era un poema. Tuve que morderme el labio para no reírme.

—¿Qué coño dices? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre vender la empresa? —me soltó mi madre con ese tono suyo, entre desprecio y berrinche.

—Loca habría estado si hubiera seguido allí —le respondí firme—. Sabes que nunca me gustó. Bastante he aguantado.

—¿Y qué quieres que haga yo ahora? —dijo alzando la voz—. Tendrás que darme la mitad del dinero que te han dado.

—No te lo crees ni tú. Ya puedes ir buscando trabajo, porque de mi parte no verás ni un euro más. Bastante nos has sangrado a mi padre y a mí durante treinta años. Además, ese dinero ya tiene destino.

A medida que hablaba, su cara iba transformándose. Sus ojos destilaban un odio tan frío que me dio hasta escalofríos.

—No serás capaz de hacerme eso. Soy tu madre.

—Una madre no solo es la que pare, sino la que ejerce como tal —dije despacio—, y tú nunca lo has hecho.

—¿Y qué es eso de que el dinero tiene un destino? —preguntó Víctor, con voz tensa.

—Eso, que está destinado a cumplir un sueño —le respondí mirándolo fijamente—. Un sueño en el que ninguno de vosotros dos está incluido. Esta es la última vez que me veréis. Me marcho de la ciudad. Os deseo mucha suerte en vuestra relación, de verdad. Os merecéis el uno al otro.

Los dejé allí, chillando como dos locos, lanzándome insultos y reproches. Pero no me giré. Caminé hasta la puerta con la cabeza alta, sabiendo que, por fin, había hecho lo correcto.

Ya en la calle, saqué el móvil del bolso. Mientras discutía con mi madre, había sentido que sonaba. Era un mensaje de Leire.

Leire: *Corazón, ¿qué tal ha ido todo?*

Noelia: *Fenomenal, ya he firmado la venta. Miguel ha sido muy generoso en el acuerdo.*

Leire: *Me alegro muchísimo por ti. Por fin te alejarás de un sitio que solo te hacía daño.*

Noelia: *Estoy muy contenta, y tengo muchas ganas de contaros mañana mis planes.*

Leire: *Conociéndote, seguro que serán maravillosos. ¿Cuándo le vas a decir a tu madre que se le acabó vivir del cuento?*

Noelia: *Acabo de salir de su casa hace cinco minutos. Ni te imaginas lo que me he encontrado al entrar.*

Leire: *De tu madre me espero cualquier cosa. Creo que me digas lo que me digas, nada me sorprendería.*

Noelia: *¿Ni siquiera si te digo que estaba sacando brillo al sable de Víctor con su boca?*

Leire: *¿Me estás vacilando? Dime que sí, por favor. No me puedo creer que tu madre se estuviera tirando a tu novio.*

Noelia: *Bueno, a tirárselo no había llegado todavía. Supongo que los interrumpí. Por lo menos hoy, porque estoy segura de que no era la primera vez.*

Leire: *Qué fuerte me parece. Vaya par de desgraciados. Les habrás dicho cuatro cosas, ¿no?*

Noelia: *¿Para qué? No pienso gastar ni un minuto más de mi tiempo ni mi saliva en semejantes personajes. Solo les he dicho que he vendido la empresa y que se busquen la vida, que de mí no van a sacar ni un euro más. Los dejé chillando como dos pirados.*

Leire: *Has hecho bien. Ahí se demuestra quién tiene clase y saber estar. ¿Vas a ir mañana a la empresa?*

Noelia: *Sí. Haré una reunión con todos los empleados para explicar la venta. He quedado con Miguel allí a las nueve.*

Leire: *Genial. ¿Ahora te vas a casa?*

Noelia: *Sí, estoy agotada. Me daré una ducha, cenaré algo ligero y a la cama.*

Leire: *Pues yo haré lo mismo. Mañana nos vemos. Que descanses.*

Noelia: *Ídem. Un beso.*

La ducha me sentó de maravilla. El agua caliente arrastró parte del cansancio y la rabia que aún me hervían por dentro. Envuelta en el albornoz, fui a la cocina para ver qué delicias me había dejado mi querida María en el frigorífico.

Madre mía, cuatro táperes llenos hasta arriba, como siempre. Solo ella podía cuidar de mí así. Tras revisar el contenido, me decidí por uno de merluza en salsa; el olor era tan bueno que se me hizo la boca agua.

María venía todos los días a casa para ayudarme con la limpieza y siempre me dejaba la cena preparada. Era otra de las personas que pensaba incluir en mi proyecto. Sabía que, cuando le propusiera venirse conmigo y con las chicas, aceptaría sin dudarlo.

No tenía familia, nunca se había casado ni había tenido hijos. Como siempre decía, mi padre y yo éramos su familia, y yo pensaba seguir siéndolo.

Capítulo 4



Por primera vez en mucho tiempo, había dormido del tirón. Me levanté con una sensación diferente, ligera, como si me hubiera quitado un peso de encima. Estaba un poco más cerca de dejar atrás esa vida vacía para empezar otra, una que por fin sintiera mía.

Ese día no me importó ponerme el traje de chaqueta —uno de los muchos que tenía para la oficina—, porque sabía que sería la última vez que lo haría. Esa sola idea me sacó una sonrisa.

Llegué al edificio a las ocho en punto. Siempre me había gustado madrugar y ser la primera en llegar, y esa mañana no iba a ser la excepción. Nada más sentarme frente al ordenador, mandé un correo interno a todos los jefes de departamento convocándolos en la sala de juntas a las nueve y media. Ellos entraban a las ocho y media, así que tendrían tiempo de sobra para leerlo y llegar puntuales.

Leire llegó a las nueve menos cuarto, acompañada de Miguel, con quien se había cruzado en la puerta. Los tres bajamos a la cafetería a desayunar, y de camino, invitamos a Patricia a unirse cuando nos la encontramos en el pasillo.

Durante el desayuno, entre cafés y tostadas, le contamos a Miguel que Leire y Patricia también dejarían sus puestos para acompañarme en mi nuevo proyecto. Él sonrió, satisfecho, con esa mirada tranquila de quien sabe que una decisión es la correcta. Aunque nos marchábamos, lo hacíamos con la conciencia en paz.

Más tarde, en la sala de juntas, hablé con todos los empleados. Agradecí sinceramente su trabajo y la lealtad que habían mostrado durante los años que estuve al frente de la empresa. Algunos me miraban con tristeza, otros con comprensión. Yo, por dentro, sentía un nudo que mezclaba nostalgia y alivio.

Después, pasé el testigo a Miguel, que les explicó cómo serían las cosas a partir de ese momento. Mientras hablaba, observé sus gestos seguros, tan parecidos a los de mi padre, y supe que había dejado la empresa en buenas manos.

Leire y Patricia salieron conmigo. Recogieron sus cosas, igual que hice yo con las mías, y nos reunimos en la entrada para marcharnos juntas por última vez.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Patricia cuando estábamos en la calle, esperando los taxis que habíamos pedido.

—De maravilla —contesté, y era cierto. Sonreí con una sensación de libertad que hacía años no sentía.

—Chicas, ¿os apetece tomar una copa esta noche para celebrar el inicio de nuestras nuevas vidas? —propuso Leire, entusiasmada.

—Tengo una idea mejor —dije al instante—. Venid a casa a cenar, así os cuento el proyecto que tengo en mente. Estaremos más tranquilas. Además, me gustaría que María también estuviese porque quiero proponerle que se una a nosotras.

—Por mí estupendo —respondió Patricia—. Ya sabéis que si hay comida de María de por medio, nunca digo que no. Esa mujer tiene unas manos de oro.

—Pues decidido —añadió Leire riéndose—. Yo tampoco me resisto a ningún plato suyo.

—Perfecto, a las nueve os espero —dije mientras subía al taxi que había parado primero. Las otras dos ya tenían los suyos a la vista.

Al llegar a casa, encontré a María en la cocina, como siempre, enfrascada entre ollas y cazuelas. Había tanta comida preparada que parecía estar organizando un banquete.

—Hola, María. ¿Van a venir todos los vecinos del barrio a comer y no me he enterado? —le dije riéndome.

—Hola, pequeña. Claro que no. Esto es para ti, que últimamente no me comes nada —respondió mientras me daba un beso cariñoso en la frente.

—Pero si anoche solo me comí el pescado. Si me comiera todo lo que me dejas cada día, acabaría rodando por la puerta.

—Paparruchas, si estás como un fideo. —Luego me miró con curiosidad —. Oye, ¿y cómo es que estás en casa tan temprano? Es raro verte aquí a estas horas.

—He vendido la empresa, María. Ya no voy a volver más a la oficina.

Se quedó mirándome unos segundos, con los ojos brillantes.

—¿De verdad? Cuánto me alegro, pequeña. Tu padre, allí donde esté, estará bailando de alegría. Sabes que nunca quiso esa vida para ti.

—Además, tengo un proyecto en mente —le conté con una sonrisa—. Si todo sale bien, seré la mujer más feliz del mundo.

—Saldrá bien, ya lo verás —dijo con ternura—. Te mereces todo lo bueno, cariño.

—Esta noche vendrán Patricia y Leire a cenar. También han dejado sus trabajos y van a acompañarme en este nuevo plan.

—Ostras, eso sí que me alegra. Con tus amigas al lado estarás mucho mejor.

—Bueno… también quería incluirte a ti —añadí, observando su reacción.

—¿A mí? ¿Y en qué podría ayudaros? Yo no tengo estudios, ni sé hacer otra cosa que cocinar y limpiar.

—Quiero que vengas esta noche a cenar con nosotras. Cuando estemos todas, os contaré la idea, y entonces decides si te unes o no.

—Está bien, vendré. Aunque no creo que pueda ser de mucha ayuda —respondió, sonriendo—. Pero no me perdería por nada del mundo saber lo que estás tramando.

—Estupendo. Las chicas llegarán a las nueve, y ni se te ocurra preparar más comida. Con lo que hay tenemos para un regimiento —bromeé.

—Vale, vale… —Rio—. Oye, ¿y qué pasa con los dos chupópteros? ¿Ya les contaste que vendiste la empresa? Sobre todo tu madre… seguro que está echando sapos y culebras por la boca.

—Ya lo saben los dos. No te vas a creer lo que me pasó.

—A ver, cuéntame. Cualquier cosa que venga de esos dos no puede ser buena.

—Fui a casa de mi madre para contárselo… y allí estaba con Víctor.

—¿Te refieres a que estaba…?

—Sí, acostándose con él —dije sin rodeos.

María se llevó una mano al pecho, horrorizada.

—¡Virgen del Carmen! Vaya dos sinvergüenzas. Si Diana podría ser su madre. Y él… menudas tragaderas. Meterse con la hija y la madre, qué asco. De buena te has librado. Supongo que los habrás mandado a freír espárragos, ¿no?

—Por supuesto. Ya veremos qué hacen ahora que la gallina de los huevos de oro desapareció de su vida.

—Pues que doblen un poco el lomo, como hace todo el mundo. Ya les toca.

—En fin… —suspiré—. Me he quedado muy a gusto sacándolos de mi vida. Voy a ponerme en el escritorio con el portátil; quiero tener todo listo para esta noche y poder contároslo bien.

—Yo, en cuanto acabe esto, me voy a casa. Dejé una lavadora puesta y aprovecharé para comprar unas cosas. Volveré antes de las nueve para ayudarte con la mesa y la cena.

—Perfecto. Cuando te vayas, pasa por el salón a decirme adiós —le pedí mientras me dirigía a mi habitación. Quería quitarme el traje y ponerme algo cómodo antes de sentarme a preparar mis notas.

✣ ✣ ✣ ✣

Pasé la tarde frente al portátil, ajustando cifras y escribiendo ideas en una libreta. Entre una cosa y otra, las horas volaron.

La noche llegó antes de lo que imaginaba, y no me di cuenta de la hora que era hasta que sonó el timbre de la puerta. Me levanté para abrir y allí estaban las chicas; se habían encontrado en el portal y llegaban juntas.

Nos saludamos con besos y enseguida nos pusimos manos a la obra. Mientras María calentaba la cena y yo la ayudaba en la cocina, Patricia y Leire prepararon la mesa.

Entre las cuatro dimos buena cuenta de la comida que María había dejado preparada, y no defraudó: mis amigas tenían razón, esa mujer tenía unas manos de oro.

—Vale —dije riéndome—, después de esta maravillosa cena con la que hemos engordado al menos dos kilos gracias a María, ¿estáis listas para oír mi idea?

—Lo estamos deseando. Yo, al menos, me muero de curiosidad —respondió Leire, y las demás asintieron.

—Os lo cuento del tirón y luego preguntáis lo que queráis, ¿vale?

—Venga, pequeña, dale sin miedo —dijo María, provocando risas generales.

—Sabéis que, gracias a mi padre, soy una apasionada de la Navidad, igual que lo era él. Los viajes que hacíamos juntos eran lo mejor del año. Pues… ¿por qué no vivir como si fuera Navidad los 365 días del año?

»Mi idea es comprar un terreno en un pueblo de Cantabria que se llama Sotres, donde suele nevar mucho. Allí montaría un pequeño complejo con treinta casitas de madera, todas decoradas con motivos navideños.

»En el restaurante se servirían comidas típicas de las fiestas y, por supuesto, mis dulces. Organizaríamos actividades: paseos en trineo, muñecos de nieve para los niños, un buzón en el centro para dejar los deseos, un enorme árbol decorado y un belén gigante.

»En resumen: una Navidad eterna. Y ya tengo pensado qué puesto ocuparíamos cada una, si decidís acompañarme.

Cuando terminé, se hizo un silencio sepulcral. Miré sus caras: en la de María, emoción; contenía las lágrimas. En la de Leire, sorpresa, pero también brillo en los ojos. Y en la de Patricia, orgullo y alegría.

—Decid algo, por Dios, que me va a dar un tabardillo —pedí riendo, aunque con el corazón acelerado.

—Yo estoy contigo —dijo Leire enseguida—. Me parece una idea fantástica. No hay nada parecido en España; va a ser un éxito.

—Yo no me lo perdería por nada del mundo —añadió María, limpiándose una lágrima—. Tu padre estaría orgulloso. Sería un sueño para él verte crear algo así.

—Por supuesto que voy —dijo Patricia—. Sabes que adoro la Navidad casi tanto como tú. Ser parte de esto sería un honor.

Las tres me miraban con esa mezcla de cariño y emoción que me hizo sentir que, por fin, estaba donde debía.

—¿Queréis saber qué puestos he pensado para cada una? —pregunté, y todas asintieron.

—María, la cocina será tu templo. Tú harás los platos principales, y yo me encargaré de la repostería y la gestión del complejo.

»Leire, tú manejarás la web, las reservas y acompañarás a los clientes el primer día para explicarles todo.

»Y Patricia, que adoras a los niños, dirigirás las actividades y supervisarás la decoración diaria. ¿Os parece bien?

—Perfecto —contestaron las tres al unísono.

—Pues solo nos queda brindar —dije, alzando mi copa de champán y sonriendo—, por nosotras y por la nueva vida que está a punto de empezar.

Capítulo 5



Siete meses después de aquel brindis en el salón de mi casa con las tres mujeres de mi vida, por fin había llegado el gran día: se inauguraba el complejo *Navidad Eterna*. Había sido una completa locura, sí, pero también una maravilla ver cómo todo lo que un día solo existía en mi cabeza tomaba forma en lo que, en un principio, era un simple solar vacío.

Las treinta casitas de madera habían quedado preciosas, relucientes bajo las luces del anochecer. Cada una tenía un juego distinto de iluminación exterior y, sobre la puerta principal, un letrero con un nombre único que le daba personalidad.

Pensamos que sería buena idea que cada casa tuviera una capacidad diferente, para acoger a todo tipo de huéspedes: había individuales, para quienes buscaban desconectar en soledad; otras para parejas, familias o grupos de amigos, con dos, tres o cuatro habitaciones. Todas contaban con un porche y un pequeño patio trasero que se llenaba de magia cuando caía la nieve.

Rodeando el complejo estaba el restaurante, donde la gente podría disfrutar de los deliciosos platos de María y de mis postres recién hechos. A un lado, una tienda de regalos repleta de adornos, figuras y detalles relacionados con la Navidad —hasta disfraces incluimos—, y un poco más alejada, la zona de actividades, para no molestar el descanso de los que solo querían relajarse.

Leire había aportado la gran idea de incluir un *spa*. Decía que algunos padres agradecerían poder relajarse mientras sus hijos se deslizaban en trineo por las laderas nevadas que rodeaban el complejo.

Y como colofón, en el centro de todo, se alzaba un árbol de Navidad de veinte metros de altura, decorado con los adornos más hermosos que podíais imaginar. Cada vez que lo veía, sentía un cosquilleo en el pecho. Era imposible no pensar en mi padre, en cómo se le iluminarían los ojos al ver aquello.

El pueblo nos había acogido con un cariño inmenso. Sabían que los visitantes que se hospedaran en el complejo también recorrerían sus calles, consumirían en sus tiendas y restaurantes, y eso ayudaría a reactivar la economía local.

Pero sin lugar a dudas, el más entusiasmado con nuestro proyecto era el alcalde, Mateo. Soltero, de unos cincuenta años, se había pasado por la obra casi a diario desde el primer día. Decía que era para «echar un ojo» y ver cómo avanzaban las cosas, pero yo bien sabía que ese ojo también se lo echaba a Patricia. Desde que la conoció, la miraba de una forma especial.

Otra de las cosas que más agradó a los habitantes de Sotres fue que habíamos ofrecido varios puestos de trabajo, todos cubiertos por gente del propio pueblo. En total contratamos a ocho personas, aunque no descartábamos ampliar el equipo más adelante. De entre los candidatos elegimos a dos camareros, un ayudante de cocina para María, una recepcionista, un dependiente para la tienda, una chica que apoyaría a Patricia en las actividades y dos mujeres encargadas de la limpieza y el mantenimiento de las casitas.

El día de la inauguración, el 30 de noviembre, preparamos un pequeño picoteo con champán para todos los habitantes y trabajadores del pueblo.

Al caer la tarde, nos reunimos en el centro del complejo. El aire olía a madera nueva y a promesa. Encendimos el alumbrado navideño, que permanecería encendido cada noche desde las seis hasta las doce. Ese momento fue tan emotivo que ninguna de nosotras pudo contener la emoción. Por fin veíamos cómo el esfuerzo de tantos meses daba paso a algo mucho mejor: el comienzo de una nueva etapa.

La entrada oficial de los primeros huéspedes sería el 1 de diciembre.

Desde que la página web salió en redes, las reservas se habían disparado. En tan solo dos días, las treinta casitas quedaron ocupadas, no solo para diciembre, sino también para los meses siguientes.

—Enhorabuena, chicas, ha quedado todo maravilloso —nos dijo el señor alcalde, con una copa en la mano.

—Muchas gracias, don Mateo —le respondí con mi mejor sonrisa.

—Por favor, llámame solo, Mateo. El «don» me hace sentir más viejo de lo que soy —dijo, devolviéndome la sonrisa con simpatía.

—¿Viejo? Si estás en la flor de la vida —añadió Leire divertida.

—Y de muy buen ver, además —intervino María con picardía—. Solo te falta una mujer preciosa a tu lado para sacarte la foto perfecta junto al árbol. —Mientras hablaba, miraba de reojo a Patricia, que no sabía dónde meterse.

—La verdad es que hay muchas mujeres hermosas aquí… pero mis ojos solo se fijan en una —dijo él, mirando directamente a Patricia, que se puso roja como un tomate.

Toma ya. No podía haberlo dicho más claro. Aquello fue una auténtica declaración de intenciones. Las demás nos miramos, conteniendo la risa, sabiendo que entre ellos iba a surgir algo bonito.

—¿Ya tenéis todo listo para la llegada de los huéspedes mañana? —preguntó Mateo.

—Así es —respondí—. Los primeros llegarán a partir de las nueve de la mañana, el resto a lo largo del día.

—¿Estáis nerviosas?

—Nerviosas no es la palabra, emocionadas sería más acertado —respondió Patricia con una sonrisa tímida.

—No me extraña. Habéis trabajado muy duro para crear esta maravilla. Estoy segurísimo de que vais a triunfar —dijo con sinceridad.

—Eso esperamos. Era el sueño de Noelia, pero creo que se convirtió en el de todas desde que nos contó su idea —añadió Leire.

—Bueno, chicas, me marcho ya —dijo Mateo con una sonrisa de satisfacción—. Se ha hecho tarde y soy el último que queda por aquí. Os deseo toda la suerte del mundo para mañana.

—Muchas gracias —contestamos las cuatro al unísono.

—Te acompaño a la salida —dijo Patricia, y todas nos miramos, sonriendo cómplices. Había sido valiente al dar el paso.

—Que descanséis, chicas —nos dijo Mateo mientras se alejaba agarrado del brazo de Patricia.

—Me alegro muchísimo por ella. Se le ve un buen hombre —comentó María cuando estuvieron lo bastante lejos como para no oírnos.

—Sí, y no ha tenido mucha suerte en el amor, pero parece que esta vez será distinto —dije yo, de verdad contenta por ella.

—A ver si nosotras también encontramos entre villancicos y luces al amor de nuestras vidas —bromeó Leire, pestañeando de forma exagerada. María y yo estallamos en carcajadas.

—Anda, vámonos a descansar. Si algo de eso tiene que llegar, llegará. Yo, desde luego, no quiero saber nada de hombres. Con el último salí escaldada y no pienso repetir —dije con total convicción.

—¿La estás oyendo, María? —replicó Leire riendo—. Como si eso se pudiera controlar. Cuando el amor llega, se cuela sin pedir permiso.

—Sí, la estoy oyendo, pero ni caso le hago a las tonterías que dice. No todos los hombres son como el desgraciado ese del chupóptero. Pero déjala, que torres más altas han caído. Cuando tenga delante al amor de su vida, no va a poder escapar, y entonces le diremos eso de “te lo dije” —le contestó María, con ese convencimiento que solo los años y las experiencias te da la vida.

—Bueno, si llega ese puente, ya veremos cómo cruzarlo. De momento solo pienso en descansar esta noche —dije, cogiéndolas de la mano para despedirnos.

En la zona más apartada del complejo habíamos mandado construir cuatro casas iguales, una para cada una, todas de tres dormitorios. Al final, la de María, de tanto insistir, se hizo más pequeña, solo con uno. Lo hice pensando en el futuro, por si alguna de nosotras acababa formando una familia.

En la entrada, donde estaban nuestras casas rodeadas por vallas de madera, nos abrazamos y nos deseamos un buen descanso.

Cuando llegué a la mía, después del ajetreo del día, por fin tuve un momento de silencio solo para mí. Me senté en el escalón del porche y miré al cielo. Las estrellas brillaban con fuerza, como si también celebraran nuestra inauguración. Pensé en mi padre y en cuánto le habría gustado ver todo aquello. Y, aunque me invadió la melancolía, no sentí tristeza, sino gratitud. Recordarlo era volver a sonreír.

Esa noche me metí en la cama con una sonrisa enorme. Había cumplido mi sueño, y esperaba que también hiciera felices a muchas personas.

Capítulo 6



Llegué a la recepción sobre las diez de la mañana, después de dejar todos los dulces preparados para el desayuno. Allí estaba Laura, la chica que habíamos contratado para recibir a los clientes en su llegada. Después, Leire era la encargada de acompañarlos hasta su casita y explicarles todas las opciones que tenían para disfrutar de su estancia.

—Buenos días, Laura. ¿Qué tal todo por aquí?

—Todo va bien, Noelia. Por el momento ya han llegado doce de las treinta reservas de hoy.

—¿Doce? ¡Madre mía! La pobre Leire debe de estar saturada con tanta gente —dije, preocupada porque mi amiga no diera abasto con tantas llegadas.

—Tranquila, como las actividades no empiezan hasta mañana, que ya estén todos instalados, Patricia ha ido con ella. Se han repartido a los clientes para enseñarles todo —me explicó, y respiré más tranquila.

—Muy buena idea, las chicas están en todo. Si ves que se te acumulan muchos a la vez para el registro, llámame y vengo a echarte una mano, ¿vale?

—De momento no he tenido ningún problema, pero si así fuera, te llamo enseguida. Quédate tranquila, que todo está saliendo estupendamente.

—El primer día siempre es el peor; es inevitable tener nervios —le dije sonriendo.

—Lo sé. Aunque parezca calmada, yo también estoy un poco nerviosa. Pero supongo que mañana ya se nos habrá pasado el susto inicial y todos respiraremos tranquilos —me contestó devolviéndome la sonrisa.

—Eso espero. Voy a pasarme por la tienda, a ver si Rodri necesita algo.

Al mencionar su nombre, Laura se ruborizó visiblemente.

—Dale los buenos días de mi parte y dile que, si luego tengo un ratito libre, le acercaré un café.

—Así lo haré. Cualquier cosa, ya sabes, me llamas —le dije, guiñándole un ojo antes de salir.

Cuando llegué a la tienda, allí estaba Rodri repasando que todo estuviera bien colocado. Movía las figuras y adornos con cuidado, buscando el mejor sitio para cada uno.

—¿Qué hay, Rodri? ¿Qué tal lo llevas? —le saludé, dando un par de golpecitos en el marco de la puerta para llamar su atención.

—¡Estupendamente, jefa! Estoy encantado de estar aquí. Todas las cosas que tenemos son auténticas joyas. No voy a dar abasto a vender y envolver, ya verás. Todos querrán llevarse un recuerdo.

—Eso espero. Yo solía ir a tiendas así cuando era pequeña, y si por mí fuera, me lo habría comprado todo. Menos mal que mi padre me frenaba… aunque a veces era peor que yo. —Reí al recordarlo, y Rodri se echó a reír conmigo.

—Creo que lo que más va a gustar son las bolas de nieve, las que tienen dentro el complejo en miniatura. Son una pasada. Yo ya tengo la mía apartada para llevarla a casa.

—Yo tengo una igual, pero cinco veces más grande —dije señalándolas—. Está en mi casa, justo sobre la chimenea.

—Vaya pasada. Un día tienes que enseñármela.

—Cuando quieras. Ahora sigo con mi ronda, a ver si alguien necesita algo. Cualquier cosa, me llamas.

—Ve tranquila, así lo haré.

—Por cierto —añadí sonriendo—, cierta pelirroja me ha pedido que te dé recuerdos. Dice que si tiene un rato libre, te traerá un café.

Le brillaron los ojos al escucharme. Sonreí al ver su expresión. Laura y Rodri hacían una pareja preciosa; estaba segura de que ahí teníamos otro romance a la vista.

Después de hablar con las mujeres encargadas de las habitaciones —recordándoles que, si necesitaban algo, me llamaran sin dudar—, me dirigí a la cocina, donde ya se escuchaban las carcajadas de María desde el pasillo. Seguro que Tony, su nuevo ayudante, le estaba contando alguna de sus batallitas. Desde que lo contraté, supe que sería un acierto: tenía una alegría contagiosa y un humor que te hacía reír aunque no tuvieras ganas.

—¡Pero bueno! ¿Qué hacéis pasándolo tan bien sin mí? —dije asomándome a la puerta.

—Ay, Noelia, cocinar no sé si cocinaré, pero reírme, eso sí. Con este personaje aquí, tengo la risa asegurada —dijo María limpiándose las lágrimas que le caían por la risa.

—¿Qué le estás diciendo a la pobre María para que se ría así, calamidad? —pregunté a Tony, que seguía riéndose a carcajadas.

—¡Si no le digo nada raro! Solo que ojalá venga algún huésped de buen ver al que le guste más la chistorra que el marisco, para que me dé un poco de cariño, que estoy muy faltito —dijo guiñándome un ojo—. María asegura que tú también estás a falta de chistorra. Pero, jefa, si aparece un adonis, apiádate de mí y déjame catarlo primero.

Me quedé unos segundos mirándolos alucinada antes de soltar una carcajada. Madre mía, la que había liado juntando a esos dos. Se habían encontrado el hambre y las ganas de comer.

—¡La madre que te parió! —le dije riendo—. Déjate de cuentos o te ganas una colleja. Pero una cosa te digo: todos los adonis para ti; yo estoy muy a gusto sola.

—¡Ay, María! —siguió Tony entre risas—, a esta mujer vamos a tener que ponerla de estatua en el belén haciendo de madre del «Jesusito», porque en nada volverá a ser virgen.

María tuvo que sentarse, agarrándose la barriga del ataque de risa que le dio.

—Me voy a mi cocina a seguir con mis dulces, que si no, te meto la cabeza en una olla —le dije, aún riéndome.

—¡Que sea la de arriba, eh! Que la de abajo es sagrada y la necesito —gritó Tony mientras me alejaba. Negué con la cabeza, riendo de nuevo.

Teníamos dos cocinas, como ya habréis deducido. Era la mejor forma de trabajar: una para María y sus deliciosos platos, y otra para mí, equipada con todos los utensilios e ingredientes necesarios para mis dulces.

Me pasé más de tres horas allí metida, completamente enfrascada entre batidoras, aromas dulces y el calor constante del horno. Batiendo, horneando y dando forma a un sinfín de dulces que llenarían el complejo de ese olor reconfortante que tanto me recordaba a mi infancia. Había tartas, galletas, bizcochos y pequeñas delicias que se servirían durante los desayunos, las comidas y las cenas.

Además, habíamos preparado una salita especial, pensada para quienes quisieran hacer una pausa a cualquier hora del día. En el centro, una gran mesa de madera rebosaba de maravillosas creaciones: magdalenas, pastas, bollitos, trozos de tarta y un sinfín de caprichos que cualquiera podía degustar cuando quisiera, acompañado de una taza de café recién hecho o de un chocolate caliente, mientras conversaban con otros huéspedes o simplemente escuchaban cómo la nieve caía al otro lado del ventanal.

A mediodía, comimos las cuatro juntas en la cocina de María. Habíamos colocado una gran mesa para poder compartir esos momentos y hablar con

tranquilidad, lejos de miradas curiosas.

—Chicas, ¿qué tal la mañana? ¿Algún incidente digno de mención? —pregunté a Patricia y Leire.

—Todo fenomenal. Ya hay veintiocho casas ocupadas. Solo faltan la casa *Mazapán*, que está reservada para cuatro personas —hoy llegarán dos y las otras dos a final de semana—, y la casa *Estrella*, para un matrimonio que llega a última hora de la tarde —respondió Leire, revisando su agenda.

—La mañana ha sido una locura con tanta gente entrando a la vez, pero nos hemos apañado bien. Todos están encantados —añadió Patricia sonriendo.

—¿Mañana empezarás con los trineos? —pregunté.

—Sí. He consultado el tiempo y caerá algo de nieve por la mañana, pero luego despejará.

—La verdad es que está todo precioso, tan nevado… cuando llegue el verano, lo echaremos de menos —dijo María mirando por el ventanal al manto blanco que cubría el paisaje.

—Tengo algo pensado, que todavía no os he contado —anuncié misteriosa.

—¿Qué es? ¿Otra de tus geniales ideas? —preguntó Leire divertida.

—He encargado unas máquinas especiales que crean nieve artificial. Son las mejores del mercado. En verano, el paisaje se verá tan blanco como ahora.

—¡¡¡Toma ya!!! Eres la leche. En pleno verano, la gente paseando en bikini por la nieve. Solo nos falta una piscina para el completo total —bromeó Patricia.

Yo solté una risita nerviosa.

—No me lo digas, por tu cara ya me imagino que tienes en mente poner una piscina —añadió María.

—Imaginas bien. Ya está todo preparado. En primavera, cuando se despeje la nieve, la instalarán en la parte de atrás, donde está ese terreno grande que aún no usamos —dije con ilusión, pensando en cómo quedaría.

—Al final te tocará comprar el terreno de al lado, que también está vacío, y construir más casitas. Con las treinta que tenemos, se nos va a quedar pequeño esto, ya verás —comentó Leire, divertida.

Me mordí el labio para no reírme.

—Ya lo has comprado, ¿a que sí? —saltó María—. A esta la conozco como si la hubiera parido.

—Hablé con Mateo el otro día y me lo propuso —admití, señalando a Leire—. Me aconsejó comprarlo por si algún día quería ampliar. Si no lo hacía ahora, alguien podría adelantarse y montar algo similar, y esa oportunidad se perdería.

—Es listo ese muchacho. Patricia, como lo dejes escapar, te doy chancletazos hasta ponerte el culo como un tomate —dijo María, señalándola con el dedo.

—Ayer, cuando lo acompañé a la salida, nos besamos —confesó Patricia bajito—. Y me ha pedido una cita para el sábado. Quiere llevarme a cenar a la ciudad.

—¡Ole, mi niña, que se nos ha echado novio! —gritó María, levantándose —. Esto se merece un brindis con un buen orujo.

Sacó la botella y sirvió un chupito a cada una. Brindamos riendo, felices, porque la vida —al fin— había empezado a sonreírnos.

Capítulo 7



Terminé de batir la masa para las galletas que quería hornear más tarde y la dejé bien tapada sobre la encimera. Me quité el mandil, lo colgué detrás de la puerta y me puse las plumas. Quería salir a dar una vuelta para respirar aire puro y despejar la mente. Ya de paso me acercaría a ver cómo le iba a Patricia en su primer día en la pista de trineos.

De lejos, vi una pequeña figura sentada sobre la valla, con la mirada fija en las personas que se deslizaban riendo entre caídas y montones de nieve. Me acerqué despacio y me senté a su lado. Me miró de reojo, en silencio, esperando que fuera yo quien hablara primero.

—Hola, pequeña. ¿Qué haces aquí mirando? ¿No te gustaría participar? —le pregunté con una sonrisa.

—Hasta dentro de unos días no podré. Por eso estoy aquí, mirando. Así, cuando llegue el momento, sabré lo que tengo que hacer sin que me lo tengan que explicar —respondió pizpireta. Me dejó sin palabras; parecía demasiado pequeña para razonar de esa forma. No aparentaba más de cinco o seis años.

—Muy buena idea. Cuando puedas subirte, serás la reina de la pista. ¿Y por qué no puedes hasta dentro de unos días? Si me lo quieres contar, claro —le dije mientras le acariciaba el pelo, un rubio precioso que caía como una cascada de tirabuzones perfectos.

—Por esto —dijo girando la cara. Llevaba un parche con dibujos navideños cubriéndole un ojo.

—¿Te hiciste daño? —pregunté preocupada.

—No, me operaron la semana pasada. Por eso no puedo ir al cole ni hacer nada que me haga moverme mucho durante unos días —contestó muy seria. *Jolín con la niña. Vaya manera de explicarse; ya la quisiera yo para mí*, pensé.

—Vaya… ¿y qué tal lo llevas? —Quise saber, aunque se la notaba tranquila.

—Me caí —dijo bajito— y me dañé la retina. Tuvieron que operarme para repararla, pero todo salió bien. Papá dice que los médicos le aseguraron que ya está todo solucionado y que no habrá problemas.

—Me alegro mucho. Lo único malo es que te perderás unos cuantos días de cole, ¿no? Aunque has venido a un sitio maravilloso para recuperarte.

—Por el cole no pasa nada. Mi profe le dijo a papá que voy tan bien que no importaba faltar unos días. Y desde luego, este es el mejor sitio del mundo. Me encanta la Navidad. ¿Y a ti? ¿Te gusta?

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le dije con aire misterioso.

—¡Claro! Yo sé guardar secretos. Las amigas se guardan los secretos. ¿Tú quieres que lo seamos? Así te guardo el tuyo —me soltó de carrerilla, haciéndome reír. Qué niña tan encantadora. Supe en ese instante que nos llevaríamos bien; tenía esa luz que te roba el corazón desde el minuto uno.

—Por supuesto que quiero ser tu amiga. Pero antes de contarte mi secreto, tenemos que hacer una cosa.

—¿Cuál? Lo que sea… bueno, menos moverme mucho, que si no mi padre empieza a despotricar —dijo con una sonrisilla traviesa.

—Es algo muy fácil. Para ser amigas para siempre, primero tenemos que presentarnos. —Le guiñé un ojo—. Me llamo Noelia, que significa «Navidad». ¿Y tú?

—¡Vaya! Tienes un nombre chulísimo, te pega con este sitio —me dijo con los ojos brillando—. Yo me llamo Sara. No sé qué significa, pero cuando vuelva a la casita le pediré a papá el móvil y lo buscaré en Google.

—Espera —le dije sacando mi teléfono. Tecleé rápido y sonreí—. Sara significa «princesa».

—¡Toma ya! Tengo un nombre precioso y ni lo sabía.

—Así es. Es un nombre bonito y fuerte, como tú. Ahora que nos conocemos, ¿quieres saber mi secreto?

—¡Sí! —dijo ansiosa.

—A mi padre le gustaba tanto la Navidad que me enseñó a amarla igual que él. Juntos recorrimos muchos lugares del mundo, viendo adornos, árboles, luces… y comiendo todo tipo de dulces. Cada viaje era una fiesta, y cada ciudad, una nueva forma de celebrar la magia.

»Cuando fui creciendo, solo tenía un sueño en la cabeza: vivir en un sitio donde siempre fuera Navidad. Y lo conseguí. Aquí estoy ahora. —Sara me miró alucinada; en su carita se reflejaban la sorpresa, la curiosidad y mil preguntas a punto de escapar después de lo que acababa de contarle.

—¿No estás de vacaciones aquí, como yo?

—Vivo aquí —le respondí con una sonrisa—. Soy la dueña de *Navidad Eterna*. Fue la manera que se me ocurrió de cumplir mi sueño.

—¡Vaya pasada! Eres muy afortunada por vivir en un sitio así.

—Sí que lo soy, y ahora tú también —le dije con un guiño—. Eres amiga de la dueña, y eso te dará ciertos privilegios.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles? —preguntó ansiosa, inclinándose un poco hacia mí, con los ojos muy abiertos, como si esperara que le revelara un secreto de cuento.

—Podrás hacer cosas que otros huéspedes no pueden —le dije en voz baja, como si compartiera un gran secreto—. Por ejemplo, entrar en mi cocina, que

es donde preparo todos los dulces que has visto en el comedor, y ayudarme a hacerlos. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría acompañarme? Es una actividad tranquila, sin riesgos para ti, y además lo pasaríamos muy bien.

—¡Sí, sí, sí! Me encanta hacer dulces en casa, siempre ayudo a la abuela Pili —me dijo mientras se bajaba a toda prisa de la valla, lista para acompañarme.

—Sara, antes de venir conmigo creo que deberías avisar a tus padres. A lo mejor se preocupan si no saben dónde estás, ¿no crees? —Aunque no había mencionado a su madre, supuse que estarían los dos en la casita. Su respuesta me aclaró que estaba equivocada.

—Mi madre no ha venido con nosotros, nunca tiene tiempo para hacer cosas en familia. —No la noté triste al decirlo, sino resignada. Me recordó tanto a mí cuando tenía su edad, que me dio una punzada de pena.

»Su trabajo de modelo le absorbe todo el tiempo… aunque la abuela Pili le dijo a papá que lo que le pasa es que es una ligera de cascos. —¡Dios! Cuando soltó eso, tuve que mirar hacia otro lado para no reírme. Vaya con la abuela Pili, no tenía pelos en la lengua.

—Entonces, ¿has venido sola con tu padre?

—Sí, pero al final de la semana llegarán la abuela Pili y el tío Tito. Es el hermano de papá; los dos trabajan igual, en casa con el ordenador. Así que podrá hacerlo desde aquí, igual que papá.

—Perfecto. Pues vamos a pedirle permiso para que vengas conmigo, ¿vale?

—¡Vale! Tengo muchas ganas de ayudarte con las galletas. ¿De qué van a ser? —preguntó con los ojos brillando de ilusión.

—Muñecos de jengibre, ¿te gustan? —le pregunté mientras le daba la mano para ir camino de la casita *Mazapán*, la misma que me había dicho que era la suya.

—¡Me gustan muchísimo! —me contestó, radiante.

En menos de cinco minutos llegamos. Ella corrió hacia la puerta y entró a llamar a su padre, mientras yo la esperaba en el porche. No quise invadir el espacio de aquel hombre; no sabía si se tomaría a mal que le hubiera ofrecido a su hija que me acompañara.

Dos minutos después, Sara salía tirando de la mano de su padre. Madre mía, vaya con el padre, pensé mientras tragaba saliva. Era guapísimo, con el pelo corto y rubio como el de la niña, y los mismos ojos grises que había visto en ella. No podían negar el parentesco: se parecían muchísimo.

Cuando llegaron a mi altura, pude observarle mejor. En su rostro lucía una sonrisa amable, pero en su mirada se adivinaba una tristeza profunda. Ese hombre lleva penas en el corazón, pensé, sin saber por qué aquella idea me dolía.

—Mira, papá, ella es Noelia, mi nueva mejor amiga. Va a hacer galletas de muñecos de jengibre para todos. ¿Puedo ir con ella? ¡Porfa, porfa! —le dijo Sara, rogándole con las manos juntas a la altura del rostro, después de soltarlo todo de carrerilla.

—Espera un momento dentro mientras hablo con ella, ¿vale? —le dijo su padre, y la niña obedeció sin rechistar, metiéndose en la casa.

—Buenos días, soy Noelia, como le ha dicho su hija —le dije, extendiendo la mano para saludarlo.

—Encantado. Yo soy Dorian, el padre de Sara. Y, por favor, no me trates de usted —respondió, presentándose. Cuando me estrechó la mano que le ofrecía, al sentir el calor de su piel sobre la mía, un escalofrío me recorrió el cuerpo entero.

—Curioso nombre —comenté con una sonrisa—. Nunca había conocido a nadie que se llamara así.

—Cosas de mi madre, una apasionada de Oscar Wilde. No se le ocurrió otra cosa, cuando nací, que ponerme el nombre del protagonista de su libro favorito.

—¿La abuela Pili, supongo? —pregunté riéndome.

—La misma. Supongo que Sara ya te ha hablado de ella; es todo un personaje mi madre —contestó entre risas.

—Sí, me ha contado que su abuela y su tío son los huéspedes que faltan por llegar al final de la semana —dije, y él asintió para confirmarlo.

—Entonces, parece que has encontrado ayudante para tus galletas —añadió con una media sonrisa, mirándome con curiosidad.

—Sí, solo si te parece bien. La encontré mirando los trineos; me dijo por qué no podía participar. Y como aún no hay más niños por aquí con los que pueda jugar, creo que estaría bien que hiciera otras cosas para entretenerse dentro de sus posibilidades.

—Te lo agradezco mucho, de verdad. No quiero que te moleste ni retrase tu trabajo. La verdad es que hoy necesitaba terminar algo que tenía pendiente; así, el resto de los días que estemos aquí podré dedicarme de pleno a ella.

—No es ninguna molestia, de verdad. Es una niña encantadora, me ha robado el corazón.

—Sí, suele tener ese efecto en la gente —respondió con una sonrisa suave —. Se los mete rápido en el bolsillo con su parloteo. ¿No tendrás problemas por llevarla contigo a tu trabajo? No quiero que el dueño te llame la atención por esto —añadió con tono preocupado.

—No lo creo —contesté riendo—. Hasta ahora nunca me he reñido a mí misma.

Frunció el ceño un instante, hasta que procesó mis palabras.

—¿Eres la dueña de todo esto? —preguntó sorprendido.

Asentí.

—Pues déjame darte la enhorabuena —dijo con una sinceridad que me desarmó—. Has creado una auténtica maravilla. Para los amantes de la Navidad, como yo, es un auténtico regalo poder disfrutar de un sitio así.

—Me alegra que te guste —respondí, sintiendo que me sonrojaba un poco —. Yo también soy una amante casi fanática de la Navidad.

—¿Papá? ¿Ya habéis hablado suficiente? Esas galletas no creo que se hagan solas —dijo Sara asomando la cabeza por la puerta. Su manera de expresarse hizo que su padre pusiera los ojos en blanco, mientras yo soltaba una carcajada.

—Anda, vamos, princesa, que tienes razón. Las galletas no se harán solas, necesitan cuatro manos que les den forma —le dije alargando mi mano para que viniera a agarrarme. Luego, mirando a Dorian, añadí—: Cuando terminemos, te la traigo, ¿vale?

—Gracias, de verdad —me respondió acercándose un poco más de lo necesario. Me dio dos besos, demasiado cerca de la comisura de los labios, y sentí cómo el calor me subía a las mejillas.

No fui capaz de decir nada más. Me giré con Sara de la mano y salí casi a la carrera. Ese hombre había removido algo dentro de mí que no debía estar ahí de ninguna manera. Era un hombre casado… bueno, eso no lo sabía con certeza, pero sí que tenía pareja. Por lo tanto, totalmente prohibido para mí.

Le di a Sara un mandil igual que el mío y nos pusimos manos a la obra. Además de las galletas, también hicimos tres *panettones* rellenos de pasas que quedaron espectaculares.

Cuando llevé a la niña de vuelta con su padre, me preguntó si podría volver conmigo a la cocina al día siguiente, cuando preparara más dulces. Le dije que, si su padre le daba permiso, estaría encantada de recibir a la princesa en mi reino. Aquello la hizo reír a carcajadas.

La verdad es que no sabría decir quién de las dos lo pasó mejor, si ella o yo. Hacía tiempo que no me divertía tanto. Sara era divertida, ocurrente y muy parlanchina; usaba unas palabras y expresiones tan avanzadas para su

edad que confirmaron lo que sospechaba: tenía seis años recién cumplidos. Parecía una mujer en miniatura, la mar de graciosa, sobre todo cuando ponía las manos en jarras para contar algo con toda la seriedad del mundo.

Capítulo 8



Los siguientes días fueron estupendos. Sara se pasaba horas conmigo en la cocina, ayudándome a preparar dulces. Aunque también solía visitar a Rodri en la tienda, donde lo ayudaba a colocar los objetos. Era un espectáculo verlos a los dos: parecían auténticos elfos trabajando, sobre todo desde que a Rodri se le ocurrió que estaría bien hacerlo disfrazados. Cada día se ponían un adorno distinto: orejas de reno, gorros con forma de árbol o incluso bolas colgadas con imperdibles en la ropa.

Como todavía no podía montar en trineo —aunque le encantaba verlo—, Patricia, al notar la emoción en sus ojos, le propuso ser su ayudante. Sara la ayudaba a colocar los trineos en la cima y se había aprendido de memoria el discurso que Patricia daba a los huéspedes sobre las medidas de seguridad. Y, con lo pizpireta que era, se iba turnando con ella para explicar las normas a los recién llegados.

En apenas cuatro días se había ganado el cariño de todos los que trabajábamos allí. Bromeaba con su padre diciéndole que al final tendría que meterla en nómina y pagarle un sueldo a fin de mes, porque ya parecía una más del equipo.

Dorian… Ese era otro que, al igual que su hija, se me había ido metiendo poco a poco en el corazón. Era amable, atento, y me miraba de una forma que hacía que el aire a mi alrededor pareciera un poco más cálido.

Una de las tardes en que vino a buscar a Sara a mi cocina, se sorprendió al no encontrarla allí. Le expliqué que tardaría un poco en volver, porque estaba ayudando a Leire a colocar las figuras del belén gigante bajo la carpa.

Solíamos cambiar las figuras cada dos días de sitio, para darle siempre un toque diferente y mantener viva la magia.

Le invité a sentarse conmigo un rato mientras esperábamos a Sara, tomándonos una taza de chocolate caliente. Entre trago y trago de aquel humeante y delicioso brebaje, coronado con pequeñas nubes de azúcar que se derretían despacio, me fue contando parte de su vida.

Me dijo que vivían en Bilbao desde siempre, y que allí compartía profesión con su hermano Tito. Ambos eran diseñadores gráficos y, aunque tenían una pequeña empresa, él apenas pisaba la oficina. Su prioridad era Sara; por eso trabajaba desde casa, para poder cuidarla. Los días en que debía ir por cualquier motivo —o cuando salía con su hermano y sus amigos—, su madre, Pili, era quien se encargaba de la niña.

No me atreví a preguntarle por Jessica, la que había sido su mujer. Sabía su nombre porque me lo había dicho su hija, pero él debió adivinar mis pensamientos, porque sonrió levemente y me dijo:

—Te estás preguntando qué pasa con Jessica, ¿verdad? —me preguntó divertido al ver mi cara de apuro.

—Lo siento, no quiero meterme donde no me llaman, ni que te sientas en la obligación de contarme algo que no quieras. Pero sí, la verdad es que siento curiosidad —admití, bajando un poco la voz.

—No pasa nada, es normal que te lo preguntes; yo también lo haría si estuviera en tu lugar. Sé que Sara te ha hablado de ella, pero prefiero que escuches la historia por mí. Hay ciertas cosas que la niña no sabe, y prefiero que siga siendo así.

—Lo que quieras contarme estará bien. Creo que necesitas hablar, o al menos eso me cuentan tus ojos. Dicen que soy buena escuchando, así que aquí me tienes —le aseguré.

Él asintió y comenzó su relato.

—Jessi y yo nos conocimos en el instituto. Creo que fue amor a primera vista. En poco tiempo empezamos a salir juntos, así que te puedes imaginar los años que llevamos. Yo tengo treinta, y ella también. Es una mujer preciosa, de esas que llaman la atención allá por donde pasan. Siempre había querido ser modelo y, por supuesto, lo consiguió.

»Cuando empezó a hacerse conocida, todo cambió. Ya no era la misma chica sencilla que yo había conocido. Comenzó a salir mucho y a rodearse de gente con la que yo no me sentía cómodo. Eso nos distanció un poco. Pero entonces se quedó embarazada de Sara.

»No fue algo planeado, como puedes suponer. Lo que para mí fue lo más bonito que podía pasarme, para ella fue un mazazo terrible. Insistió una y otra vez en abortar, pero conseguí convencerla de que no lo hiciera.

—Que su cuerpo cambiara, con el trabajo que tiene, no le hizo mucha gracia, ¿no? —le pregunté, intuyendo la respuesta.

—Así es. Y si además le sumas la depresión posparto, aquella época fue horrible. Apenas miraba a la niña; su única obsesión era recuperar su cuerpo, volver a ser la de antes. A base de gimnasio y dietas lo consiguió en poco tiempo.

»Eso ayudó a que volviera a comportarse como antes, al menos conmigo. Con Sara, en cambio, nunca ha tenido demasiada afinidad. Creo que siente celos de ella, porque mi cariño se repartió entre las dos, y dejó de ser la única mujer de mi vida.

—Sara me ha contado algunas cosas, no muchas. Apenas habla de su madre, parece que no comparten mucho tiempo juntas.

—Hubo un tiempo en que no era así —continuó, bajando la voz—. Después de superar la depresión, Jessica se comportaba como una madre normal. Pero todo cambió hace unos meses, cuando empezó a trabajar en una agencia nueva. Los viajes se hicieron constantes y dejó de pasar tiempo con nosotros.

»He intentado que Sara note lo menos posible sus ausencias, pero está claro que no lo he conseguido. Creo que se ha resignado a que su madre no esté presente en su vida.

—¿Por eso no ha venido con vosotros? ¿Está trabajando? —pregunté con cierta cautela.

—Está trabajando, sí, pero ese no es el motivo. Estoy cansado de vivir así, Noelia. No voy a mentirte: la sigo queriendo, es la madre de mi hija y siempre lo será. Pero ya no estoy enamorado de ella. Se ha encargado de que mi amor muriera poco a poco con sus idas y venidas. Antes de venir aquí le dije que no aguantaba más, que me parecía bien que quisiera hacer su vida, pero que yo también quería hacer la mía.

Hizo una breve pausa, bajando la mirada hacia la taza vacía entre sus manos.

—Además, tengo constancia de que me ha sido infiel. Mi hermano la vio besándose con un compañero en una discoteca. Cuando se lo dije, me recriminó que era un cerrado de mente, que tenía que entender que en su mundo eso era parte del trabajo, una forma de publicitarse.

—Pero no la creíste, ¿no?

—Por supuesto que no. Una cosa es que le hagan fotos con algunos compañeros en las que se tocan o incluso se besan, eso puedo entenderlo. Pero de ahí a que fuera del estudio tenga que hacerlo en público… pues no. Ella quiere vivir en su mundo, uno en el que Sara y yo no tenemos cabida. Así que voy a construir el mío propio.

—Te entiendo más de lo que crees. Todo esto que ves —le dije extendiendo los brazos— es el mundo que he construido para mí. Igual que te pasa a ti, yo también vivía en uno que odiaba, rodeada de gente que no me hacía bien. No te voy a engañar, cuesta mucho romper con el pasado, pero estoy segura de que dentro de un tiempo estarás bien y volverás a tener ilusiones nuevas.

—Puede que una de esas ilusiones ya esté en mi vida —dijo mirándome intensamente. Sentí un nudo en la garganta por el significado de sus palabras.

—¡¡¡Noelia!!! —el torbellino de Sara irrumpió corriendo en la cocina, cortando el momento tenso que se había instalado entre nosotros.

—Dime, cielo —le contesté, sonriendo.

—¡Me lo he pasado de lujo en la pista de trineos! Venía a decirte que iba a buscar a papá, pero veo que se me ha adelantado y ha venido él.

—Así es, señorita. He venido a buscarte para que pases por la ducha antes de prepararte para la cena, que ya se ha hecho bastante tarde. Así que arreando, duendecillo navideño —le dijo su padre riendo.

—Jooo, otra vez la ducha… —protestó Sara, haciendo un puchero que nos hizo reír a los dos.

—Serás guarrindonga… hay que ducharse todos los días —bromeó Dorian, guiñándole un ojo—. Espérame fuera, anda. Quiero decirle algo a Noelia y nos vamos.

Ella obedeció, aunque salió rezongando, arrastrando las botas sobre el suelo de madera.

—¿Qué querías decirme? —le pregunté, apoyándome en la encimera.

Se acercó lentamente, hasta quedar apenas a unos centímetros de mí, tan cerca que sentí el calor de su cuerpo. Levantó la mano hasta mi cara y, con el pulgar, recorrió mis labios, llevándose un pequeño rastro de chocolate que me había quedado. Luego se lo acercó a la boca y lo lamió, despacio.

—Uhm… delicioso, pero insuficiente —me dijo con la voz ronca, tan grave que me recorrió un escalofrío.

—¿Qué…? —No me dejó terminar la pregunta. Enmarcó mi cara con sus manos y unió sus labios a los míos en el beso más tierno y pasional que me habían dado nunca.

Cuando, después de lo que me parecieron minutos, se separó, apoyó su frente contra la mía y me susurró con una sonrisa apenas audible:

—Esto sí que ha sido totalmente delicioso. Espero que podamos compartir muchos más besos con sabor a chocolate.

No fui capaz de articular palabra; solo asentí, todavía con el corazón desbocado, antes de rozar sus labios de nuevo en un beso corto, dulce, como una promesa.

Capítulo 9



Los siguientes días pasaron en un suspiro. Sara continuaba con su rutina: pasaba horas conmigo en la cocina, preparando dulces; con Patricia en la pista de trineos; con Rodri en la tienda, y también con María, a la que había robado el corazón como a todos. La adoraba.

Dorian también venía con frecuencia a la cocina «a robarme besos dulces», como decía él. Hablábamos mucho; como él hizo conmigo, yo también le conté mi historia. Los paseos diarios, los besos robados y los roces tímidos empezaron a formar parte de nuestro día a día. No habíamos pasado de ahí, pero sabía con certeza que eso estaba a punto de cambiar. El deseo que ambos sentíamos crecía cada vez más, como una llama que ninguno se atrevía a apagar.

Unos pasos rápidos —que ya conocía a la perfección— me sacaron del estado embobado en el que me encontraba pensando en Dorian.

—¡Hola, Noelia! Tengo novedades —anunció la princesa, abrazando mis piernas con fuerza.

—Hola, cariño. ¿Y qué novedades son esas? Por tu cara de felicidad, seguro que es algo bueno —le dije, cogiéndola en brazos y sentándola en la encimera para que me lo contara.

—¡Acaban de llegar la abuela Pili y el tío Tito!

—Qué bien, eso es estupendo. Tengo muchas ganas de conocerlos.

—Por eso venía a buscarte. ¿Quieres venir conmigo a la casa *Mazapán* y te los presento? Se han quedado vaciando las maletas.

—Por supuesto que quiero. Dame un segundo, que apago el horno y voy contigo —le contesté, girándome para hacerlo.

—Genial, te va a encantar la abuela, ya lo verás, es muy divertida. Bueno, el tío también, pero a ese no le mires mucho: tú céntrate en mi padre, que me gustas para él —dijo tan tranquila, dejándome completamente a cuadros.

Dorian y yo habíamos tenido mucho cuidado de no dejar que la niña nos viera besarnos o darnos muestras de cariño. No queríamos confundirla hasta saber en qué acabaría todo aquello que estaba empezando entre nosotros.

—Pero bueno, duendecillo, ¿de dónde sacas tú esas cosas? Entre tu padre y yo no hay nada.

—De momento —replicó con una sonrisilla traviesa—, pero lo habrá seguro. Acabarás siendo su novia, lo dice la manera en la que os miráis.

—Tú eres una listilla… ¿y cómo nos miramos, si puede saberse? —le pregunté riéndome.

—Pues igual que se miran Patricia y el alcalde. Si ellos ya son novios, vosotros no tardaréis, ¿no?

La madre que la parió… a la niña no se le escapaba ni una.

Era verdad que Patricia había empezado algo con Mateo, y se les veía estupendamente juntos. La manera en la que se miraban nos decía a todos que ahí había amor del bueno.

—Vámonos, anda —le dije cogiéndola de la mano—, y déjate de miradas. Tu padre y yo somos amigos.

—Bueno, como dice siempre la abuela, el tiempo me dará la razón —respondió con una seguridad pasmosa, dando por finalizada la conversación.

Llegamos a la casita donde estaba su familia. Desde fuera se escuchaba el jaleo de la conversación, risas y voces alegres que demostraban lo unidos que estaban.

—Entra tú primero, pequeña, yo te espero aquí —le dije a Sara, acariciándole el pelo. No quería irrumpir así, de repente, sin que me conocieran de nada; no me parecía apropiado.

Sara entró corriendo para avisar a su padre y a los demás de que yo estaba fuera esperando para conocer a los recién llegados. Ni un minuto después, Dorian se asomó con una gran sonrisa en la cara, haciéndome una seña para que me acercara.

—Hola, Noelia, pasa, por favor —me dijo, tirando suavemente de mi mano cuando llegué hasta la puerta.

Al pasar junto a él, rozó mis labios con un beso en el cuello que me hizo suspirar. Al oírme, me guiñó un ojo y me dio un leve apretón en el trasero.

—Para —le pedí en un susurro, intentando contener la risa nerviosa.

—Es que no puedo contenerme —me respondió, acercándose más, con esa voz grave que me erizaba la piel—. Cada vez que te tengo cerca, mis manos se van solas hacia ti. Sueño con el día en que puedan recorrer tu cuerpo sin nada de ropa.

—La noche que quieras —le contesté, armándome de valor—. Mi cuerpo y yo te esperamos, sin nada, en mi casa.

—Hoy. De hoy no pasa —me dijo con los ojos encendidos de deseo, sin apartar los suyos de los míos.

—¡Mira, Noelia! Esta es mi abuela Pili, y él es el tío Tito.

Nos separamos de golpe, desviando la mirada justo cuando los tres aparecieron delante de nosotros.

Cuando reuní el valor suficiente para mirarlos —con la vergüenza tiñendo mis mejillas por la escena cómplice en la que nos habían sorprendido,

pareciendo dos adolescentes susurrándonos al oído—, vi tres expresiones distintas.

En la de Sara se leía un claro «lo sabía». En la de su abuela Pili, alegría, pero también una chispa de preocupación. Y en la de Tito, una sonrisa pícara que decía sin palabras: «Sé perfectamente lo que os traéis entre manos».

—Buenos días, supongo que tú eres la famosa Noelia de la que mi nieta no para de hablar —me dijo Pili mientras me daba dos besos cariñosos en las mejillas.

—Famosa no lo creo, pero que soy Noelia, eso sí que es verdad —le respondí, devolviéndole los besos y abrazándola. Sentí una calidez junto a aquella mujer que no había sentido nunca con mi madre. Bastó una mirada a sus ojos para saber que era buena persona.

—Yo soy Tito —dijo el hermano de Dorian con una sonrisa, estrechándome entre sus brazos.

Si el padre de Sara era guapo a rabiar, su tío no se quedaba atrás. Tenía el mismo pelo rubio —aunque en su caso ya salpicado de canas que le daban un aire aún más atractivo—, y unos ojos negros intensos. Su sonrisa canalla era de esas que podían hacerte perder la cabeza.

Se me vino a la mente Leire: aquel hombre era totalmente su tipo. Estaba segura de que cuando lo viera, babearía como un bebé.

—Encantada. No puedes negar que son tus hijos —dije mirando a Pili—. Tienen el mismo pelo que tú, y Dorian y Sara además han heredado tus ojos.

—Así es, los tres los tenemos iguales. Tito los tiene como su padre, mi difunto marido —respondió con serenidad.

Sabía por boca de Dorian que su padre había fallecido años atrás por un cáncer de pulmón; ni siquiera llegó a conocer a su nieta.

—Abuela, ¿queréis conocer tú y el tío la sala de los dulces que hay al lado del comedor? Son los mejores del mundo, los hace todos Noelia. Bueno, muchos de los que hay allí ahora tienen mi toque personal, porque la he

ayudado a hacerlos —dijo Sara tan orgullosa, que todos soltamos una carcajada. Aquella niña era la monda a la hora de explicar las cosas.

—Por supuesto que vamos. No me perdería esos dulces con tu toque por nada del mundo, chiquitina —le contestó su tío, cargándola al hombro y saliendo el primero por la puerta.

Pili, Dorian y yo los seguimos, riéndonos al ver el entusiasmo con el que los dos se dirigían hacia la sala de dulces. Según me había dicho Sara, su tío era un auténtico goloso al que el azúcar le perdía.

A mitad de camino, Tito se detuvo en seco y bajó a Sara del hombro. Los demás nos miramos extrañados, preguntándonos con la mirada qué le pasaba, pero cuando centré la vista en lo que teníamos delante, lo supe.

Leire se acercaba hacia nosotros con paso ligero, la cabeza gacha mientras consultaba algo en su agenda.

—Pequeña, me has contado estos días por teléfono todo lo que había aquí, pero se te olvidó decirme que también había un ángel… el más bonito que han visto mis ojos en toda mi vida —soltó Tito, sin apartar la mirada de Leire.

Cuando Leire, que ya había llegado a nuestra altura, lo oyó decir eso, centró su mirada en él. Se quedaron paralizados, escaneándose con los ojos, como si el resto del mundo se hubiera desvanecido a su alrededor. Nosotros nos miramos alucinados por lo que estábamos viendo: teníamos el privilegio de presenciar un flechazo en toda regla.

Decidí intervenir para romper aquel hechizo y presentarlos, animada por Dorian, que me apretó la mano con una sonrisa cómplice.

—Leire… Leire —tuve que repetir su nombre dos veces para que reaccionara; se había quedado tan enganchada a Tito que parecía estar en el séptimo cielo.

—Perdona, ¿qué decías, Noelia? Estaba… pensando en mis cosas y me he quedado en Babia —dijo, intentando fingir naturalidad.

—En tus cosas, sí, ya lo hemos visto —bromeé, y ella se puso roja como un tomate—. Te llamaba para presentarte a la familia que faltaba por llegar de Sara. Ellos son Pili, su abuela… y del que te has quedado prendada es su tío Tito.

—Yo… no… —Tartamudeó, muerta de la vergüenza—. Encantada —les dijo finalmente, volviendo a centrar su mirada en Tito, como si un imán invisible tirara de ella.

—Tú sí —replicó él, con una sonrisa que podía derretir la nieve—. No lo niegues, porque a mí me ha pasado igual. —Y, sin dudarlo, la tomó suavemente por la cintura para darle dos besos.

—Madre mía… mi hijo se me ha enamorado —me susurró Pili al oído, visiblemente emocionada—. No pensé que viviría lo suficiente para presenciar este milagro.

—Yo estoy igual de sorprendida con mi amiga —le respondí, sonriendo—. Nunca la había visto mirar así a un hombre.

—Desde luego, este sitio es mágico. Cura los corazones heridos —dijo, mirando a Dorian— y despierta los que estaban dormidos —añadió, dirigiendo la mirada a su otro hijo.

—Leire, ¿quieres venir con nosotros a la sala de dulces? El tío está deseando hincarle el diente a todo lo que hay allí —preguntó Sara, haciendo que todos soltáramos una carcajada.

—Claro —contestó Leire—, a mí también me vendrá bien un pequeño descanso y probar alguna delicia de las que hay allí. Me ha dicho un pajarito que la mayoría las ha horneado un pequeño duende que se nos ha colado en el complejo. —Le tendió la mano a Sara, que la tomó encantada, y a su vez agarró la de su tío. Los tres se adelantaron, caminando juntos hacia el comedor.

Los ojos de Tito iban de dulce en dulce, salivando sin decidirse por cuál empezar. Los demás, al verlo, reímos divertidos. Leire terminó cogiendo un

trozo de turrón de chocolate con pistachos y se lo acercó a la boca con una sonrisa traviesa.

Los demás llenamos los platos con lo que más nos apetecía y, con seis tazas de chocolate caliente, nos sentamos alrededor de una mesa para charlar mientras comíamos.

Fue un rato encantador: risas, anécdotas y ocurrencias de la pequeña terremoto, que tenía a todos encandilados. Pero también hubo muchos cruces de miradas: entre Tito y Leire, entre Dorian y yo… y una, la más luminosa de todas, la de Pili, al ver a sus hijos felices.

Capítulo 10



Me encantaba, al final del día, sentarme en la cama, apoyada en el cabecero, con el portátil en las piernas y buscar recetas nuevas para seguir añadiendo dulces a los que ya teníamos. En eso estaba cuando sonó el timbre. Me sorprendió: era tarde, y el silencio reinaba en todo el complejo. Mi primer pensamiento fue que algo malo había pasado… pero recordé cierta conversación de esa tarde con Dorian. ¿Sería posible que fuera él? Cerré el portátil de golpe y fui a abrir la puerta con el corazón latiéndome en las sienes.

Mis dudas se disiparon al instante: allí estaba él, apoyado en el marco, con las manos metidas en los bolsillos y esa sonrisa que desarmaba hasta el aire. Madre mía… solo con verle, mi cuerpo se encendió como si alguien hubiera avivado una hoguera dentro de mí.

Me eché a un lado para dejarle pasar, y sin apartar sus ojos de los míos, cerró la puerta con un golpe seco del pie.

—Hola, Dorian. ¿Necesitas algo? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

—Creo que ya te lo dije esta tarde —susurró con voz grave—. Necesito recorrer tu cuerpo y saborearte entera… saber si realmente eres tan dulce como imagino. Te aseguré que de hoy no pasaría.

—Cierto, lo dijiste… pero no sabía si lo cumplirías —le contesté, dejando que el tono se volviera casi un desafío.

Su sonrisa se ensanchó apenas un milímetro, pero bastó para que todo mi cuerpo temblara. Dio un paso, acortando la distancia entre nosotros, y su respiración se mezcló con la mía.

—Yo siempre cumplo lo que prometo, pero veo que tú no —dijo con una sonrisa ladeada, mientras pasaba la lengua por su labio como un cazador que acecha a su presa—. Me aseguraste que tú y tu cuerpo me esperaríais sin nada… y yo te veo demasiado vestida.

Me eché un poco hacia atrás, separándome unos pasos. Si quería jugar… jugaríamos. Con calma, deshice el nudo del albornoz que llevaba puesto. Muy despacio, lo dejé caer a mis pies, quedándome completamente desnuda frente a él.

—Yo también cumplo todo lo que digo —respondí, mientras pasaba mis manos por mis pechos, y luego las deslicé lentamente por mis caderas—. Pero no me parecía buena idea abrir la puerta así.

Sus ojos se oscurecieron al ver mis movimientos, encendidos por el deseo. Avanzó despacio hacia mí, pero cuando apenas había dado dos pasos, levanté la mano para detenerlo.

—Creo que lo justo es que estemos en igualdad de condiciones —le dije, sin apartar la mirada—. Yo también necesito saber a qué sabe tu piel… y con tanta ropa no va a ser fácil, ¿no crees?

—Total y absolutamente de acuerdo —contestó, mientras se quitaba el jersey de un tirón. El resto de la ropa cayó con la misma rapidez, y apenas dos minutos después estaba completamente desnudo frente a mí.

Su cuerpo era digno de admiración. Perfecto, lo miraras por donde lo miraras. Me relamí los labios y, con un simple gesto de mi dedo, le indiqué que se acercara.

Dio dos pasos y su cuerpo se pegó al mío. Cuando pensé que me besaría, me sorprendió cogiéndome por los hombros. Con una risa baja y grave, caminó conmigo en brazos hacia la habitación. Me dejó suavemente sobre las sábanas y, antes de besarme, murmuró:

Puede que al final de la noche me dé una subida de azúcar… porque no pienso dejar de saborearte en toda la noche.

Sin decir nada más, hundió su cara entre mis piernas para devorarme como había prometido.

—Dios, Dorian… no aguanto más. —Jadeé, al borde del orgasmo.

—Dámelo, Noelia… déjame probar tu néctar —susurró con la voz ronca y cargada de deseo.

Esas palabras fueron el detonante que necesitaba para abandonarme por completo en su boca.

Pasados unos segundos, cuando logré recuperar el aliento, intenté incorporarme: también quería saborearlo a él. Pero Dorian, adivinando mis intenciones, me empujó suavemente por los hombros, tumbándome de nuevo.

Se colocó encima de mí y, justo antes de besarme, susurró:

—Después… eso que ibas a hacer puede esperar. Ahora mismo necesito estar dentro de ti.

Y, sin darme tiempo a responder, rozó mi entrada con su miembro y se abrió paso lentamente en mi interior.

Fue la mejor noche de mi vida. No solo hubo sexo; hubo cariño, confesiones a media voz, risas… y una complicidad que yo nunca había tenido con nadie.

Me levanté cansada, pero feliz, muy feliz. Apenas habíamos dormido un par de horas, y aun así me sentía con más energía que nunca.

Dorian se había ido al amanecer a su casita. Quería estar allí cuando Sara se levantara. Lejos de molestarme que se marchara así, me gustó mucho que, ante todo, pensara en su hija.

Después de darme una larga ducha caliente —mi cuerpo la necesitaba para descansar los músculos—, me reuní con las chicas en la cocina para nuestro

desayuno habitual juntas.

—Buenos días —les dije a todas, que ya estaban sentadas esperándome con una taza de café en la mano y un bizcocho de limón en la mesa.

—Para unas más que para otras… —dijo la capulla de Leire, riéndose—. El brillo que traes en los ojos y en la cara te delata, amiga.

—Pues entonces, si ya lo veis, no hace falta que diga nada más —le contesté sacándole la lengua.

—De eso nada —añadió Patricia—. Ya estás largando por esa boquita. Que a mí bien que me hicisteis un tercer grado en mi primera cita con Mateo.

—Solo os diré que ha sido la mejor noche de mi vida.

—Noelia, te estás enamorando de ese hombre, si es que no lo estás ya. ¿Lo sabes, no? —me dijo María, agarrándome la mano.

—Lo sé, pero no quiero hacerme ilusiones. Aunque ahora no esté con su mujer, sé que aún siente algo por ella. No tengo ganas de que me rompa el corazón.

—Pues siento decirte que vas tarde —replicó Patricia con tono serio—. Ya estás enamorada. Y si él no empieza a sentir lo mismo por ti, cuando se vaya lo vas a pasar mal. No quiero ser la que te pinche la burbuja en la que estás, solo quiero que pienses en todos los escenarios posibles.

Sus palabras me dolieron, no porque me las dijera ella, sino porque en ellas había mucha verdad. Puede que para Dorian todo aquello solo fuera una manera de desconectar y pasarlo bien durante sus vacaciones… y yo, como una tonta, tenía la esperanza de que fuera algo más.

—Tienes razón, pero no he podido evitar enamorarme de él. Si cuando llegue el fin de sus vacaciones se marcha sin mirar atrás, porque no siente nada por mí, sé que lo pasaré muy mal. Pero ya cruzaré ese puente cuando llegue. De momento pienso disfrutar todo lo que pueda.

—Así se habla —dijo María—. Ya lloraremos cuando toque; ahora toca disfrutar y reír con lo bueno que ha llegado a vuestras vidas.

—¿Tú qué tal con Mateo? —le pregunté a Patricia.

—Genial, cada día me siento más a gusto con él. Ningún hombre me había tratado nunca como lo hace él. Ayer me dijo que no piensa dejarme escapar.

—Es un buen hombre y se le nota que te adora. Ha sido así desde el primer día que te vio. A ver si espabila y te pide que te cases con él pronto, que tengo ganas de ponerme una pamela —dijo María con una sonrisa traviesa.

Patricia la miró como si pensara que estaba loca, y las tres soltamos una carcajada.

—Bueno, yo tengo que contaros algo inaudito —dije, dirigiéndome a María y a Patricia—. Ayer vi algo que no creía posible que pasara nunca: la señorita Leire tuvo un flechazo, con letras mayúsculas, con Tito, el hermano de Dorian.

—¿En serio? ¡Qué pena que nos lo perdiéramos! Me hubiera encantado verlo. Aquí la niña que siempre decía que nunca llegaría un hombre a su vida que la hiciera perder la cabeza… Mira tú por dónde, va a tener que tragarse sus palabras —le dijo Patricia, pinchándola divertida.

—No le hagáis caso. Sí que es verdad que el tío está bueno y le miré un poco, pero de ahí a que fuera un flechazo… creo que Noelia exagera, y mucho —replicó Leire, poniendo los ojos en blanco.

Me eché a reír sin parar, mirándola como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo, porque yo sabía de sobra lo que había visto.

—Te voy a repetir las mismas palabras que me dijo ayer el pequeño duende sabio que tenemos rondando por todo el complejo —le advertí, refiriéndome naturalmente a Sara—: «El tiempo me dará la razón».

—Ese duende tiene un pico que vale oro —añadió María entre risas—. Suelta unas perlas por la boca que, a veces, te deja tan desconcertada que no sabes ni qué contestarle. Tiene un peligro… es como una viejita en miniatura.

Las tres estallamos en carcajadas. Era imposible no adorar a esa pequeña sabionda.

Capítulo 11



Una semana había pasado desde que Dorian y yo pasamos nuestra primera noche juntos, y desde entonces eso se había repetido cada noche. Cuando dejaba a la niña dormida, venía a mi casa para estar conmigo a solas. Mentiría si dijera que solo venía para acostarse conmigo, porque también hablábamos mucho, muchísimo, de nuestras vidas, de nuestros miedos o de cualquier cosa que se nos ocurriera. Por la mañana, cuando el sol empezaba a asomar, abandonaba mi cama para ir a su casa y estar presente en el despertar de su hija.

Aquel día había amanecido con un sol radiante, a pesar del frío que hacía. Los dos días anteriores había estado nevando sin parar, y aprovechando la acumulación de nieve que teníamos, Patricia había organizado un concurso de muñecos de nieve. Casi todos los huéspedes se habían apuntado; por supuesto, Sara fue la primera en la lista. A su lado, mi nombre, ya que las reglas decían que debía hacerse por parejas. También apuntó, sin consultárselo, a su padre y a su tío. Cuando estos se enteraron, pusieron una cara de «tierra, trágame» que nos hizo reír tanto que acabamos con dolor de barriga.

—¡¡¡Noelia!!! ¿Estás preparada para ganarles a todos haciendo el mejor muñeco del mundo? —Entró preguntando la princesa en mi cocina, con esa energía contagiosa que siempre la acompañaba allá donde iba.

—Bueno, lo de ganar ya se verá. Sabes que lo importante es participar y pasarlo bien. Si no ganamos, no pasa nada; es algo que debemos tener claro, porque hay muchas parejas participando —le advertí, sin querer que se llevara un chasco.

—¡Paparruchas! Estoy segura de que ganar, a lo mejor no, pero de los primeros puestos no bajamos. Si se nos da tan bien moldear la nieve como los dulces, lo tenemos chupado. —La leche con la niña, tenía respuesta para todo.

—Voy a lavarme las manos y nos vamos. ¿Has cogido unos guantes gorditos para que no se te queden heladas? —pregunté.

Sacó del bolso del abrigo unos guantes de lana forrados por dentro y me los enseñó, poniendo cara de «que sí, pesada».

—Mi padre y el tío han dicho que irán directamente allí. Papá estaba hablando por teléfono con el médico que me operó; creo que le estaba diciendo el día y la hora de la revisión. —Ya me había comentado Dorian que, cuando tuvieran que revisarle el ojo, irían a Bilbao para que la vieran y volverían en el día. Y si la cita era por la tarde, dormirían allí y saldrían temprano al día siguiente para regresar.

Cuando llegamos a la explanada donde sería el concurso, ya había mucha gente, aunque todavía faltaban unos minutos para la hora establecida.

En un cesto que Patricia había llevado, había todo tipo de cosas para decorar los muñecos, aunque también había quienes, como nosotras, habían traído sus propios adornos.

—Chicas, ¿estáis listas para darle forma a la nieve? —preguntó Patricia, entusiasmada con la respuesta que había tenido su propuesta. La verdad era que los huéspedes estaban encantados con todo lo que ofrecía el complejo, y así nos lo hacían saber a todas horas.

—¡Nacimos listas! ¿Verdad, Noelia? —respondió Sara con un aplomo que provocó varias risas a nuestro alrededor.

—Claro que sí, somos descendientes del Yeti, ese que era el rey de la nieve —añadí divertida, logrando que la gente riera aún más.

—¿Qué es tan divertido? —susurró una voz en mi oído, acompañada de unas manos que mi cuerpo ya reconocía muy bien, rodeándome la cintura.

—Papá, no la desconcentres. La necesito con la mente despejada para que se centre en hacer el muñeco. Y cuando tú estás cerca, parece que se queda en Babia. Vete al otro lado, por favor. —Toma ya, ahí soltó eso y se quedó tan pancha.

Patricia y Tito, al oírla, soltaron unas carcajadas que les hicieron llorar de risa. Dorian y yo nos miramos, negamos con la cabeza al unísono y decidimos dejarlos por imposible.

Una hora: ese era el tiempo que Patricia había establecido como límite para terminar. A los cuarenta y cinco minutos, nosotras ya habíamos acabado. Y no es por presumir, pero nos quedó un muñeco que era una pasada.

Le pusimos una bufanda muy larga, que daba dos vueltas al cuello. Como ojos, la mayoría había optado por botones, pero nosotras usamos dos tapas azules de unos botes de mermelada. En la cabeza, en lugar del típico sombrero de copa, le colocamos uno de los gorros navideños que usaba Sara cuando estaba con Rodri en la tienda. Y como toque final —el que más llamó la atención—, le pusimos una nariz redonda y roja: una pelota brillante que parecía encenderse con la luz del sol.

Las votaciones se hicieron entre todos. Cada pareja debía escribir en una cartulina el número del equipo que, a su juicio, había hecho el mejor muñeco. Los números los llevábamos colocados en la espalda.

El recuento se realizó allí mismo, en ese momento. Los ganadores recibirían como premio una cesta llena de decoraciones y productos navideños que Patricia había preparado con todo su cariño, y que había quedado preciosa.

—Y los ganadores son… ¡¡¡el número siete!!! —anunció Patricia en voz alta.

Los saltos y gritos que dio Sara al escuchar nuestro número se tuvieron que oír hasta en el pueblo, y eso que estaba a cierta distancia.

—¡¡¡Noelia, hemos ganado!!! ¡¡¡Hemos ganado!!! —repetía una y otra vez, abrazándome con lágrimas en los ojos por la emoción.

Mis ojos, y los de su abuela, estaban igual. Verla tan feliz te llenaba el alma.

Cuando el concurso terminó, la gente se fue marchando poco a poco y nos quedamos solo nosotros. Sara no tardó en echarle la bronca a su padre y a su tío, diciéndoles que tenían que haber practicado más porque su muñeco les había quedado torcido.

Les propuse tomar una taza de chocolate caliente en la salita, y aceptaron encantados. Fuimos hasta allí todavía comentando los detalles del concurso, con Sara brincando a nuestro lado.

—Noelia, quería comentarte una cosa —me dijo Dorian, sentado a mi lado.

—Dime —le contesté antes de dar un sorbo al chocolate, que venía de maravilla para reponer fuerzas y entrar en calor.

—Como ya sabes, mañana Sara tiene la revisión de la vista. Al final la cita será a las seis de la tarde y, como no sé cuánto durará, prefiero no arriesgarme a viajar de noche con mal tiempo. Dormiremos allí. Quería proponerte que vengas con nosotros.

Casi se me cayó la taza de las manos al oírle. Quería que fuera con ellos a su ciudad, a su casa… y que pasáramos el día juntos. Madre mía, solo pensarlo me puso nerviosa.

—¿Estás seguro? No quiero que me invites solo porque… bueno, porque últimamente pasamos mucho tiempo juntos. Además, ¿se lo has dicho a Sara? Quizá ella prefiera ir solo contigo.

—Si no estuviera seguro, no te lo habría preguntado —respondió con calma—. Y si lo que te preocupa es la reacción de Sara, eso tiene fácil solución.

Dejó la taza sobre la mesa y se giró para llamar a la niña, que estaba sentada en el regazo de su tío contándole, con pelos y señales, cómo habíamos montado nuestro muñeco de nieve.

—Sara, cariño, le estaba proponiendo a Noelia que mañana nos acompañe a Bilbao, cuando vayamos a lo de tu revisión. Pasará el día con nosotros y dormirá en nuestra casa, porque cuando salgamos del médico será tarde para volver aquí. ¿Te parece buena idea que venga con nosotros?

—¿Que si me parece buena idea? —Los saltos y las palmadas que empezó a dar nos dieron una ligera idea de lo que iba a contestar—. ¡Ay, papá, es la mejor idea que has tenido nunca! Podré enseñarle mi habitación y, a la hora de comer, podríamos llevarla a nuestro restaurante favorito, ese de las hamburguesas gigantes. Y también… —Así siguió un buen rato, planeando y dando ideas de todo lo que podíamos hacer al día siguiente cuando llegáramos a su ciudad.

—Ya la estás oyendo. ¿Qué me dices, aceptas? —Me volvió a preguntar Dorian.

Y, por supuesto, esa segunda vez no pude negarme. A mí me hacía tanta ilusión —o más— pasar el día con ellos como a la niña.

—Está bien, os acompañaré encantada mañana —dije, agarrándole la mano y dándole un beso en la mejilla a Sara.

—Perfecto, saldremos a las nueve. Así aprovecharemos bien el día. —El entusiasmo de Dorian al oír mi respuesta se reflejaba en sus ojos.

—A las nueve en punto estaré en la puerta de vuestra casita, lista para salir.

Esa noche, como todas las anteriores, Dorian la pasó conmigo. Pero cuando se marchó al alba, como hacía siempre, no me quedé en la cama ni un minuto más. Me levanté para darme una ducha y prepararme para el viaje con ellos. Como solo pasaríamos una noche fuera, una mochila fue suficiente para meter las cuatro cosas que me harían falta.

Capítulo 12



Sara iba entusiasmada en el coche. Desde que había salido del complejo a las nueve de la mañana, como habíamos quedado, no se había callado ni un momento. Era una niña con tanta vitalidad que, aunque no quisieras, te hacía sonreír a cada momento.

Dorian nos miraba de reojo mientras conducía y sonreía de medio lado. Se le veía feliz al observar lo bien que nos llevábamos su hija y yo. No le había vuelto a preguntar por Jessica; no sabía si hablaban o no. La niña me contó que solo había hablado con su madre una vez desde que llegaron al complejo para pasar las vacaciones. Saberlo me dolía; me veía reflejada en ella. Me recordaba tanto a la relación que yo había tenido con mi madre siendo niña… Pero, al igual que me ocurrió a mí, tenía la gran suerte de contar con su padre. Aunque eso no hacía que doliera menos.

El viaje no se nos hizo largo. La distancia era poco más de dos horas y media. Lo primero que hicimos fue ir a su casa para dejar las mochilas antes de lanzarnos a la calle. Con todos los sitios a los que había viajado con mi padre, aquella ciudad no entraba en la lista. Cuando Sara y Dorian se enteraron de que nunca había estado allí, quisieron enseñarme la decoración navideña, sabiendo que era mi punto débil cada vez que visitaba un lugar nuevo.

Recorrimos varias calles que tenían un encanto especial y me llevaron al enorme mercado navideño que montaban todos los años por esas fechas. Como en todos los que visitaba desde niña, disfruté al máximo y compré muchísimas cosas. Cada vez que cogía un adorno entre mis manos y lo miraba con ojos brillantes, Dorian me observaba riendo y ponía los ojos en

blanco, como diciéndome: ¿Otro? ¿Es que no tienes bastantes ya? Pues no, nunca podría tener bastantes; siempre quería añadir uno nuevo a mi colección.

A la hora de comer, como Sara había sugerido el día anterior, fuimos al famoso restaurante de las hamburguesas gigantes. Yo pensaba que era una exageración, pero nada más lejos de la realidad. Solo pedimos una para los tres, así que podéis haceros una idea de cómo podían ser de grandes: ocupaban un plato entero. La ración de patatas que pedimos no se quedaba atrás; no venían en un plato, sino en una fuente, cubiertas de queso fundido y trocitos de beicon. Madre mía de mi vida, nunca había visto unas raciones tan exageradas. Desde luego, de allí nadie salía con hambre.

La clínica donde habían operado a Sara estaba en la otra punta de la ciudad. Tuvimos que pasar por casa para coger el coche y poder llegar hasta allí. Era un centro especializado en problemas oftalmológicos, tanto de niños como de adultos. Lo bueno de ser privada era que no tuvimos que esperar mucho; apenas cinco minutos después de la hora prevista salieron a llamarla.

Mi intención era quedarme fuera esperando, pero Sara insistió en que entrara con ella. Y, como siempre que me miraba con esos ojitos de cachorrillo lloroso, no pude negarme. Antes de decirle que sí, miré a Dorian en busca de aprobación; él asintió con una sonrisa.

—Buenos días a todos —nos saludó el médico de Sara cuando entramos en la consulta, con la niña agarrada a una mano de cada uno.

—Buenos días, doctor. He seguido al pie de la letra todo lo que me dijo: nada de excesos, ni carreras, y me he portado superbién. —El hombre no pudo evitar echarse a reír; las salidas de Sara eran únicas.

—Me alegra oír eso. Ya sabía yo que serías mi mejor paciente. Ahora tenemos que comprobar los resultados de lo aplicada que has sido. Si el ojo está curado del todo, ya no tendrás que llevar más el parche pirata y podrás volver a correr con normalidad. Eso sí, con precaución; no quiero tener que volver a verte en mi quirófano, ¿vale?

Cuando el médico dijo eso, Sara desvió la mirada y se mordió el labio, nerviosa. No sabía por qué, pero no era la primera vez que me daba esa sensación rara al ver su reacción cuando se hablaba del tema. Estaba segura de que había algo más detrás de todo esto. ¿Pero el qué?

Dorian ayudó a Sara a subir a la camilla, y el doctor comenzó la revisión con varios aparatos. Notaba al padre tenso, seguramente esperando escuchar que todo había salido bien y que su hija estaba completamente curada.

Media hora después, las pruebas terminaron y pasamos los tres al despacho. Con Sara sentada en mi regazo y Dorian en la silla de al lado, el médico nos explicó los resultados.

—Todo está fenomenal. El ojo se ha curado por completo; ya no hay riesgo de desprendimiento de retina ni de complicaciones futuras. —Dorian y yo soltamos al mismo tiempo el aire que habíamos estado conteniendo al escuchar la buena noticia, mientras Sara aplaudía feliz, sabiendo que por fin podría hacer vida normal.

—Muchas gracias, doctor, por todo —le dijo Dorian, estrechándole la mano.

—No me dé las gracias, hombre, ha sido un verdadero placer ayudar a esta encantadora señorita. —Señaló a Sara mientras le tendía una piruleta, que ella cogió agradecida.

—Bueno, Sara, ya mañana podrás montarte en el trineo que me dijiste que te espera desde hace días. Eso sí, despacito, ¿vale? No hagas locuras; el golpe que te diste podría haber acabado mucho peor si no hubiéramos intervenido a tiempo. No sé qué equilibrios estarías haciendo para terminar clavándote la esquina de un libro, pero deja eso para los que trabajan en los circos —dijo el doctor sonriendo.

Ella solo asintió sin decir nada, algo totalmente raro en ella.

Salimos de allí felices por las buenas noticias. Sara no dejaba de repetir una y otra vez que lo primero que haría sería montarse en el trineo cuando volviéramos al complejo al día siguiente. Incluso me pidió el móvil para

mandar un audio de voz a Patricia y pedirle que le reservara plaza. Mi amiga le contestó enseguida con otro audio, diciéndole que ya la tenía apuntada, porque estaba segura de que todo iba a salir bien.

Aunque salimos pronto de la clínica, ya estaba anocheciendo. Dorian se acercó a Sara y le susurró algo al oído para que yo no los oyera. Por las risas de ambos, supe que estaban tramando algo. Ella respondió que sí, que era una idea maravillosa.

Me hicieron subir al coche y, una vez dentro, les pregunté qué tramaban. Ellos solo se miraron cómplices y dijeron que iban a darme una sorpresa, llevándome a un sitio que me iba a encantar.

Diez minutos antes de llegar, Sara, desde el asiento trasero, me tapó los ojos con su bufanda.

—Tienes que estar así un poquito hasta que papá te diga —me dijo divertida.

—Ya hemos llegado —anunció Dorian cuando detuvo el coche—. Espera un momento, que te ayudo a bajar, ¿vale? —me susurró, dejando un suave beso en mis labios.

—Te va a encantar, Noelia. Papá y yo hemos venido muchas veces aquí, pero lo mejor es venir en Navidad; es cuando está más bonito —me decía Sara mientras caminábamos los tres: ella me llevaba de la mano y Dorian me sujetaba por la cintura.

—¿Preparada? Cuando te quite la bufanda, disfruta de las vistas. —Me besó lentamente en el cuello mientras me la retiraba. Sabía perfectamente que eso me encendía, y el muy capullo se rio al notar mi estremecimiento.

El paisaje que apareció ante mis ojos cuando me destapó la vista era digno de una postal navideña. Estábamos en un mirador —supe después que se llamaba Artxanda— desde el que se veía toda la ciudad, iluminada por miles de luces de Navidad. En ese momento se me vino mi padre a la cabeza; pensé en cuánto le habría gustado disfrutar de esas vistas igual que yo.

—¿Te gusta, Noelia? Te has quedado muy callada —preguntó Sara, preocupada. Seguramente pensaba que mi silencio era porque no me había gustado la sorpresa, pero era todo lo contrario. Era tan feliz que no me salían las palabras.

—Sara, está tan callada porque le ha gustado tanto que no sabe ni qué decir. —Me cubrió Dorian, sonriendo. No me había quitado ojo desde que me quitó la bufanda, y pudo ver la emoción contenida en mis ojos.

—Ya sabía yo que te gustaría —contestó la pequeña sabionda.

—No me gusta… me encanta. Y no solo por lo bonito que se ve todo, sino por la compañía que tengo a mi lado —les dije abrazándolos a los dos, agradecida por haberme mostrado algo tan hermoso.

Nos quedamos allí un buen rato contemplando las vistas y charlando sobre todo lo que habíamos hecho ese día, que sin duda quedaría marcado en el calendario como perfecto.

Cuando el cielo se oscureció del todo y el frío empezó a apretar, dimos por finalizada la visita. El día había sido intenso, y los tres estábamos demasiado cansados para seguir callejeando. Decidimos que lo mejor era ir a casa y pedir algo de cena. La comeríamos sentados en el salón, mientras veíamos una de las tantas películas navideñas que tanto nos gustaban a los tres.

Capítulo 13



Unos gritos de mujer me despertaron de golpe, lo mismo que a Sara, que estaba tumbada a mi lado. Había acordado con Dorian que, aunque pasara un rato con él en la cama la noche anterior —como así fue—, después me iría a dormir con la niña. Me parecía que sería incómodo que ella se levantara al día siguiente y me encontrara en su cama. Le pareció bien, y así lo hicimos.

—Es mamá —me susurró, apretándose contra mí y tapándose los oídos. La abracé con fuerza para que se sintiera protegida. Me sentí muy incómoda escuchando su conversación, pero no podía hacer otra cosa: estaban demasiado cerca de nosotras.

—¿Qué coño haces aquí, Jessica? —preguntó Dorian con la voz alterada.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¿Ahora tengo que pedir permiso para venir a mi casa? —El tono que usó destilaba ironía, aunque noté algo extraño en su voz.

—Creí que había quedado claro que nos tomaríamos un tiempo. Te lo dije antes de irnos.

—Eso del «tiempo» lo decidiste tú, no yo. Además, creo que tengo derecho a ver a mi hija.

—¿Tu hija? Esa hija a la que operaron y tú no te dignaste a estar allí el día que entró al quirófano. Ni los días después la fuiste a ver ni la llamaste para preguntar cómo estaba.

—Ya te expliqué que tenía trabajo, por eso no pude estar.

—Me importa una mierda el trabajo que tuvieras. Yo también lo tenía y lo dejé todo para estar con ella. Tú tenías que haber hecho lo mismo.

—Claro, el bueno de Dorian, el perfecto, el que siempre hace lo correcto, el que siempre está para ella pase lo que pase. Pero a mí, que me zurzan. —Sus palabras estaban envenenadas por los celos. ¿Cómo podía sentir celos de su propia hija?

—Mira, no quiero discutir siempre por lo mismo. El amor que siento por Sara nunca podrá ser el mismo que siento por ti. Ella es mi hija y tú mi mujer; son dos tipos de amor distintos. Hasta que no entiendas eso, no serás feliz, ni nos dejarás ser felices a nosotros.

Oírle decir aquello dolió, y mucho. Había hablado en presente, dejando claro que seguía sintiendo amor por ella. Una lágrima me resbaló por la mejilla al comprender que yo nunca podría ocupar su corazón; ese ya tenía dueña.

—Solo quiero verla, después me marcharé y os daré el tiempo que me has pedido, ¿vale? —dijo ella, cambiando su tono por uno más meloso.

—Está en la cama, y no está sola. Ha venido una amiga suya y están juntas.

Por si no lo tenía claro, con esas palabras terminó de sentenciar lo nuestro. Yo era amiga de Sara, no de los dos. Si ni siquiera podía ser eso, mucho menos otra cosa.

—Voy a ver si están despiertas, aunque con los gritos que has dado al entrar, supongo que sí.

—Sara… —le aparté las manos de las orejas para que pudiera oírme—, mamá ha venido a verte. ¿Quieres que te acompañe a saludarla y así me la presentas? —No me contestó, solo asintió y se levantó de la cama sin soltarme la mano.

Cuando Dorian entró en la habitación a buscarnos, ya estábamos casi en la puerta, listas para salir. Al mirarlo, rehuyó mi mirada, y eso me partió el

corazón un poco más.

—Sara, mamá ha venido a ver cómo estás. ¿Sales a darle un beso? Le he dicho que estás con tu amiga; seguro que le encantará que se la presentes.

—Claro —respondió sin mucho entusiasmo—. ¿Vienes, Noelia?

—Por supuesto, princesa —le dije. Sin decir nada más, nos dirigimos al salón, donde Jessica estaba sentada en el sofá como toda una diva. Sabía que era preciosa, eso me lo había contado Dorian cuando me habló de su historia, pero cuando la vi, me hundí por completo. Jamás podría competir con semejante diosa. Era, sin duda, la mujer más guapa que había visto en mi vida.

—Hola, mamá, ella es Noelia, mi amiga —dijo Sara sin soltarme la mano mientras se acercaba a darle un fugaz beso en la mejilla.

Cuando Jessica se fijó en mí, su rostro reflejó sorpresa. Supongo que, cuando Dorian le había dicho que la niña estaba con una amiga, esperaba que fuera de su misma edad, no una mujer adulta.

—Encantada, soy la madre de Sara y la mujer de Dorian —recalcó muy bien la palabra mujer, marcando territorio.

Cuando se acercó para darme dos besos, entendí eso raro que había notado antes en su voz: apestaba a alcohol. Joder, y solo eran las ocho de la mañana. Así que una de dos: o no se había acostado aún y venía de alguna fiesta, o tenía un problema serio con la bebida.

—¿Y dónde la has conocido? ¿O es que te la ha presentado papá? —La preguntita venía con segundas. Pero yo, que había tenido que aguantar toda mi vida las chorradas de mi madre, no pensaba permitir que hiciera sentir incómoda a Sara con un interrogatorio para averiguar si entre su padre y yo había algo.

—Oh, no, las presentaciones han sido al revés. Sara y yo nos conocimos donde trabajo. Soy repostera en el complejo donde se hospedan, y ella me ha estado ayudando a hacer dulces todos estos días. Nos hemos hecho muy

amigas. —Acaricié el pelo de Sara, mostrándole mi cariño antes de seguir hablando—. A su marido lo conocí después, cuando ella misma me lo presentó.

—¿Y has dejado tu trabajo para venir aquí con ellos? —El recelo en su voz dejaba claro que no me creía del todo.

—Sara insistió en que la acompañara para conocer la casa donde vivía con sus padres. Al igual que ella conoció el sitio donde yo vivo, y no pude negarme.

—Sí, suele salirse con la suya. Con su padre le funciona de maravilla, supongo que contigo ha pasado lo mismo. —El ambiente cada vez era más tenso por las insinuaciones celosas de Jessica. Supongo que Dorian pensó lo mismo que yo, porque decidió cortar la conversación.

—¿Te quedas a desayunar con nosotros, Jessi? En cuanto terminemos y recojamos todo, saldremos otra vez hacia Asturias. Les dije a mi hermano y a mi madre que llegaríamos pronto.

—Claro, me gustaría saber más cosas de la amiga de nuestra hija y del lugar donde vive. —Lo llevaba claro si pensaba que iba a hacerme un tercer grado. Aun así, la dejé intentarlo. Fue hasta divertido ver cómo se desesperaba con mis respuestas esquivas, sin sacar nada en claro.

El camino de vuelta no tuvo nada que ver con el del día anterior. Las risas y las conversaciones fueron sustituidas por un silencio incómodo y monosílabos sueltos. Cada uno iba perdido en sus pensamientos. Incluso Sara y yo fingimos dormir, apoyando la cabeza la una en la otra en la parte de atrás del coche.

Sí, habéis leído bien: iba sentada atrás con la niña. ¿El motivo? Muy simple. Cuando íbamos a subir al coche, Jessica se había adelantado para ocupar el asiento del copiloto, pidiéndole a Dorian que la acercara a la agencia donde trabajaba. Por eso me senté detrás.

Al dejarla en su trabajo, antes de arrancar, Dorian me preguntó si no quería cambiarme de sitio. Ni siquiera le contesté; solo negué con la cabeza.

Después de ver el abrazo y el beso en los labios con los que se despidieron, ¿qué sentido tenía fingir? Estaba segura de que él pensaba que no los había visto, porque estaban apoyados en la parte trasera del coche, junto al maletero. Pero el retrovisor, justo frente a mi cara, me mostró la escena con total claridad.

Cuando bajamos del coche, me colgué la mochila al hombro con rapidez. Necesitaba alejarme de Dorian cuanto antes.

Pili y Tito salieron a saludarnos en cuanto oyeron el motor. Les devolví el saludo con una sonrisa forzada y empecé a caminar para marcharme, pero la voz de Dorian detuvo mis pasos.

—Espera, Noelia, ¿podemos hablar un momento?

—Lo siento, pero tengo que ver a Leire para preguntarle qué tal ha ido todo. Además, no creo que tengamos nada más que hablar. Si lo que quieres es saber si me ha quedado todo claro, la respuesta es un sí rotundo.

»Así que quédate tranquilo, no hace falta que malgastes tu tiempo conmigo explicándome algo que ya sabía desde el principio. —Todo eso lo dije de espaldas. No quería que viera el dolor en mi rostro ni las lágrimas que ya corrían por mis mejillas.

Antes de irme, aún alcancé a oír las palabras que siguieron a mis pasos.

—¿Qué coño ha pasado en Bilbao? —preguntó Tito, con sorpresa y preocupación.

—Mamá es lo que ha pasado, eso y que papá es idiota —respondió Sara, enfadada.

—¡Sara! —le dijo su padre, con tono reprobador.

—Puedes reñirla por su manera de decirlo, pero no por lo que ha dicho. Sus palabras son ciertas —le recriminó Pili.

Y eso fue lo último que escuché antes de marcharme.

Capítulo 14



Menos mal que no me encontré a nadie de camino a mi casa; no quería que nadie me viera llorar. Dejé la mochila en el suelo nada más entrar por la puerta. Me fui quitando la ropa de camino al baño, necesitaba una ducha con urgencia, como si con ella el agua pudiera arrastrar todas mis penas, limpiarlas una a una y llevárselas por el desagüe hasta desaparecer.

Una hora después, mucho más tranquila, me vestí para ir a ver a Sara en su primer viaje en trineo. Ella no tenía la culpa de lo que había pasado con su padre, y además, no quería preocupar a las chicas. Si me quedaba encerrada en casa lamiéndome las heridas, terminaría hundiéndome más, y eso era lo último que deseaba.

Nada más acercarme, la primera que vi fue a Pili. Estaba apoyada en la valla que separaba las pistas, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada fija en su nieta, que esperaba su turno en la cima junto a Patricia. Me acerqué hasta ella despacio, con una sonrisa cansada pero sincera, y me apoyé a su lado.

—Has cogido el mejor sitio para ver deslizarse al duende —le dije, bromeando.

—Noelia, hija, no sabía si vendrías a verla. Antes de subir, me lo ha preguntado y no supe qué contestarle.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondí mirándola—. Esa pequeña me robó el corazón el primer día que la conocí. Lleva esperando este momento desde que llegó… y yo también, para qué mentir.

—Tenéis una conexión especial, de esas que no se explican con palabras. Cualquiera que esté a vuestro lado más de cinco minutos puede verlo. —Sus palabras me tocaron hondo, me emocioné al saber que se había dado cuenta.

—En muchos momentos me recuerda a mí cuando era pequeña. Sobre todo cuando la veo con su padre. Me hace acordarme del mío, de lo mucho que nos unía la navidad, y de todo lo que echo de menos.

—Siempre hablas de tu padre con mucho cariño, pero nunca te he oído mencionar a tu madre. ¿Ella también está…? —Dudó un segundo, quizá por miedo a preguntar si había muerto. No la dejé terminar.

—No está muerta, al menos físicamente. Pero sí para mí —contesté con rotundidad, sin apartar la mirada del cielo blanco que cubría el valle.

—Eso es algo muy duro de decir sobre una madre.

—Sí que lo es, pero se lo ha ganado a pulso, te lo aseguro. Ojalá yo hubiera tenido una madre como tú. He visto cómo tratas a tus hijos, cómo los miras con amor. A mí, mi madre jamás me ha mirado así. ¿Quieres saber qué estaba haciendo el último día que la vi?

—Solo si tú quieres contármelo. —Me acarició el brazo con cariño, dándome ánimos para continuar.

—Estaba en el salón de su casa, practicando sexo con mi novio. —La cara de espanto que puso al oírme me hizo reír, no pude evitarlo.

—Madre del amor hermoso. Me podía imaginar cualquier cosa, pero eso… jamás. Me voy a ahorrar el insulto que se merecen los dos, porque lo de ella no tiene nombre, pero lo de él, vaya tela también —dijo llevándose una mano a la frente, negando con la cabeza.

—Si te soy sincera, ni siquiera me dolió. Con ella ya estaba curada de espanto, aquello solo fue una más de tantas cosas que me había hecho a lo largo de los años. Lo de él me fastidió en el momento, por la persona que eligió para engañarme, no por el hecho en sí. Tenía pensado dejarlo ese mismo día; no me aportaba nada, y nunca estuve enamorada de él.

—Pero de mi hijo sí lo estás. —No me lo preguntó; fue una afirmación, directa, como quien sabe que la respuesta ya está escrita.

—Lo estoy —dije con seguridad, tragando saliva—, pero eso no importa. Él sigue queriendo a su mujer. Así que, por mi bien, lo mejor es que lo que fuera que tuviéramos llegue a su fin.

—Lo que tiene mi hijo es un cacao en la cabeza que no lo sabe ni él. Creo que realmente nunca ha estado enamorado de ella. No te digo que no la haya querido, porque seguramente sí, pero lo que pasa es que Dorian siempre ha querido tener una familia como la que hemos sido nosotros.

»Y no se da cuenta de que, por más que se empeñe, eso nunca va a pasar. Jessica tiene su vida, y es feliz con sus idas y venidas. Nunca quiso ser madre, y verlo actuar con Sara lo demuestra cada día.

—Lo sé. Me bastaron cinco minutos ayer para darme cuenta. Estaba más preocupada por saber quién era yo en la vida de Dorian que por la niña. Ni siquiera le preguntó por la consulta del médico. Bueno, ni por eso ni por nada; no cruzaron más de dos palabras.

—Esa es otra de sus muchas «virtudes». Ella bien que va con unos y con otros, pero mi hijo tiene que estar solo para ella. Es celosa y posesiva con él desde el día en que empezaron. Se cree que es de su propiedad, que tiene que estar solo por y para ella. Por eso ve a Sara como una enemiga: porque le quitó parte de esa atención desde el día que nació.

—Eso roza lo enfermizo. Lo siento, no debería opinar de este tema… pero no he podido evitar decirlo en voz alta.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Se lo he dicho a Dorian muchas veces: esos celos hacia la niña no son normales. Le he insistido en que hable con ella, que busque ayuda psicológica, pero él piensa que no es para tanto, que con el tiempo, cuando Sara crezca, se le irán pasando.

—Eso no pasará. Y sé de lo que hablo. Ojalá me equivoque, de corazón, pero mucho me temo que no irá a menos. Al contrario: a medida que Sara crezca, los celos de Jessica aumentarán —dije con una mezcla de rabia y tristeza contenida.

—¡Mamá, Noelia! Veo que estáis en primera fila para ver al torbellino deslizarse. —Nuestra conversación se interrumpió al oír la voz de Tito a nuestra espalda.

—Por supuesto. Ya sabes cómo es tu sobrina: cuando he venido con ella, me ha dicho el sitio exacto en el que tenía que ponerme —respondió Pili, riendo divertida.

Conociendo a Sara, seguramente le habría explicado incluso la posición exacta en la que debía colocarse para verla bajar mejor, como si fuera la directora de una gran película de nieve.

—Mi hermano vendrá en cinco minutos. Estaba con un cliente al teléfono —me dijo Tito, y supe enseguida que ese comentario lo hacía por consideración hacia mí. Supongo que, al haber visto mi estampida cuando me bajé del coche horas atrás, sabía perfectamente que las cosas entre nosotros no estaban en su mejor momento. Y al decir eso, me avisaba de que Dorian estaría allí en breve, por si prefería marcharme antes de que él apareciera.

Estuvimos allí un buen rato charlando los tres, hablando de lo emocionada que estaba Sara, del tiempo radiante que nos acompañaba y, cómo no, de lo mucho que le gustaban a Tito mis dulces. Se le notaba a su madre el orgullo al hablar de sus hijos, y también que era una mujer con mucha prudencia. Yo lo agradecí profundamente; no tenía ganas de hablar de Dorian, no al menos todavía.

—Ya estoy aquí. —Solo con oír su voz, mi cuerpo reaccionó por instinto. Se me aceleró el pulso y una corriente eléctrica me recorrió entera. Se colocó a mi lado, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo, pero sin tocarme… y menos mal, porque a pesar de todo lo que había pasado, en el fondo de mi alma sabía que no podría resistirme a su contacto.

—Está a punto de empezar, miradla, nos está saludando con las manos. —Las palabras de Tito hicieron que todos alzáramos la vista hacia la cima. Allí estaba Sara, con las mejillas encendidas por el frío y la emoción, moviendo los brazos con entusiasmo. Le devolvimos el saludo entre risas.

—Cuando la niña termine, necesito hablar contigo, por favor —me susurró Dorian al oído, su aliento rozando mi piel.

—Dorian, no creo… —No me dejó terminar. Me tomó la mano entrelazando nuestros dedos con fuerza, como si temiera que pudiera escaparme, y con la otra me sujetó el rostro con delicadeza para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Por favor —me pidió con la voz rota—. Solo escúchame. Si después de lo que tengo que decirte no quieres saber nada más de mí, lo respetaré. Pero necesito que me escuches una sola vez.

Al mirar por encima de su hombro, vi a Pili, que me observaba en silencio. Me rogaba con los ojos, literalmente, que le diera la oportunidad de explicarse. Y algo dentro de mí, una voz suave pero insistente, me dijo que necesitábamos tener esa conversación, por dolorosa que fuera.

—Está bien, tendremos esa conversación cuando Sara termine —le respondí al fin. Pili asintió con la cabeza, agradecida, y Dorian no dijo nada más. Solo me besó la frente con ternura antes de girarse de nuevo hacia la pista para mirar a su hija.

—¡¡¡Vamos, Sara!!! ¡¡¡Eres la mejor!!! —sus gritos, acompañados de aplausos y silbidos, llenaron la pista. Aparte de nosotros cuatro, también se habían unido muchos de los huéspedes, todos conquistados por el torbellino de niña que se había metido en el bolsillo a medio complejo. Tampoco faltaron Leire, Rodri, María, Tony y hasta Mateo, que había venido desde el pueblo solo para animarla.

Cuando llegó abajo con un deslizamiento perfecto, todos corrimos hacia ella para felicitarla. Su padre la levantó en volandas y la hizo girar en el aire, mientras ella reía a carcajadas, con las manos extendidas como si volara. Cuando por fin la bajó al suelo, Sara se colocó las manos en la cintura, muy seria, y nos miró con aire de importancia.

—¿Os ha gustado? Pues no os vayáis, que Patricia me ha reservado el siguiente turno y voy a repetir —dijo, antes de darse la vuelta y salir corriendo hacia la cima, donde Patricia ya la esperaba entre risas.

Todos los que estábamos allí nos echamos a reír, enternecidos por su energía inagotable, y esperamos, tal como nos había pedido, para verla bajar una vez más.

Después de aquel rato tan bonito, viendo disfrutar a Sara como nunca, fuimos todos juntos a resguardarnos del frío a la sala de los dulces.

—Creo que ahora no es el mejor momento para hablar —me dijo Dorian con voz suave, casi en un susurro, cuando nos quedamos un instante a solas junto a la puerta—. Esta noche me pasaré por tu casa.

Yo asentí despacio, dándole la razón. No confiaba en que nada pudiera cambiar, pero, aun así, una parte de mí necesitaba escuchar lo que tuviera que decir.

Capítulo 15



Había sido un día intenso, lleno de emociones que me habían dejado agotada. Lo último que me apetecía era tener una conversación con Dorian, pero sabía que él no lo dejaría pasar. Estaba cansada y triste; no entraba en mis planes enamorarme cuando le conocí, pero había sido totalmente inevitable. María tenía razón en todo lo que me había dicho: en el corazón no se manda. Y el mío ya había elegido, aunque dolía saber que el suyo no me había elegido a mí.

Después de repasar las cuentas, como hacía todos los días al llegar a casa, me metí en la ducha. Necesitaba despejar la mente un rato, dejar que el agua se llevara parte del cansancio, del ruido, del peso que me oprimía el pecho.

El timbre sonó por tercera vez. Salí deprisa de la ducha, envolviéndome en el albornoz y con una toalla en el pelo, todavía goteando, para poder abrir. Dorian se había adelantado a la hora en la que solía venir. Seguramente estaba tan nervioso como yo por la conversación que íbamos a tener.

—Creí que no querías abrirme la puerta —me dijo, no enfadado, pero sí con un tono triste, resignado, como si realmente hubiera creído que no lo haría.

—Me has pillado en la ducha, por eso he tardado —contesté, apartándome el cabello húmedo del rostro. Al ver cómo iba vestida, se dio cuenta de que decía la verdad; su gesto cambió y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, fugaz, apenas un destello.

—¿Puedo pasar? No quiero molestarte, pero de verdad creo que necesitamos hablar.

—Pasa —le dije abriendo la puerta del todo, apartándome a un lado para dejarle entrar—, y no me molestas, nunca lo has hecho.

—Eso no es verdad, Noelia. Los dos sabemos que algo te ha molestado esta mañana. Tu actitud hacia mí ha cambiado radicalmente. —Su voz era grave, casi un susurro contenido.

—No estoy molesta ni enfadada siquiera, al menos no contigo —respondí bajando la mirada—. Lo estoy conmigo misma, por ser tan tonta y haber esperado cosas que nunca van a pasar. —Intenté sonreír, pero la sonrisa se me quebró en los labios.

—Lo primero, no eres tonta —replicó enseguida, con firmeza—, y no vuelvas a hablar así de ti misma, por favor. Lo segundo: si estuvieras enfadada conmigo, lo entendería perfectamente; mi comportamiento no ha sido el más adecuado. Y tercero… me gustaría que nos sinceráramos sobre lo que sentimos.

—Me parece bien —dije despacio—. Si es lo que quieres y necesitas, no tengo ningún problema en hablar claro. Creo que yo también lo necesito para poder seguir adelante.

Sentía cómo el nudo en mi garganta se hacía más grande a cada palabra. Las ganas de llorar eran enormes, pero hice de tripas corazón y aguanté como pude.

—Empieza tú —dijo con voz suave—. Creo que tienes las cosas más claras.

Y sí, las tenía. No me importaba reconocerlo, ni siquiera decirlo en voz alta. Me armé de valor y empecé a hablar, sin dejarme nada dentro.

—Cuando te conocí, me pareciste un hombre guapísimo y muy agradable. Tienes todas las cualidades que me gustan en un hombre: eres amable, atento, me haces reír, amas a Sara por encima de todo, y esa es una de las cosas que

más me gustan de ti. Siento atracción y deseo desde el primer día, eso no hace falta que te lo diga, porque salta a la vista.

»Pero con el paso de los días, eso se ha ido transformando en algo más… algo que no quería reconocerme ni a mí misma, pero que está ahí. Y ya no me importa decirlo en voz alta. Estoy enamorada de ti, Dorian, y saber que nunca voy a ser correspondida duele. Por eso creo que lo mejor es que dejemos de vernos.

—Noelia… yo… —Empezó a decir, pero levanté la mano para detenerlo.

—No hace falta que digas nada. Las cosas me han quedado bastante claras esta mañana.

—Pues yo creo que no —replicó con un suspiro, acercándose un paso más —. Cuando te conté mi historia con Jessica, te dije bien claro que ya no estoy enamorado de ella. Se ha encargado, con el paso del tiempo, de matar cualquier amor que yo pudiera sentir, con su comportamiento y con su egoísmo.

»Además, desde que te he conocido, me pregunto muy a menudo si lo que sentí por ella todos estos años fue realmente amor… o solo un encaprichamiento y un cariño mal entendido.

Oírle decir eso hizo que vinieran a mi mente las palabras de Pili, diciéndome exactamente lo mismo aquella tarde.

—Dorian… —Intenté hablar, pero me cortó, sujetándome la mano con fuerza.

—Déjame terminar, por favor —me pidió—. Cuando te conocí, sentí lo mismo que tú has descrito. Pero, al igual que tú, esos sentimientos han ido cambiando. No voy a decirte que estoy enamorado de ti, porque ni yo mismo lo sé con certeza, pero sí tengo claro que no quiero perderte. Te quiero en mi vida, Noelia. Quiero seguir conociéndote, seguir descubriéndote, y ver a dónde nos lleva todo esto.

Me miraba tan directo, tan sincero, que tuve que apartar la vista para no derrumbarme.

—Tal vez te esté pidiendo demasiado —continuó él, con la voz entrecortada—, después de saber lo que sientes por mí. Así que respetaré lo que decidas.

Después de escucharle, supe que había hablado desde el corazón. No tenía ninguna duda de que había sido completamente sincero; las palabras pueden mentir, pero los ojos no. Y en los suyos había verdad, pura y limpia.

No sabía si estaba a punto de cometer el mayor error de mi vida, pero siempre había pensado que era mejor arrepentirse de lo que se hace, y no de lo que se deja por hacer.

Le miré a los ojos, esos que me observaban casi con desesperación, esperando una respuesta… que no le di con palabras. Agarré su cara con ambas manos y uní nuestros labios. Su primera reacción fue quedarse quieto, sin hacer nada, pero al segundo entendió lo que quería decirle con ese beso: que sí, que me arriesgaba, que quería seguir a su lado, descubrir a dónde nos llevaba todo eso que sentíamos.

El beso se volvió más urgente. Le tenté con mi lengua, pasándola suavemente por sus labios para que me diera acceso a su boca.

—Noelia, necesito llevarte a la cama —me dijo sin dejar de besarme.

—Ya estás tardando.

Con esas palabras no hizo falta nada más. Me cogió en brazos y me llevó a la habitación. Me tumbó en la cama con cuidado, sin prisas, como si quisiera saborear ese momento. Me quitó el albornoz lentamente, mientras repartía besos por todo mi cuerpo. Acercó su boca a mi entrepierna y sopló antes de pasar su lengua de arriba abajo, deteniéndose en mi parte más sensible para succionarla.

—No pares, por favor. —Estaba tan excitada que necesitaba que siguiera para poder liberarme.

—No pienso parar en toda la noche. Quiero verte gritar de placer una y otra vez, hasta que te quedes sin voz.

Introdujo dos de sus dedos dentro de mí, mientras seguía haciéndome maravillas con la lengua. Solo bastaron dos minutos más para que me hiciera ver el cielo.

—Te necesito dentro de mí —susurré. Al oírme, me agarró por la cintura y, tras sentarse en la cama, me colocó a horcajadas sobre él.

—Cabálgame, preciosa —me pidió mientras me besaba y se introducía en mí por completo.

Empecé a moverme despacio, subiendo y bajando sobre él, una y otra vez. Al aumentar el ritmo, nuestros jadeos se sincronizaron.

—Noelia, no aguantaré mucho más. Me estás dando tanto placer… Estoy a punto de correrme. Hazlo tú también conmigo. —Introdujo su mano entre los dos para masajearme el clítoris, mientras su boca se apoderaba de uno de mis pezones. Yo grité su nombre, él el mío, y juntos nos dejamos ir.

Unos suaves besos en la espalda me despertaron. Al abrir los ojos, vi que entraba bastante luz por la rendija de la ventana.

—¿Qué hora es? ¿Has vuelto para despertarme? —le pregunté, dando por hecho que se habría marchado al alba, como solía hacer.

—No me he marchado. Hoy quería despertarme contigo y darte los buenos días como mereces. —Arrimó su cuerpo al mío por la espalda, y enseguida noté el bulto que se clavaba en mi trasero. Me eché a reír al comprender los buenos días a los que se refería

—Estoy deseando que me des esos buenos días —le dije, apretando el trasero contra él. Su mano bajó hasta mi centro, ya completamente húmedo solo con saber lo que quería hacerme. Al comprobar que estaba más que lista, me agarró por las caderas y, de un tirón, me colocó a cuatro patas sobre la cama. Agachó la cabeza y, tras un suave mordisco en la oreja, me susurró:

—Agárrate fuerte, porque esto va a ser rápido… pero intenso

De un solo empujón, se hundió en mí hasta el fondo. Las dos primeras embestidas fueron lentas, pero ahí se acabó la contención: las siguientes

fueron rápidas, profundas, sin pausa, hasta que un orgasmo brutal nos arrastró a los dos.

De la cama pasamos a la ducha, y allí fui yo quien le dio los buenos días, arrodillándome a sus pies para hacerle ver las estrellas como él me las había hecho ver a mí tantas veces durante la noche.

No quise pensar en qué pasaría en el futuro. Dorian tenía razón: lo mejor era dejarnos llevar y ver a dónde nos llevaba todo esto. Así que decidí disfrutar. Y si en algún momento las cosas se torcían… ya veríamos qué hacer.

Capítulo 16



Desde que Dorian y yo arreglamos las cosas aquella noche, abriendo nuestros corazones el uno al otro, las cosas empezaron a ir mucho mejor.

Sara seguía viniendo a cocinar dulces conmigo, aunque a veces también se nos unía Pili, a la que le encantaba la repostería igual que a mí. Pasábamos unos ratos estupendos allí las tres, entre harina, azúcar y risas… sobre todo risas.

Nuestro pequeño duende no había perdonado ni un solo día los descensos en trineo. La cantidad de viajes que hacía corriendo hasta la cima para deslizarse después era exagerada. Su padre se reía diciéndole que un día la encontraría durmiendo en el trineo, y la verdad es que no lo descartábamos. Ella, con su salero habitual, le contestaba que tenía que recuperar todos los viajes que se había perdido por culpa del parche.

Al principio no quise que se enterara de que su padre y yo estábamos juntos; tenía miedo de que no le pareciera bien y perder esa conexión tan especial que teníamos las dos. Pero me equivoqué al pensar así.

Una tarde en la que Dorian vino a buscarla a mi cocina, le pidió que esperase fuera porque quería preguntarme una cosa, como hacía casi siempre. Era su excusa perfecta para robarme un beso antes de marcharse los dos. Sin embargo, Sara, en vez de obedecer como hacía siempre, nos miró muy seria, puso los brazos en jarras —esa pose tan suya cuando estaba a punto de soltar una de sus verdades—, y tras mirarnos primero a uno y luego al otro durante un par de minutos, habló:

—Vosotros sabéis que soy pequeña, pero no soy tonta, ¿verdad? —Dorian y yo nos miramos frunciendo el ceño, sorprendidos, sin saber a qué venía esa pregunta.

—Nunca pensaríamos que eres tonta; más bien diría todo lo contrario. Eres demasiado lista —le dijo su padre mientras la cogía y la sentaba en la encimera para que estuviera a nuestra altura.

—¿Por qué nos preguntas eso, princesa? —pregunté yo, aunque ya intuía por dónde iban los tiros.

—¿Cuándo vais a dejar de esconder que sois novios? Porque sé de sobra, papá —volvió la cabeza para mirarlo directamente—, que no me haces esperar fuera para preguntarle nada a Noelia, sino para darle unos besos antes de irnos.

¡¡¡Toma ya!!! La niña, lo lista que era. Nos había dejado a cuadros a los dos con una sola frase. Nos miramos sin saber qué decir; Dorian tenía una sonrisa divertida en la cara y la mía estaba roja como un tomate por la vergüenza. Aun así, fue su padre quien rompió el silencio.

—¿Así que lo sabes, eh? ¿Y qué te parece que así sea? —le preguntó, sonriendo pero con cierto miedo a su respuesta, igual que yo.

—Pues, ¿qué me va a parecer? Estupendo —contestó ella soltando una risita.

—Siendo así, y teniendo tu aprobación, ya no tendremos que escondernos más —dijo Dorian.

Y, sin darme tiempo a reaccionar, hizo algo que me dejó completamente descolocada: me agarró por la cintura y me plantó un señor beso, mientras Sara se reía y aplaudía.

—¿Seguro que te parece bien? —le pregunté yo, todavía sonrojada.

—¡Que sí! Estoy encantada de que así sea. Desde que eres su novia, papá sonríe mucho más, y tú también. A mí me gusta que la gente sonría porque eso significa que es feliz. Si vosotros sonreís porque os hace felices estar

juntos, eso me hace muy feliz a mí también —dijo con una serenidad que no se correspondía con sus seis años. Ya lo había dicho otras veces: Sara era como una viejita sabia metida en el cuerpo de una niña.

—Venga, sabionda, que ya sabes lo que toca ahora —dijo Dorian guiñándome el ojo, porque sabíamos lo que vendría a continuación.

—¡Jolín! Todos los días la misma cantinela con que me duche… ¡si estoy limpísima! —protestó, cruzándose de brazos. Los dos soltamos una carcajada al oírla, porque ya esperábamos su respuesta. No es que fuera una niña a la que no le gustara lavarse, pero decía que el tiempo de la ducha le robaba momentos de diversión.

—¿Limpísima? ¿Y esto blanco del pelo qué es? Porque hoy no ha nevado, así que yo apostaría a que es harina —le dijo su padre, cogiendo un mechón y enseñándoselo. Y tenía razón: lo tenía lleno de harina.

—Eso puede que sea un error de cálculo —dijo, poniendo los ojos en blanco y arrancándonos a su padre y a mí una carcajada.

—Pues si ese error de cálculo no desaparece de tu cabeza en los próximos treinta minutos, no vas a llegar a tiempo de colgar la tarjeta de los deseos en el árbol antes de cenar. —Esas fueron las palabras mágicas que bastaron para que pegara un salto de la encimera y saliera corriendo a toda velocidad de la cocina sin decirnos ni adiós.

—Es un bichillo adorable —le dije a Dorian riéndome.

—Sí que lo es. Y ya has visto que también es muy lista, nos ha dejado con el culo al aire a los dos. Nosotros, que pensábamos que estábamos siendo discretos, y ha tenido que venir ella a ponernos las pilas con dos frases.

—Menos mal que se lo ha tomado bien —dije soltando un suspiro.

—Eso me recuerda que ya no tengo que robarte más besos... aunque tengo que reconocer que tenía su punto. —Mientras hablaba, se había ido acercando lentamente hacia mí hasta acorralarme contra la mesa, y empezó a besarme el cuello.

—Dorian, para. —Jadeé, porque solo con eso ya me estaba poniendo a cien —. No empieces algo que no vas a terminar.

—¿Quién te ha dicho a ti que no tengo intención de terminarlo? Llevo soñando con hacerte el amor en esta cocina desde el primer día que te vi en ella.

—Puede entrar cualquiera —susurré, ronroneando, porque no dejaba de besarme.

—Eso tiene fácil solución —dijo separándose de mí. En dos zancadas llegó a la puerta y cerró el pestillo.

Cuando oí el clic del cerrojo, no lo pensé más. Tenía tantas ganas como él. Me quité el mandil, al que siguió toda mi ropa bajo su atenta mirada, mientras él hacía lo mismo con la suya.

—Eres una fantasía, Noelia —susurró al tiempo que pasaba la mano entre mis piernas. Introdujo sus dedos en mí, empapándolos al instante, sin dejar de besarme—. Me encanta lo rápido que tu cuerpo responde a mis caricias… ya estás lista para mí.

Me dio la vuelta para que apoyara las manos en la encimera y, agarrándome con fuerza de las caderas, se coló en mi interior desde atrás.

—Dios… esto es el puto paraíso, cada vez es mejor que la anterior —murmuró entre jadeos, mientras aumentaba las embestidas—. Tócate, quiero que lleguemos los dos juntos… estoy a punto.

Al salir de allí, nos cruzamos con Leire, que solo con verme la cara ya se imaginaba lo que había pasado en la cocina. Y, por supuesto, no se pudo callar.

—Parejita, ¿qué tal por la cocina? Seguro que los dulces no han necesitado el calor del horno para hacerse. Estoy convencida de que habréis subido vosotros la temperatura del lugar con vuestros cuerpos. —Dorian se echó a reír a carcajadas y yo negué con la cabeza, riéndome también entre dientes.

—¿La misma subida de temperatura que le pasa a tu casa cuando va mi hermano a verte? —replicó él con una sonrisa. Desde luego, no se quedaba callado.

—*Touché* —contestó Leire, riéndose mientras retomaba el camino para seguir con sus tareas.

Lo que había dicho Dorian era cierto. Después del flechazo que tuvieron Leire y Tito cuando se conocieron, no habían dejado de verse ni un solo día. Él la esperaba todas las tardes a que terminara su jornada para invitarla a cenar fuera del complejo, dar largos paseos en los que se contaban su vida y compartían besos y caricias. Y por las noches, refugiados del frío y de las miradas curiosas, compartían intimidad en la casa de Leire. Nunca había visto a mi amiga más feliz, y según las palabras de Dorian y Pili, Tito estaba igual.

Las tres amigas habíamos encontrado el amor a la vez. ¿Quién nos lo hubiera dicho meses atrás, cuando planeábamos las obras del complejo?

La relación de Patricia con nuestro querido alcalde también iba viento en popa. Incluso me atrevería a decir que pronto nos darían una sorpresa, porque Mateo llevaba muy mal el tener que dormir separados tantas noches. Él vivía en el pueblo, y aunque no estaba muy lejos, ya le había oído decir que quería compartir todo con ella. Así que seguramente pronto le pediría que se fueran a vivir juntos.

Cuando miraba a mis amigas con sus parejas, sentía un poco de envidia, no lo voy a negar. No porque a mí no me fuera bien con Dorian, no tenía nada que ver con eso. Pero pensaba en lo fácil que ellas lo tendrían cuando se acabara la Navidad. Patricia y Mateo eran los que más fácil lo tenían para seguir con su relación: él vivía cerca, y como ya he mencionado, en nada de tiempo estarían viviendo juntos.

Tito, aunque vivía en Bilbao, no tendría problema en mudarse a vivir aquí, como ya le había dicho a Leire más de una vez. Al igual que su hermano, su trabajo podía hacerlo desde cualquier sitio con conexión a internet. Si surgía algo que resolver en la oficina, podía ir y volver en el día sin dificultad.

Estaba segura de que eso acabaría pasando. Hasta Pili me lo había dicho alguna vez, cuando habíamos hablado de su hijo y mi amiga.

Nuestra situación era muy diferente. Aunque habíamos acordado vivir el momento, no podía dejar de pensar que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Dorian tenía a Sara, y en enero tendría que volver al colegio. Sí, había uno en Sotres, pero eso no era una opción: Dorian nunca se trasladaría a vivir aquí. No lo sabía porque él me lo hubiera dicho, pero lo tenía claro por ciertos comentarios que dejaba caer en nuestras conversaciones. No quería que Sara viviera lejos de su madre. Bastantes momentos se perdía ya por sus viajes, como para que la distancia hiciera que fueran aún más.

Lo que yo tenía claro era que no quería una relación a distancia con él. Sabía que en cuanto Jessica se enterara de que estábamos juntos, movería ficha para recuperarlo. Y no es que no confiara en Dorian, pero ella seguía siendo su mujer, y yo solo un entretenimiento navideño… o así me sentía. Él insistía en que no volvería con ella, pero yo no lo tenía tan claro. Unos días después de reconciliarnos, finalmente me sinceré y le conté que los había visto besarse cuando se despedían en Bilbao. Aunque él me aseguró que había sido ella quien lo besó, yo tenía claro que no la había apartado, aun sabiendo que yo podía verlos.

Tampoco se me iban de la cabeza las palabras que se dijeron los dos en la cocina aquella noche que dormí en su casa, cuando él le recordó que se estaban dando «un tiempo». Darse un tiempo no es dejar una relación, o al menos yo lo veía así.

Todos esos pensamientos los guardaba para mí. No había compartido con nadie mis dudas ni mis miedos. Seguía poniendo buena cara para que nadie notara que, aunque estaba viviendo el mejor momento de mi vida, por dentro mi tristeza aumentaba cada día un poquito más, sabiendo que esos días felices acabarían pronto.

Capítulo 17



Aunque hacía un frío que pelaba, nadie quiso perderse el momento de colgar las tarjetas con los deseos en el árbol. Rodri había colocado una escalera en el centro y sería el encargado de ir atándolas, mientras Tony se las iba pasando.

Cada persona llevaba un trozo de cartulina, que Patricia había repartido a la hora de la comida, donde podían escribir deseos o peticiones que querían que se cumplieran a lo largo del nuevo año.

Nosotros esperábamos a que todos los huéspedes entregaran los suyos para poner los nuestros al final.

Sara había querido esperar a mi lado para colgar juntas nuestras tarjetas, así que su padre, su tío y su abuela también estaban allí, aguardando su turno.

—Ojalá mi deseo se cumpla, es lo que más quiero en el mundo —dijo la pequeña, dando saltitos nerviosa.

—Espero que no hayas pedido un trineo, porque en casa no lo vamos a poder meter —dijo Dorian riéndose.

—¿Cómo voy a pedir un trineo, papá? —le contestó poniendo los ojos en blanco—. Aquí puedo usar los que hay cuando quiera. He pedido una cosa muy importante, en la que tú tienes que poner de tu parte.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo saber cuál es? Si voy a tener que poner de mi parte, me gustaría estar enterado, así pondré más empeño.

—Quiero tener un hermanito antes de la próxima Navidad. —Ole, no pedía nada sencillo la niña: un hermanito, nada menos.

—Hija, no sé yo si eso será posible. Sabes que tu madre no quiere tener más hijos, y no creo que pueda convencerla de que cambie de opinión. —En el momento en que esas palabras salieron de su boca, el mundo se me cayó encima.

Sentí las miradas de todos los que estaban a nuestro lado puestas en mí: mis amigas con sus parejas, María, Pili, incluso Sara… Todos me miraban con lástima, pero sin decir una sola palabra. ¿Qué se podía decir ante una cosa así? Nada. Absolutamente nada.

Las palabras que me dijo aquella noche, cuando decidimos darnos una oportunidad, perdieron en ese instante todo su valor. Por mucho tiempo que pasara, Jessica siempre estaría presente entre nosotros.

La tensión que nos envolvió podía cortarse con un cuchillo. Sara no le contestó nada a su padre; solo lo miró con el ceño fruncido y después le dio la espalda.

—Venga, duendecillo, creo que ya nos toca; solo quedamos nosotras —le dije, tirando de su mano para acercarla a Tony y que le entregara su tarjeta.

Se la tendió un poco recelosa; ya no se veía en su cara la misma ilusión con la que había llegado al principio.

Todos fueron pasando uno a uno, hasta que le tocó el turno a Pili, que era la única que quedaba.

—Rodri, asegúrate de atarla bien, es muy importante que el deseo que hay escrito se cumpla —le dijo Pili sonriendo.

—No se preocupe, que a este le hago doble nudo —respondió él, bromeando.

Nadie había visto lo que yo había hecho con mi tarjeta. Después de las palabras de Dorian estaba claro que lo que allí había escrito no se cumpliría

nunca, así que la rompí y me la guardé en el bolsillo trasero del pantalón. O eso creía yo, porque había alguien que sí me había visto.

—Jefa, solo faltas tú. ¿No cuelgas la tuya? —preguntó Tony.

—Con las prisas y la emoción, creo que me la he dejado en casa. Luego vendré a ponerla, no os preocupéis por mí. Quitad la escalera y marchaos, que me da que está a punto de ponerse a nevar. —Tony y Rodri asintieron dándome las gracias antes de empezar a recoger todo para marcharse.

—Unas palabras desafortunadas han hecho que rompieras tu deseo, pero puedes escribir uno nuevo. No dejes que nadie apague tu luz, Noelia. Es mi hijo, pero es un gilipollas que no ha pensado en el daño que podían hacerte esas palabras. Creo que es el único que no se ha dado cuenta del mensaje que ha transmitido al decir algo así —me dijo Pili con cariño, posando su mano sobre la mía.

—No pasa nada, Pili, estoy bien, de verdad. —Entrelacé nuestros brazos para caminar juntas de vuelta a las casitas. Los demás ya habían empezado a andar delante de nosotras, cada uno en dirección a la suya.

———A los demás podrás engañarles con esa sonrisa fingida que cada día cobra más fuerza, pero a mí no. Solo espero que mi hijo abra los ojos pronto, porque, si no lo hace, se va a arrepentir —y mucho— de no haber hecho las cosas bien.

—Yo no puedo hacer nada más, Pili. Y sinceramente, no sé si quiero seguir con esto. Me dijo que no volverían a estar juntos, que no está enamorado de ella. Pero luego dice cosas como las de hace un rato y ya no sé qué pensar.

»Tengo la sensación de que para él solo soy un entretenimiento navideño, hasta que vuelva en enero a su casa. A una persona con la que no tienes intención de volver no le pides tiempo: la dejas y punto.

—Haz lo que creas que es lo mejor para ti y para tu bienestar. No pienses en nadie más, solo en ti cuando tomes una decisión. —Me apretó la mano con cariño, y yo le agradecí en el alma su apoyo.

—Muchas gracias, Pili, por entenderme, por los consejos y por ese apoyo que me das.

—Las gracias a los curas, niña. A mí, si me das ahora un dulce de esos que haces, ya me doy por pagada. —Solté una carcajada por su broma, que me sentó de lujo; era justamente lo que necesitaba en esos momentos.

—¡Abuela, Noelia! ¿Un chocolatito con nubes antes de irnos a dormir? —nos preguntó Sara con cara de pilla, tirando de la mano de su padre hasta nosotras, que nos habíamos quedado rezagadas hablando.

—No se puede ser más golosa que tú. Anda, vamos a por ese chocolate calentito, que nos vendrá bien para el frío —le dijo su abuela, tirando de ella y dejándonos a Dorian y a mí solos.

—Sí que se puede, el tío Tito es el más goloso del mundo, no lo olvides. —La respuesta que le dio Sara a su abuela mientras se iban me hizo sonreír. Pero al notar la mano de Dorian cogiendo la mía, mi cuerpo se tensó y la sonrisa se me borró de golpe.

—Noelia, quería explicarte que lo que he dicho antes… —No le dejé terminar la frase; estaba harta de explicaciones y justificaciones.

—No quiero explicación ninguna, Dorian, no la necesito. No quiero hablar una y otra vez del mismo tema. Tengo claro que esto es lo que es, y que durará lo que tenga que durar. Así que, si no te importa, no quiero volver a oír el nombre de tu mujer en ninguna de nuestras conversaciones —remarqué bien la palabra mujer para que le quedara claro mi punto de vista.

—Está bien, como quieras. No volveré a sacar el tema. Solo quería decirte que sé que mi comentario no ha sido el más acertado, lo he dicho sin pensar y…

—Vamos a tomar ese chocolate, tu hija y tu madre nos estarán esperando —dije, tirando de su mano para entrar en la salita, cortando de lleno la conversación.

Aparte de Sara y Pili, en la salita también estaban Leire y Tito. Por supuesto, antes de irse a la cama, el mayor goloso del reino no podía dormir sin su dosis de dulce.

—Dime la verdad, cariño: tú te mudarías aquí por el chocolate que hace Noelia, y no por mí —le dijo Leire a Tito, que estaba sentado con ella en su regazo.

—Vaya —le contestó él tapándose la cara—, me has pillado. —Su respuesta nos arrancó a todos una carcajada, y él se llevó una colleja de mi amiga.

—Tío, ¿te vas a mudar a vivir aquí con Leire? —le preguntó Sara.

—Pues era una noticia que queríamos daros más adelante, pero creo que este es tan buen momento como cualquier otro —mientras hablaba, miró a Leire pidiéndole permiso con la mirada para seguir. Ella asintió, y él continuó —: después de las fiestas me vendré definitivamente a vivir aquí con mi chica. Viajaré a Bilbao cuando algo de trabajo requiera mi presencia, pero, como sabéis, son poquísimas las veces que pasa algo así.

—Me alegro mucho por vosotros, hijo —les dijo Pili, abrazándolos a los dos.

—Tío, ¿puedo venir contigo? —La preguntita de Sara hizo suspirar a su abuela y a mí también, aunque nadie nos oyó; solo nos miramos cómplices.

—Claro, princesa. Cuando tengas vacaciones en el cole o llegue un fin de semana y papá y mamá te den permiso, me llamas y voy a por ti para que vengas a pasar unos días con nosotros. —Sara asintió con cara triste, porque esa no era la respuesta que ella esperaba. No quería venir de visita: quería venirse a vivir aquí, como lo haría su tío.

—Te montaré una habitación en mi casa, a tu gusto, para que cuando vengas tengas tu propio reino —añadió Leire, al ver su cara de decepción, intentando animarla.

—Si quieres, puedo montar yo también otra en la mía. Así, cuando los tíos tengan una supercita romántica, esa noche te quedas conmigo y podemos tener una noche de chicas. ¿Te gustaría? —Me mataba verla así, y solo quería animarla.

—¿Podemos tener la primera noche de chicas hoy? —me preguntó casi rogando para que le dijera que sí.

—Si tu padre te deja, claro que sí. Mañana es domingo y no tenemos que madrugar. Además, será el último día que seas la única niña en el complejo. A partir del lunes llegan nuevos huéspedes con hijos, y tendrás que hacer de anfitriona enseñándoles todo esto. —Los niños habían empezado las vacaciones escolares de Navidad el día anterior, y casi todas las reservas que teníamos eran de matrimonios con hijos.

—Papá, ¿puedo pasar la noche con Noelia hoy? Sé que después estará más ocupada, porque el miércoles es Nochebuena y tiene muchas cosas que preparar.

—Creo que, si me negara, me tiraríais por la ladera de los trineos rodando —dijo Dorian riéndose—. Voy a nuestra casita a por tu pijama y el cepillo de dientes, y te los acercaré a casa de Noelia.

Sara se lanzó a los brazos de su padre para darle un beso en agradecimiento por haberle dado permiso.

Una vez nos terminamos los chocolates y dimos buena cuenta de los dulces, cada uno nos fuimos a nuestra cabaña. De camino a la mía, Sara iba de lo más feliz, agarrada de mi mano y contándome todo lo que quería hacer esa noche de chicas: ver películas, comer chuches y hablar hasta quedarnos dormidas.

Poco después, Dorian llegó con la mochila de su hija. Cuando llamaron a la puerta, sentí un nudo en el estómago. Le abrí, y allí estaba, con una sonrisa tímida y el gesto cansado. Me tendió la mochila sin decir nada, como esperando una señal para poder pasar. Pero yo no le dejé opción.

—Gracias, Dorian. Buenas noches.

—Buenas noches, Noelia —respondió en voz baja, antes de dar media vuelta y alejarse.

Cerré la puerta despacio y respiré hondo. No quería que Sara notara mi tensión, así que me giré hacia ella con una sonrisa.

—Venga, duendecilla, a la ducha antes de nuestra gran noche de chicas.

Mientras la bañaba, no dejó de cantar villancicos y salpicar agua por todas partes. Después, ya limpitas, nos pusimos los pijamas calentitos y, con dos mantas, nos tumbamos en el sofá. Le había preguntado a Sara si le apetecía ver una peli navideña mientras comíamos unas chuches. Le pareció una idea fantástica. Estuvimos mirando todas las que había disponibles en las plataformas y, al final, elegimos Polar Express, porque ninguna de las dos la habíamos visto.

Fue una noche especial, de esas que se graban para siempre. Compartimos risas, confidencias y muchos abrazos. Esperaba que su padre la dejara venir de vez en cuando con Tito y que pudiéramos repetir más noches de chicas como esa.

Capítulo 18



Los últimos tres días fueron una auténtica locura. La llegada de los nuevos huéspedes, casi todos con hijos, se había notado muchísimo. Las risas de los pequeños llenaban el aire en todo momento. Los descensos en trineo eran un no parar; era la actividad favorita de todos.

Patricia había incluido en el programa de actividades una guerra de bolas de nieve cada día, a las cinco de la tarde. Antes de empezar, hacía un recuento de los que se habían apuntado y los dividía en dos equipos, equilibrando la cantidad de adultos y niños por ambos bandos. Era una auténtica pasada ver cómo unos y otros se lanzaban bolas sin descanso, tratando de proclamarse vencedores. Los niños disfrutaban muchísimo, pero algunos adultos se lo tomaban tan en serio que hasta se les oía cuchichear estrategias para el siguiente enfrentamiento.

Menos mal que Pili se ofreció a ayudarme en la cocina cuando me vio tan agobiada. No daba abasto para hornear y decorar tantísimos dulces. La llegada de tantos niños había disparado el consumo en la salita, donde siempre había alguno rondando «para reponer fuerzas». Aunque, todo sea dicho, los padres tampoco se quedaban atrás. ¿Cómo podía haber gente tan golosa?

Sara se había tomado muy a pecho lo de ser guía. Todos los niños la seguían como ovejas, mientras ella, muy seria, ejercía de pequeña pastora. Les enseñó cada rincón del complejo, las normas, y les explicó todas y cada una de las actividades con una precisión admirable. Patricia se moría de risa al verla con un cuaderno en la mano, rodeada por su séquito, y siempre decía lo mismo: «Esta niña al final me quita el puesto».

Tito había dejado la casita en la que se quedaba con su hermano, su madre y su sobrina para instalarse definitivamente en la de Leire. Total, pasaba allí prácticamente todo el tiempo. Mientras ella trabajaba acomodando a los huéspedes y gestionaba las reservas en el despacho, él lo hacía desde casa con su ordenador.

Mi relación con Dorian seguía como siempre. Me visitaba en la cocina durante el día, nos veíamos a ratos cuando yo tenía un momento libre —que no eran muchos, con el jaleo que había—. Eso sí, por las noches seguía viniendo a pasar las horas conmigo, hasta que amanecía y salía a hurtadillas para volver a su casa.

—Noelia, se me ha ocurrido una idea que creo que puede gustarles a todos, sobre todo a los niños. —Esas palabras fueron de Patricia, que había entrado como un vendaval en la cocina, justo cuando Pili y yo estábamos preparando bastones de caramelo.

—Buenos días para ti también, hija, que vienes tan emocionada que ni saludas —le contesté, poniendo los ojos en blanco y riéndome a la vez que Pili.

—Es verdad, perdonadme las dos. Venía tan nerviosa por contártelo que hasta he perdido los modales. —Su cara de cachorrillo y las manos juntas pidiendo perdón nos hicieron reír todavía más.

—Estás perdonada —le dije, alzando la mano en el aire y haciendo una cruz como si le diera la absolución—. Ahora cuéntanos esa fantástica idea que has tenido.

—Es verdad que en España todos somos más de los Reyes Magos, pero desde hace años en muchas casas también se recibe la visita de Papá Noel. Aunque sea solo un detalle, siempre cae algo el día de Navidad, que el señor de la barba deja bajo el árbol —Pili y yo asentimos, porque tenía toda la razón. Pocas eran las casas donde no se repartían regalos ese día.

—Nosotros tenemos algunos detallitos preparados para Sara. Bueno, yo la verdad es que tengo detalles listos para todos —añadió Pili con una sonrisa.

—Había pensado hablar con los padres y el resto de los huéspedes para proponerles algo: en vez de repartir los regalos cada uno en su casita el día de Navidad, podríamos hacerlo de manera conjunta.

»Durante todo el día de hoy, los que quieran participar pasarán por la tienda, donde Rodri recogerá los regalos —que deberán ir perfectamente identificados con el nombre de quien los recibirá.

»Él los guardará en el almacén y, mañana, antes del amanecer, entre unos cuantos los colocaremos bajo el gran árbol. Así, cuando los niños se despierten, podrán estar todos juntos abriendo los regalos. ¿Qué os parece?

—¡¡¡Es una idea maravillosa!!! —exclamé, dando saltos de alegría por toda la cocina, mientras las dos se reían al verme.

—Estoy de acuerdo, será una experiencia que ni niños ni adultos olvidarán en la vida. Yo, solo de pensar en la cara que va a poner Sara, ya tengo ganas de que llegue mañana. —Esas palabras de Pili me hicieron acordarme del regalo que le había comprado a mi pequeño duende; estaba segura de que le iba a encantar.

—¿Lo hacemos entonces?

—Sí. Busca a Leire y que te ayude a hablar con toda la gente. Cuanto antes lo hagáis, más tiempo tendrán para pasarse por la tienda y dejar sus cosas. Asegúrate de que todos los niños tienen al menos un regalo; si no es así, házmelo saber y les pondremos algún detalle de la tienda. No quiero que mañana haya nadie que se quede sin nada.

—Voy ahora mismo. Por cierto, esta noche se unirá a nuestra cena Mateo. Ya se lo he dicho a María para que cuente con él también. —Ni había saludado ni nos dijo adiós tampoco. Después de decir eso último, salió como una exhalación igual que había venido. Pili y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—La cena esta noche en el comedor va a ser de auténtica locura. —Las palabras de Pili eran totalmente ciertas.

Normalmente, el comedor solía estar abierto dos horas para el desayuno, la comida y la cena, pero esa noche habíamos propuesto una hora fija para

cenar todos juntos en un día tan especial. Como lo que servíamos era siempre tipo bufé, no habría problemas por tener que esperar a que los camareros sirvieran los platos; cada uno cogería lo suyo y podríamos disfrutar todos a la vez.

En el comedor se estaba encargando Tony de poner una decoración especial en todas las mesas, que llevarían cartelitos con los nombres de cada familia. En el centro colocaría una flor de Pascua no muy grande, para que no molestara cuando se llenaran de platos. Las sillas ya estaban forradas con motivos navideños, al igual que los manteles; eso era algo que manteníamos todo el año.

Una de las mesas más grandes sería para nosotros. Este año sería el primero de toda mi vida en el que cenaría acompañada de tanta gente. A Patricia, Leire, María y a mí se nos habían unido Mateo, Tito, Pili, Dorian y, por supuesto, Sara. La niña era la que más emocionada estaba porque cenaríamos los nueve juntos… bueno, y yo también, para qué mentir. Ese día me acordaría mucho de mi padre a la hora de la cena, como me pasaba todos los años desde que murió, pero esta vez lo pensaría de forma diferente: estaba segura de que él tendría una sonrisa en su cara al verme rodeada de tanta gente en unas fechas tan especiales.

—Ya está todo listo, Pili. Por hoy se acabó la cocina. ¡Vaya palizón nos hemos dado! Si no hubiera sido por tu ayuda, no sé qué habría hecho.

—Pues habrías hecho lo mismo, pero habrías dormido menos. Aunque dormir, lo que se dice dormir, tampoco lo haces mucho; esas ojeras que me llevas son por culpa de mi hijo, que no te deja descansar, estoy segura. —Acompañó esas palabras con un guiño que me hizo ponerme como un tomate —. No te avergüences, mujer, si es lo más normal del mundo. Cuando dos personas se gustan, lo raro sería lo contrario.

—Creo que, aunque tengas razón en el motivo de mis ojeras, no es algo de lo que quiera hablar contigo. ¿Sería raro, no? —Las dos estallamos en carcajadas mientras salíamos de la cocina. Así nos encontró Dorian, que levantó una ceja mientras sonreía al vernos.

—¿De qué se ríen tanto las dos cocineras más dulces de todo el reino? —nos preguntó a la vez que daba un beso en la mejilla a su madre y, cogiéndome por la cintura, me daba un beso en los labios.

—No quieras saberlo —le contesté hundiendo mi cara en su cuello por la vergüenza.

—Claro que quiero saberlo, contádmelo, así me río con vosotras.

—Que te lo cuente tu chica, yo voy a buscar a Sara, que seguro que está en la pista de trineos. —Se despidió Pili diciéndonos adiós con la mano.

—Tu madre dice que el culpable de mis ojeras eres tú, que no me dejas dormir por las noches.

—Y no ha dicho ninguna mentira —me dijo con voz seductora—. Pero puedo ponerle remedio ahora mismo a esas ojeras; sé de algo que dicen que viene muy bien para dar luminosidad a la cara. —Mientras hablaba, me había ido empujando lentamente para meterme otra vez en la cocina.

—¿Ah, sí? ¿Y qué método es ese para que mi cara brille?

—Tener un orgasmo… o varios. Creo que voy a ayudarte con eso ahora mismo. —Cerró la puerta y empezó a quitarme la ropa para cumplir lo que me había dicho. Y vaya si cumplió: tres orgasmos tuve antes de salir de allí.

Capítulo 19



La propuesta de Patricia de poner todos los regalos bajo el árbol tuvo la acogida que esperábamos: todo el mundo estuvo de acuerdo. A las seis de la tarde vino a informarme de que todos los regalos estaban ya en el almacén. Los míos habían estado allí desde que los recibí; no quería que Sara pudiera verlos en mi casa, porque lo que le había comprado era difícil de esconder por el gran tamaño que tenía.

Antes de la cena, nos reunimos todos bajo el árbol para cantar y bailar villancicos. Era maravilloso ver las caras de felicidad que tenían todos. Los niños corrían y brincaban a nuestro alrededor; incluso algunos padres también.

El bullicio en el comedor era total; en todas las mesas había conversaciones acompañadas de risas. La gente estaba encantada con la cena tan maravillosa que había preparado María con la ayuda de Tony. Estaban eligiendo qué coger y muchos parecían indecisos entre tanta comida. Como entrantes había canapés de muchos tipos y sopa de marisco que olía maravillosamente bien. Los segundos platos que habían preparado eran bacalao al horno con muselina de ajo, huevos rellenos y solomillo al foie. También había otras cosas de acompañamiento, como patatas panaderas, ensalada y una fuente enorme con varios tipos de marisco. Los postres que Pili y yo habíamos preparado estaban en una mesa aparte, a la que a la mayoría de la gente se le iban los ojos al pasar.

Ayudé a Sara a llenar su plato con todas las cosas que me pidió y nos fuimos a la mesa, donde los demás ya se estaban sentando con los suyos llenos.

—María, todo tiene una pinta buenísima. Tienes unas manos que valen oro —le dijo Mateo cuando se sentó.

—Opino lo mismo. Yo pienso probar todo, eso sí, poquita cantidad; tengo que dejar hueco para cuando me levante a coger lo que ha preparado Noelia en aquella mesa —añadió el goloso de Tito, señalando la mesa de los dulces, haciéndonos reír a todos.

—Más te vale controlarte o te ato a la silla. No quiero tener que pasar contigo el día de Navidad en urgencias —le dijo Leire, medio en broma, medio en serio, porque era posible que, si no le vigilaba, allí acabaran al día siguiente.

—Tía Leire —Sara había empezado a llamarla así días atrás, cuando dieron la noticia de que se irían a vivir juntos, y mi amiga estaba encantada de tener ese nuevo título—, yo le vigilo. Como se pase un pelín, le dejo una nota a Papá Noel para que le deje castigado sin regalos.

—Gracias, cariño. Menos mal que te tengo a ti para ayudarme a controlarle, porque a mí me enreda con palabras bonitas y besos, mientras por detrás les hinca el diente a los dulces —hubo una nueva oleada de risas al oír las palabras de mi amiga y el quejido lastimoso de Tito.

—Ahora que estamos todos aquí juntos, Mateo y yo queríamos deciros que a partir de mañana también viviremos juntos —nos informó Patricia con una sonrisa radiante.

—Cuánto me alegro por vosotros, cielo. ¿Vais a vivir aquí o en la casa de Mateo en el pueblo? —le pregunté, dándole un apretón en la mano.

—Viviremos aquí. No quiero que Patricia ande yendo y viniendo todos los días desde el pueblo. Ella tiene un horario, pero yo no, así que habrá días en los que no hará falta ni que baje; lo que tenga que resolver lo puedo hacer con el ordenador o por teléfono —me contestó Mateo. Aunque ya me lo imaginaba: era un hombre muy protector, y que mi amiga tuviera que estar todos los días conduciendo por la carretera nevada no le hacía ninguna gracia. Ni a mí tampoco, la verdad.

Hacía diez minutos que habíamos empezado a cenar, todos hablando y riendo, cuando una voz que yo no esperaba volver a escuchar en mi vida cortó todas las conversaciones de golpe.

—Buenas noches. Espero haber llegado a tiempo para cenar. La carretera estaba imposible para llegar a un sitio tan apartado como este. —Apreté los puños por debajo de la mesa al escuchar las palabras de Jessica.

—Jessica, ¿qué haces aquí? —le preguntó Dorian, sorprendido.

—Venir a jodernos la cena, eso hace —murmuró Tito, al que solo oí yo por estar sentado a mi lado.

—He venido a cenar con mi familia. No podía perderme pasar estos días tan especiales con mi marido y mi hija. —Y ahí estaba su marcación de territorio.

—Me habías dicho que estarías de trabajo hasta arriba este mes y que no podrías pasar las fiestas con nosotros. —La conversación seguía entre ellos dos, mientras los demás, con un mutismo absoluto, los seguíamos con la mirada como si de un partido de tenis se tratara.

—He cambiado todos los trabajos para después de las fiestas, para poder pasarlas con vosotros. —Esas palabras hicieron que Dorian sonriera; se le veía feliz porque Jessica les hubiera puesto por delante de su trabajo.

Después de esas palabras, la tensión podía cortarse con un cuchillo. En la mesa había distintas expresiones: Tito y Pili mostraban recelo absoluto, como si no se creyeran una sola palabra de lo que Jessica había dicho. El resto de los adultos tenían cara de sorpresa, pero también de incomodidad. Pero la cara que más me preocupaba era la de Sara, que no parecía nada contenta por tener a su madre allí.

Nadie parecía saber qué hacer ante esa situación, así que tomé la decisión de ser yo quien aligerara el ambiente que se había creado.

—Siéntate aquí, Jessica —le dije, cediéndole mi asiento, que estaba entre Dorian y Sara—. Iré al almacén a por otra silla para mí.

Ni las gracias me dio, la muy simpática.

Al levantarme miré a Dorian, pero él apartó la mirada. La que sí me miró a la cara fue Pili, pero no me dijo nada; solo negó con la cabeza.

Cuando volví a la mesa con la silla, ya me habían hecho un hueco entre Tito y Pili. Menos mal que las mesas eran grandes, porque si no me veía cenando sola en la cocina. Las conversaciones habían vuelto poco a poco. La voz de Jessica sobresalía sobre las demás; se notaba que era una mujer a la que le gustaba destacar y acaparar la atención de quienes la rodeaban. No dejaba de hablar de los sitios a los que había viajado, las personas famosas que había conocido o los proyectos que tenía después de las fiestas con grandes marcas de ropa y joyas para promocionar sus productos.

La conversación con su hija fue como la vez anterior que las había visto juntas: llena de monosílabos y sin una muestra de cariño por ninguna parte. A quien sí se las dedicaba era a Dorian, al que no dejaba de agarrar la mano, tocarle el brazo o besarle la mejilla. Estaba claro que la llegada de Jessica marcaría un antes y un después en mi relación con Dorian. Una cosa era imaginarlos así cuando él volviera a su casa, y otra muy distinta tener que presenciarlo.

La cena se hizo eterna, o eso me pareció a mí. Cuando por fin terminó, todos los huéspedes pasaron a la pequeña discoteca que teníamos en el edificio contiguo al comedor para disfrutar de una copa o refrescos, en el caso de los niños. Allí habría música hasta las doce de la noche para que bailaran todo lo que quisieran.

—Noelia —me llamó Sara, tirando de la manga de mi jersey—. ¿No vienes a bailar?

No me dio tiempo a responderle; su madre lo hizo por mí.

—Déjala, cariño. ¿No ves que tiene que hacer su trabajo recogiendo todo esto? —Su comentario fue porque me había visto empezar a recoger fuentes y platos en cuanto los primeros huéspedes comenzaron a salir por la puerta del comedor. Estaba claro que ni Dorian ni nadie le había explicado a Jessica que yo era la dueña de todo aquello. Por eso pensaba que era una trabajadora

más, que no tenía derecho a disfrutar sin antes cumplir con mis obligaciones. Pues no sería yo quien la sacara de su error.

—Voy a recoger todo esto, princesa. Si me da tiempo, pasaré después por la disco para ver lo bien que bailas, ¿vale? —Me agaché para darle un beso y un abrazo antes de que su madre tirara de su mano para llevársela.

—Nos quedamos a ayudarte, así terminaremos antes entre todos —me dijo Leire.

—Os lo agradezco mucho, pero prefiero hacerlo sola. Vosotros id a bailar, que en un rato os alcanzo —les contesté sonriendo.

Mis amigas sabían que necesitaba quedarme sola un rato, así que no insistieron. Pili, al ver mi mirada, también lo comprendió y, después de darme un abrazo, salió del comedor con los demás. Bueno, con todos no… todavía había una persona que se había quedado allí a solas conmigo.

—Noelia…

—Ahórrate lo que sea que vayas a decir, porque de verdad no quiero escucharlo. Necesito estar un rato sola, así que te pido, por favor, que te vayas al baile con tu familia —le dije a Dorian con voz constante, dándome la vuelta para seguir recogiendo cosas.

No insistió ni dijo nada más. Respetó mi petición y salió por la puerta del comedor, cerrándola a su paso. Solo cuando oí el clic de la puerta fue cuando permití que las lágrimas que había estado conteniendo durante toda la cena salieran de mis ojos.

Capítulo 20



Madre mía, tenía más sueño que un canasto de gatitos; no había pegado ojo en toda la noche. Cuando terminé de recoger todo el comedor y guardé las fuentes con la comida que había sobrado, me pasé por la discoteca. No porque me apeteciera, la verdad, sino porque le había dicho a Sara que iría a verla bailar. El panorama que me encontré cuando entré me revolvió el estómago. La primera en la frente, como se suele decir: nada más entrar sonaba la música de una bachata y, en el centro de la pista, Dorian y Jessica bailaban casi como dos profesionales, mientras la gente les hacía corrillo.

Recorrí con la mirada el resto de la sala para buscar a mi gente; los encontré en la parte derecha, donde estaban charlando mientras tomaban una copa. Empecé a caminar hasta ellos, pero a mitad de camino un pequeño torbellino me interceptó, agarrándose a mi cintura.

—¡Noelia, has venido! —me dijo Sara, muy contenta.

—Claro que sí, mi pequeño duende. No quería irme a la cama sin ver tus dotes de bailarina —le contesté, cogiéndola en brazos para besarla en el cuello y hacerla reír.

—¿Quieres bailar una canción conmigo? Pero de estas no —dijo, mirando con cara de asco hacia la pista—. Esta se la ha pedido mi madre al DJ para lucirse. —Tuve que aguantarme la risa por el retintín que había usado al decir eso.

En las muchas conversaciones que habíamos tenido mientras cocinábamos dulces en mi cocina, Sara me había contado que sus padres habían ido a

clases de bachata y salsa cuando eran jóvenes. Su madre le había insistido mucho en que lo aprendiera también, pero ella se había negado una y otra vez porque no le gustaba esa música. También me contó que le encantaban las sevillanas desde que, un día, había visto un vídeo en el móvil de su padre y le había vuelto loca hasta conseguir convencerle para que la apuntara a esas clases. Al final, él había cedido y llevaba dos años yendo a clases dos veces por semana.

Había algo que yo me había guardado para mí y no le había querido contar; esperaba un momento como este para darle una sorpresa.

—Voy primero a saludar a los demás y la siguiente canción la bailamos juntas, ¿quieres? —le dije, dándole otro beso en la mejilla.

—¡Sí! Te acompaño hasta donde están, no sea que luego no te encuentre entre tanta gente.

Con ella en brazos me acerqué hasta donde estaban los demás. Bajé a Sara al suelo y fui saludando a todos, que me abrazaron por turnos.

—Mi hermano es un gilipollas que se va a arrepentir de lo que hace —me dijo Tito al oído cuando me abrazó.

—Yo sabía lo que había desde el principio, así que no lo culpo por no elegirme —le respondí del mismo modo, susurrando.

No quería hablar más del tema; solo quería pasar un buen rato y hacer feliz a Sara, que me esperaba impaciente. Me acerqué a Leire y le dije algo al oído para que nadie más me oyera. Ella solo asintió y, agarrando a Patricia de la mano, se la llevó con ella hasta donde estaba el DJ para pedirle lo que yo quería.

Agarré a Sara de la mano y la llevé al centro de la pista, justo cuando sus padres acababan de terminar su espectáculo. Ahora nos tocaba a nosotras cuatro dar el nuestro.

—¿Estás lista, princesa? Tengo un secreto de amigas, pero esta vez no te lo voy a contar: lo voy a compartir contigo. Y Leire y Patricia nos van a

acompañar también. —Ella frunció el ceño, sin entenderme, hasta que la primera nota de *A bailar, a bailar* sonó en la sala y nos vio a las tres ponernos en posición. Entonces lo entendió todo y nos imitó, con una sonrisa que podría haber iluminado el día más gris del año.

Mi secreto era que yo también había ido durante muchos años a clases de sevillanas y las bailaba a la perfección. Leire y Patricia se defendían bastante bien bailándolas. Cuando un día les conté mi plan de sorprender a Sara bailando con ella, no dudaron en unirse.

Igual que había pasado con sus padres, la gente nos hizo un corro alrededor, dando palmas y animándonos mientras las cuatro bailábamos.

Cuando terminamos, el abrazo que me dio Sara, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, hizo que toda la congoja que tenía dentro por lo que había pasado esa noche desapareciera.

—¡Qué calladito te lo tenías! ¿Por qué no me lo dijiste cuando te conté que iba a clases? —me dijo riendo entre lágrimas.

—Quería darte una sorpresa. ¿Te ha gustado? —le respondí limpiándole las lágrimas.

—Ha sido lo mejor de toda la noche. Muchas gracias, Noelia, me has hecho muy feliz. —Volvió a abrazarme, y yo pasé mis manos por su pelo y le susurré al oído:

—Gracias a ti, preciosa. No cambies nunca.

—Vaya, vaya… Mira por dónde has encontrado a alguien a quien le gustan tanto las sevillanas como a ti. Habéis estado fantásticas. —Dorian la cogió en brazos, dándole un beso en la mejilla y felicitándonos a las dos. Yo solo asentí con la cabeza sin decir nada.

—Sara, es hora de ir a la cama. Es tarde y por hoy ya has dado bastante la nota. —Esas palabras, que salieron de la boca de Jessica con un tono de celos que no pudo esconder, cortaron de golpe el buen momento que estábamos viviendo.

—Está claro que la única que puede dar la nota es ella, y le jode que una niña de seis años le haga sombra sin ni siquiera pretenderlo —murmuró Tito con tono enfadado.

—Mamá, yo quería quedarme un poco más y bailar otra canción —le rogó Sara a su madre, pero la mirada que le echó podría haber congelado el mismo infierno.

—Si quieres recibir algún regalo mañana, te vas a ir a la cama ahora mismo —le contestó tajante Jessica.

La niña agachó la cabeza y empezó a caminar hacia la salida, seguida de su madre y de Dorian, que no había abierto la boca para decir ni «sí» ni «no».

—Nosotros nos vamos también —dijeron Leire y Patricia a la vez—. Noelia, ¿a qué hora quieres que quedemos en la puerta de la tienda para poner los regalos? —me preguntó Patricia. Habíamos acordado por la mañana que las tres, acompañadas de sus parejas, seríamos quienes colocaríamos todos los regalos debajo del árbol.

—¿A las siete os parece bien? Supongo que la mayoría de los niños estarán nerviosos por la llegada de Papá Noel y madrugarán más de lo normal.

—Sí, seguro que a algunos incluso les cuesta dormir —dijo riéndose Mateo—. Las siete es muy buena hora.

Los demás asintieron y se despidieron los cuatro para irse a descansar.

—Yo también me retiro, estoy mayor para estos trotes —añadió María, dándome un beso antes de marcharse.

—Noelia, espero que no te importe lo que te voy a pedir —me dijo Pili, que era la única que quedaba a mi lado.

—No sé lo que me vas a pedir, pero estoy segura de que no me importará, Pili —le dije, pasándole un brazo por los hombros.

—Le he dicho a mi hijo que hoy me iba a quedar a dormir en tu casa, para ayudarte mañana con los regalos. La verdad es que no quiero dormir allí

estando ella. No había tenido ocasión de preguntártelo y no sé si te parecerá bien. —Me miró un poco avergonzada, y yo la apreté más contra mí para abrazarla.

—Por supuesto que me parece bien. Además, te agradezco que me hagas compañía esta noche. ¿Qué te parece si nos vamos ya y nos sentamos en mi sofá mientras nos bebemos una infusión?

—Me parece estupendo. Y muchas gracias.

Cuando llegamos a mi casa, le dejé un pijama de los calentitos, de esos que son muy gorditos y tienen un tacto supersuave. Nos preparamos dos infusiones relajantes y nos sentamos en el sofá a charlar.

Me contó cómo conoció a su marido, cómo se enamoraron; me dijo que fue un flechazo, como le había pasado a Tito con Leire. Se casaron apenas seis meses después de conocerse, y un año más tarde nació Dorian; al siguiente, Tito. Habían querido tener más hijos, pero, por alguna razón que nunca supieron, no llegaron más. Cuando Gerardo —que así se llamaba— enfermó, se le vino el mundo encima. Perder al amor de su vida había sido devastador para ella, pero la pena la llevaba por dentro, porque tenía que seguir adelante por sus hijos y su nieta.

Yo le hablé mucho de mi padre, de mi vida con él, de lo mucho que le gustaba la Navidad; que la idea de montar el complejo había sido una manera de hacerle un homenaje, para que allá donde estuviera viera que lo tenía siempre presente. También le hablé de mi madre, de lo mucho que Jessica me recordaba a ella cuando la veía tratar con Sara.

Nos dieron las cuatro de la mañana charlando; reímos, lloramos, pero, sobre todo, disfrutamos del tiempo que pasamos juntas. Le ofrecí quedarse en mi casa todos los días que quisiera hasta que tuviera que volver a Bilbao. Me confesó que nunca se había llevado bien con su nuera y que estar con ella bajo el mismo techo le ponía muy mal cuerpo, así que aceptó encantada mi ofrecimiento.

Yo tenía claro que Dorian no volvería a venir a mi casa ni una sola noche más estando Jessica con ellos. Y, sinceramente, tampoco quería seguir así; me

sentía «la otra», como una amante a la que había que mantener escondida.

A las seis y media, cuando sonó el despertador, me costó un mundo abrir los ojos. Necesité dos tazas de café para poder activarme. Cuando vi aparecer a Pili en la cocina, le dije que se volviera a la cama, que no hacía falta que viniera con nosotros, pero no hubo manera de convencerla. La verdad es que, para haber dormido tan poco como yo, estaba de lo más entera.

Menos mal que no hacía mucho frío, porque si no nos habríamos quedado pajaritos a esas horas. Cuando llegamos al almacén, ya estaban allí todos esperándonos. Enseguida nos pusimos manos a la obra para colocar todos los regalos. Hicimos una cadena entre los seis y nos fuimos pasando los paquetes unos a otros. En una hora lo teníamos todo colocado.

El último regalo, que era el más grande, lo dejamos para el final. Cuando vieron la forma del paquete y el nombre que ponía, se echaron a reír. Era un trineo para Sara. Lo había mandado hacer personalizado, con su nombre grabado en los laterales en negro, y el resto era de color naranja fluorescente para que se la viera bien cuando bajara por la nieve.

—Esto es cosa tuya, estoy segura —dijo Patricia, riéndose a carcajadas.

Me encogí de hombros, riéndome también.

—Madre mía cuando lo vea, se van a escuchar los gritos hasta en el pueblo —añadió Leire.

—A la que no sé yo si le va a hacer mucha gracia es a su madre. Que se fastidie, no tenía ni que haber venido —todos nos habíamos dado cuenta ya de que Tito no le tenía ningún cariño a su cuñada. Según me había contado Pili por la noche, nunca se habían llevado bien, y Tito no se cortaba en pararle los pies delante de quien fuera. No le gustaba cómo trataba a su hermano ni a su sobrina.

Yo no le contesté, solo me encogí de hombros.

Después del trabajo bien hecho, nos merecíamos un chocolate caliente mientras esperábamos a que todos vinieran a por sus regalos, así que nos

fuimos los seis a la salita.

Capítulo 21



No hizo falta que nadie viniera a avisarnos de que las primeras familias habían llegado al árbol. La cantidad de gritos y risas que nos llegaban de los niños nos hizo levantarnos de las sillas a toda prisa y salir corriendo al exterior. Ninguno queríamos perdernos las caras de felicidad de los pequeños al ver tal cantidad de regalos.

Al oír el jaleo, las familias que faltaban fueron saliendo de sus casitas para unirse a los que ya estábamos allí. Rodri y Tony, por iniciativa propia, se habían vestido de elfos y serían los encargados de repartir los regalos. Menos mal que se les había ocurrido aquella idea, porque los demás no habíamos caído en ese detalle, y de otra manera aquello se podría haber convertido en un caos absoluto, con todos los niños queriendo coger sus regalos a la vez.

—¿Dónde está Sara? Es la única que falta —pregunté en alto, mirando entre toda la gente sin conseguir encontrarla.

—Eso mismo estaba pensando yo. Con lo nerviosa que estaba ayer porque llegara Papá Noel, es imposible que se haya quedado dormida —contestó Tito, frunciendo el ceño.

—Me acercaré a la casita a buscarla, espero que no haya pasado nada —añadió Pili, preocupada.

—Espera, Pili. —La frenó Leire, agarrándola del brazo—. Mirad, por allí viene corriendo… ella sola.

—¿Dónde coño está mi hermano? ¿Por qué la ha dejado venir sola? —preguntó Tito con tono enfadado.

—Dios mío, viene llorando. —Al oír esas palabras de Patricia, nadie se lo pensó: salimos los seis corriendo a su encuentro.

Al llegar a su altura, todos la rodeamos y ella se tiró a los brazos de su abuela sin dejar de llorar. Madre mía, ¿qué habría pasado para que llegara en ese estado? Hoy era un día de risas y alegría, no de lágrimas y tristeza. Verla así nos encogió a todos el corazón.

—Princesa, ¿qué ha pasado? ¿Papá y mamá están bien? —le pregunté mientras le acariciaba el pelo.

Se volvió hacia mí, se secó las lágrimas de la cara con la mano y asintió con la cabeza.

—¿Quieres contarnos qué ha pasado? ¿Por qué vienes tan disgustada? —La vimos coger aire para poder contestar las preguntas que le había hecho su tío y empezó a contárnoslo todo.

—Papá y yo estábamos tomando un vaso de leche en la cocina, esperando que fuera un poco más tarde para venir al árbol. Mamá ha aparecido desnuda para coger un vaso de agua. Papá le ha dicho que hiciera el favor de vestirse, que no estaba bien que se paseara así por la casa. —Todos nos miramos de reojo, alucinando con lo que estaba contando, pero no dijimos nada; la dejamos continuar.

»Ella le ha contestado que la belleza está para lucirla y que, por la manera en que saludaban sus pantalones, se veía que él estaba de acuerdo con ello.

Virgencita… esa mujer no tenía vergüenza ninguna, diciendo esas cosas delante de la niña. Nadie dijo nada, pero por las caras que poníamos todos, pensábamos lo mismo.

—Tranquila, cielo, respira antes de seguir —le dijo su abuela acariciándole la cara.

—En ese momento se han empezado a oír los gritos de los niños, y yo le he pedido a papá que nos fuéramos, que ya era la hora. Papá se iba a levantar de la silla para acompañarme, pero antes de hacerlo mamá se ha sentado en sus piernas.

»He insistido, pero ella no le dejaba levantarse. Entonces me he enfadado y le he dicho que ojalá no hubiera venido, que lo estaba fastidiando todo. Ella se ha abrazado a papá y se ha puesto a llorar. Él me ha gritado que me marchara… y he salido corriendo.

Vaya panorama. Estaba claro que Jessica había montado la escenita para llevarse a Dorian a su terreno.

Nos habíamos quedado todos mudos de la impresión por el relato de la niña; no sabíamos ni qué decirle ni qué hacer. Pero Tito fue el más valiente: la cogió en brazos y empezó a caminar hacia el árbol mientras le hablaba, bromeando para animarla.

—No se lo tengas en cuenta, pequeña. Seguro que los dos se han levantado con el pie izquierdo, y por portarse regular, seguro que Papá Noel no les va a dejar casi nada. En cambio, creo que tú has sido una niña muy buena, porque he visto varios paquetes con tu nombre. Aunque hay uno muy grande que, si no lo quieres, me lo voy a quedar yo.

Le fue haciendo cosquillas mientras hablaba, para hacerla reír.

—¿Uno muy grande? ¿Para mí? —dijo pensativa—. Pero yo no he pedido nada grande… —Encogió los hombros, con los brazos abiertos, pensando qué podría ser.

—Ese viene de mi parte. Yo se lo pedí a Papá Noel para ti. Espero que te guste. Eso sí, como es el más grande de todos, lo mejor es que abras los otros primero y dejes ese para el final. —Se bajó de los brazos de su tío y echó a correr el poco camino que le quedaba para alcanzar el árbol. Apenas quedaban ya regalos por repartir, solo los de un par de niños y los de ella.

Oímos pisadas a nuestra espalda y, al girarnos, sabiendo quiénes serían, nos quedamos con la boca abierta. Dorian y Jessica venían agarrados por la cintura, riéndose de algo que ella acababa de decir. El cabreo que me entró al

verlos así me hizo hervir la sangre. No por mí —eso ya me daba igual—, pero después del estado en el que había llegado Sara un rato antes… ¿cómo tenían el cuajo de venir tan tranquilos?

—¿Cómo tenéis el papo de venir tan sonrientes cuando hace unos minutos vuestra hija ha llegado aquí llorando? —les recriminó Tito, visiblemente enfadado.

—Pues no tenía motivos para llorar. La que sí los tenía era yo, por lo mal que me trata. Soy su madre y merezco un respeto —contestó Jessica, muy altiva.

—El respeto se gana, y no creo que tú hayas hecho muchos méritos para merecerlo… —Dorian cortó a su hermano antes de que siguieran discutiendo.

—Ya basta. Lo que ha pasado ha sido un malentendido que después aclararemos los tres. Ahora vamos a ver cómo abre Sara los regalos, que en este momento es lo más importante.

Nadie se atrevió a decir nada más. Estaba claro quién se había salido con la suya, por la sonrisa triunfante que Jessica le dedicó a Tito tras las palabras de Dorian.

Nos colocamos detrás de Sara para verla abrir los regalos. Por parte de su padre tenía un traje nuevo para la nieve, precioso; su abuela le había pedido unos libros que llevaba tiempo queriendo leer; Tito le había comprado un maletín enorme lleno de toda clase de pinturas y rotuladores. Una de las cosas que menos ilusión le hizo fue una caja con maquillaje y adornos. Todos sabíamos quién había sido la artífice de ese regalo: si se molestara en conocer un poco más a su hija, sabría que no le interesaban nada esas cosas.

Y por fin llegó el momento más esperado por todos los que conocíamos lo que había debajo de aquel papel de regalo.

Ella se acercó con cautela y empezó a desenvolverlo lentamente, como si quisiera disfrutar del momento. Cuando terminó de quitarlo todo y apareció el trineo con su nombre, todos contuvimos la respiración, esperando su reacción. Esta no se hizo esperar: dos segundos después, como Leire había

predicho cuando lo colocábamos, los gritos que dio seguramente se oyeron hasta en el pueblo.

—¡Papá, un trineo! ¡Y lleva mi nombre! ¡Vaya pasada! Es el mejor trineo del mundo. —Todos nos emocionamos al ver su cara de felicidad.

—Sara, ¿me lo dejarás para hacer unas bajadas? —le preguntó su tío, pinchándola.

—Claro que sí, tío. Cuando haya bajado yo unas mil veces, después te lo dejo un rato. —Todos estallamos en carcajadas.

—Gracias. La has hecho muy feliz —me susurró Dorian, que se había acercado hasta mí.

—No hace falta que me des las gracias. Lo he hecho de corazón, y solo por ver esa sonrisa daría todo lo que tengo —le dije, mirando a Sara.

—Noelia, cuando podamos, me gustaría que hablásemos.

—Si lo que me vas a decir es que es mejor que dejemos lo nuestro porque, aunque no estás enamorado de ella —le dije señalando a Jessica con la cabeza—, vas a darle otra oportunidad para arreglar las cosas y ser una verdadera familia… ahórratelo. Ya me lo he imaginado yo sola.

—Tengo que intentarlo, Noelia. Por Sara. Siempre he querido una familia como la que formaron mis padres y, aunque Jessica ha estado perdida durante un tiempo, me ha prometido cambiar. De momento lo está intentando: ha cambiado sus planes de trabajo para estar con nosotros, y eso no lo había hecho nunca.

—Cuando se quiere a alguien, lo que más te importa es que esa persona sea feliz, aunque no sea a tu lado. Así que, aunque te amo con toda mi alma, si tu felicidad está lejos de mí… pues que así sea.

»Te deseo de todo corazón que consigas esa familia unida que tanto ansías. —Todas y cada una de las palabras que le dije eran ciertas, o al menos así las sentía. No se puede obligar a nadie a querer; y aunque no fuera conmigo, si él era feliz con otra persona, a mí me bastaba.

—Eres una gran mujer, y siento mucho que las cosas no puedan ser de otra manera, porque seguramente mi corazón también te ama. Pero mi cabeza quiere otras cosas, y esta vez ella ha ganado la partida.

—¡Dorian, vamos! Tu hija quiere que vayamos todos a verla tirarse con el dichoso trineo. —Por una vez, agradecí que Jessica nos interrumpiera, porque la conversación se estaba poniendo de lo más intensa.

—Vamos —le contestó Dorian. Pero antes de empezar a andar, se volvió hacia mí con una sonrisa y me dijo:

—Supongo que el trineo se quedará aquí, porque semejante bicho no nos entra en casa. Aunque, si por Sara fuera, es capaz de decirme que le quite la cama para ponerlo en su lugar… y hasta dormiría dentro de él. —Sus palabras me hicieron soltar una carcajada, porque tenía razón: Sara era capaz de eso y de mucho más.

—Tranquilo, el trineo se quedará aquí. Lo podrá usar cuando venga a visitar a su tío. Ya me encargo yo de explicárselo después. —Dorian soltó el aire aliviado y yo volví a reír.

Madre mía, cuánto le iba a echar de menos. Retiré esos pensamientos rápidamente de mi cabeza y me centré en mirar a Sara, que ya estaba preparada para su primera bajada.

Mil veces, como le había dicho a su tío, no bajó… pero casi tuvimos que enfadarnos con ella para que fuera a comer. Más de cien bajadas, eso sí, estoy segura de que fueron. Incluso echó carreras con otros niños.

Pese al incidente con sus padres, cuando acabó el día, después de su último descenso —porque ya estaba oscureciendo—, Sara se acercó a mí y, dándome un abrazo con la cara hundida en mi cuello, me dijo:

—Gracias, Noelia. Has hecho posible que esta sea el mejor día de Navidad que he tenido nunca.

La estreché entre mis brazos, y el mismo pensamiento que había tenido hacia su padre volvió a mi cabeza: la iba a echar muchísimo de menos.

Esperaba que la dejaran venir a visitar a su tío con frecuencia, porque ya no concebía una vida sin ella.

Capítulo 22



Los días fueron pasando y nos metimos de lleno en el último día del año. Para celebrar la Nochevieja, la cena sería igual que la que preparamos la noche del veinticuatro: cenaríamos todos en el comedor, a la vez.

Estaba en la cocina preparando unas cestitas individuales para cada persona, que contenían las doce uvas. También tenía pensado hacer algunas más con Lacasitos, para los que no les gustaban las uvas pudieran hacer la cuenta atrás comiendo otra cosa.

Estaba tan concentrada contando bien las doce que iban en cada una, que no me di cuenta de que se había abierto la puerta y Sara estaba a mi lado.

—¡Jolín, qué susto! —dije dando un respingo, haciendo reír a Sara—. No te he oído entrar, estaba concentrada contando.

—Vaya… hay muchas cestas. ¿Puedo quedarme a ayudarte? —Me pareció rara su petición; desde que apareció su madre, pocas veces había vuelto a mi cocina para ayudarme. No hacía falta ser muy lista para deducir que a Jessica no le hacía ni pizca de gracia que Sara pasara tiempo conmigo.

—¿Hoy no bajas con el trineo?

—Está empezando a nevar fuerte y se me meten los copos por la boca cuando bajo chillando —dijo riéndose, aunque la sonrisa no llegaba a sus ojos. Ya la conocía lo suficiente para saber que algo le preocupaba y necesitaba hablarlo con alguien.

Saqué una fuente pequeña del armario y volqué en ella la mitad de los racimos de uvas que tenía en la mía.

—Toma, ya están lavadas y listas para llenar las cestitas. Solo tienes que ir cogiendo una a una y añadir doce en cada una, bien colocadas.

—Es fácil, con mi ayuda terminarás enseguida. Sé contar muy bien.

—Sara… ¿qué haces aquí? Lo del trineo te lo compro, porque la nieve es verdad que se mete por la boca y no es muy agradable. Pero estos días atrás, cuando no estás en la pista, estás haciendo cosas con tus padres. No pienses que no quiero que estés aquí porque te diga esto; al contrario, sabes que me encanta tu compañía. Pero si lo que de verdad necesitas es hablar, aquí me tienes. Somos amigas, ¿recuerdas? Y las amigas se cuentan sus preocupaciones.

—Hoy no tenía ganas de estar con ellos. Estoy cansada de hacer lo que a mi madre le gusta. Salir un día de compras está bien, pero todos los días me aburre. ¿Para qué se necesita tanta ropa? Y dar paseos o ver películas tampoco está mal, pero yo prefiero pintar, jugar a juegos de mesa o cocinar dulces.

»Cuando me han dicho que íbamos a pasar la mañana en el pueblo, les he pedido quedarme con el tío Tito. Les he dicho que le echaba de menos, y que así ellos descansaban un poco de mí y podrían disfrutar a solas. —Ole la niña, sabía más que los ratones colorados. Se había buscado la vida para no tener que aguantar otra mañana coñazo de compras.

—¿Has estado con el tío? ¿O eso es solo una excusa para venir aquí? —Se puso colorada, y eso ya fue respuesta suficiente—. Sara… habrás ido a decirle al menos que estás aquí.

—Sí, sí, he ido a verle y le he contado lo mismo que a ti. Me ha dicho que soy una listilla y que viniera aquí si era lo que me apetecía hacer.

—Eres una lianta de cuidado. Anda, ayúdame; solo espero que no nos metamos en un lío. No quiero que tus padres se enfaden —pero algo me decía que había algo más—. ¿Y qué más?

—¿Qué más, qué?

—Princesa, que nos conocemos. ¿Qué es eso que no me estás contando y que te tiene preocupada? —La oí suspirar antes de empezar a hablar.

—Sé que no está bien escuchar detrás de las puertas las conversaciones de los demás, pero al oír mi nombre me entró curiosidad y me quedé a ver qué decía mamá de mí. —Por el gesto que hizo, supe que había escuchado algo que no le había gustado en absoluto.

—¿Qué dijo? —le pregunté, subiéndola a la encimera y dejando el trabajo a un lado para prestarle toda mi atención.

—Estaba hablando con alguien, pero no sé con quién. Creo que con una amiga. Estaba sentada en la cocina, bebiendo un café mientras papá se duchaba, y se suponía que yo estaba en mi cuarto pintando. Pero salí a hacer pis y me quedé escuchando. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, seguramente al recordar lo que había oído.

—Tranquila —le dije abrazándola—. Venga, no puede ser tan malo, acaba de contarme qué oíste.

Se limpió las lágrimas y siguió hablando.

—Le decía a la otra persona que este curso me dejaría terminar en Bilbao, pero que ya se estaba camelando a papá, que era cuestión de tiempo que volviera a caer rendido a sus pies. Entonces le convencería para que el próximo curso me mandaran a un internado en Londres.

»Dijo que le comería la cabeza diciéndole cosas como que sería lo mejor para mi educación, saber el idioma perfectamente y que mejor sitio que ese.

»Yo no quiero ir a un internado, Noelia, yo me quiero quedar en mi casa. Y si no me quiere allí, que me mande aquí con vosotros. Pero no me quiero ir tan lejos. —Se me estaba partiendo el corazón en dos al escucharla llorar con tanta pena, porque se había dado cuenta de que su madre quería deshacerse de ella para quedarse sola con su padre.

—No llores, mi vida —le dije abrazándola más fuerte—. Te prometo que hablaré con el tío e intentaremos que eso no pase, ¿vale?

—¿De verdad? ¿Me ayudaréis a que papá no le haga caso y me mande tan lejos?

—De verdad. El tío, la abuela y yo estamos de tu parte. Si llega ese momento —que estoy segura de que no llegará, porque papá no consentirá que te vayas de su lado—, hablaremos con él para buscar otra solución.

—Gracias… ojalá tú fueras mi madre y no ella. —Se me pusieron los pelos como escarpias al oírla decir eso—. Nunca me ha querido, pero por lo menos me dejaba estar con papá, pero ahora también me quiere apartar de su lado.

¿Y qué contestas a algo así? Era la pura verdad, dura y mala, pero la verdad al fin y al cabo.

—Venga, no estés triste. Verás como esto se queda en un mal rato. ¿Seguimos con las uvas? No podemos permitir que nadie se quede sin ellas esta noche, ¿no?

—Vale. Y también las de Lacasitos, porque sé que hay niños a los que no les gustan las uvas; me lo han dicho cuando hemos estado jugando.

Estuvimos allí una hora llenando las cestitas para después cerrarlas con un lazo. No queríamos que acabaran rodando por el suelo antes de la hora de las campanadas. Hicimos también unas cuantas de las otras y las colocamos en un carrito grande que llevaríamos a la discoteca. Allí, en la tele gigante que había, era donde daríamos la bienvenida al nuevo año.

Con el trabajo terminado, Sara se marchó a pasar un rato con su abuela, que seguía quedándose en mi casa. Cuando se lo dijo a su hijo, no le hizo mucha gracia, pero aceptó a regañadientes sabiendo que su madre y su mujer no se llevaban especialmente bien. Saqué el móvil del bolso de mi cazadora y mandé un mensaje a Tito: quería ponerle al tanto de lo que estaba pasando.

Noelia: *Tito, ¿estás muy liado? Necesito hablar contigo de algo, es importante.*

Tito: *En cinco minutos acabo lo que estoy haciendo y estoy libre. ¿Tengo que preocuparme?*

Noelia: *Yo lo estoy, por eso quiero hablar contigo. Es algo que creo que tienes que saber.*

Tito: *Vale, ¿voy a tu casa?*

Noelia: *No, voy yo a la vuestra. En la mía están Pili y Sara.*

Tito: *Pues aquí te espero. No tardes, que estoy ya nervioso pensando de todo.*

Noelia: *Voy de camino, nos vemos en cinco minutos.*

Guardé el móvil, me abroché la cazadora hasta arriba porque hacía un frío que cortaba y me fui a paso ligero hasta la casa de Leire y Tito. Cuando llegué, cinco minutos después, Tito estaba en la puerta esperándome con el ceño fruncido, golpeando el suelo con el pie por los nervios.

—Pasa, Noelia, que hace un frío que pela hoy —dijo apartándose de la puerta para dejarme pasar a mí primero.

—Gracias, sí que lo hace, estoy helada —dije frotándome las manos para calentármelas.

—Siéntate en el sofá, ahora vengo, que he dejado la cafetera puesta para que, cuando llegaras, estuviera recién hecho.

Se marchó a la cocina a por los cafés mientras yo me quitaba la cazadora y me acercaba un poco a la chimenea para entrar en calor. Cuando volvió, nos sentamos los dos y di un par de tragos antes de empezar a hablar.

—Bien, tú dirás. Supongo que es algo que tiene que ver con mi familia.

—Así es. Sara ha venido a mi cocina; supongo que eso ya lo sabes, porque me ha dicho que tú sabías que estaría allí conmigo.

—Sí, me ha contado un poco por encima que no quería ir con sus padres y que prefería estar allí contigo. Yo, en su lugar, tampoco estaría cómodo teniendo que soportar a Jessica todo el día. Así que me ha parecido bien que fuera a verte. ¿Hay algún problema con eso?

—No, por Dios, ninguno en absoluto. Yo estoy encantada de que me acompañe en la cocina, lo pasamos bien juntas. El problema es otro. Nada más llegar la he notado rara, como triste o preocupada. He insistido un poco para que me contara qué le pasaba y, al final, se ha echado a llorar y me lo ha dicho. Tito, me ha dado una pena horrible verla así, te lo juro.

—Es por algo que ha hecho mi cuñada, ¿no? —preguntó, empezando a enfadarse al saber que la niña lo estaba pasando mal.

Los siguientes minutos le conté toda la conversación que había tenido con Sara: lo que había escuchado decir a su madre por teléfono y todo lo que me contó después. También que la había tranquilizado diciéndole que su tío y yo haríamos todo lo que estuviera en nuestras manos para ayudarla.

—¿Qué opinas? ¿He hecho bien ofreciéndole nuestra ayuda? No sabía qué más hacer, Tito. Me he sentido fatal viéndola así. Yo lo pasé parecido en mi relación con mi madre y no soporto saber que Sara lo pasa mal por este tema.

—Has hecho muy bien. No voy a permitir que esa mujer le haga daño a Sara; si tengo que enfrentarme a mi hermano, lo haré. Esto no lo voy a dejar pasar. Hoy no, porque no quiero que se líen las cosas siendo Nochevieja, que la niña tiene mucha ilusión con las campanadas, y mañana con la búsqueda del tesoro que ha preparado Patricia tampoco. Pero de pasado mañana no pasa. Iré a hablar con Dorian para que sepa los planes que tiene su mujercita con su hija.

—Si necesitas que te acompañe, dímelo, aunque no creo que mi opinión sirva de mucho —le dije apretándole la mano en señal de apoyo.

—Creo que lo mejor es que para esa conversación estemos mi hermano y yo solos. Lo que sí te pido es que no le digas nada a mi madre de momento, no quiero que se disguste. —Yo asentí, dándole la razón.

Capítulo 23



La cena del último día del año fue igual de bien que la del día de Nochebuena. María volvió a acertar con todos los platos que preparó. Volvimos a sentarnos todos juntos en la misma mesa que la vez anterior. Al igual que entonces, la voz cantante en las conversaciones la llevó Jessica. Más de una vez tuve que rogarle a Tito con la mirada que se controlara; se le veía a punto de saltar en cualquier momento y liarla muy gorda. Leire, que sabía todo lo que había pasado —porque él se lo había contado unas horas antes—, también le frenó en varias ocasiones, agarrándole de la mano para calmarle.

Después de la cena yo me quedé recogiendo todo, como la vez anterior, pero esta vez mis amigas y Pili insistieron en echarme una mano para que pudiera terminar antes y así unirme a los demás en la discoteca.

Cuando llegamos, el ambiente estaba muy animado: todos bailaban canciones alegres. Solo faltaba un pequeño detalle para que fuera un auténtico cotillón. Había llevado conmigo una bolsa enorme llena de pequeños paquetes que, con la ayuda de mi pequeño duende navideño, fuimos repartiendo a todos los presentes. En cada paquete había un gorrito de fiesta, una guirnalda para el cuello, un matasuegras y varios rollos de cintas de colores que se lanzaban haciendo tirabuzones.

A las doce menos cuarto acercamos al centro de la pista el carrito con todas las cestitas que Sara y yo habíamos preparado, para que la gente fuera cogiéndolas. Todos me agradecieron el bonito detalle que había tenido y lo original que era todo.

Encendimos la gran pantalla que estaba al fondo de la discoteca y todos, cestita en mano, esperamos con ilusión la cuenta atrás.

Una… dos… así contamos, chillando a la vez que nos metíamos una uva en la boca hasta el número doce. El estallido de aplausos y felicitaciones diciendo «¡Feliz año!» fue general. La pista se llenó de besos, abrazos y buenos deseos para el nuevo año que acababa de empezar.

Habíamos alargado el horario de la discoteca hasta las tres de la mañana por ser el día que era. Estábamos todos reventados de bailar y reír, pero nadie quería irse a dormir. Cuando llegó la hora de cerrar, todos nos despedimos en la puerta antes de dirigirnos a nuestras casitas. Cuando empecé a andar hacia la mía, una pequeña mano agarrando la mía me frenó.

—Noelia, ¿puedo dormir contigo esta noche? —me rogó mirando de reojo a sus padres. No me extrañaba nada su petición, viendo el estado en el que estaba su madre. Se había bebido hasta el agua de los floreros que no teníamos, e iba en un estado lamentable.

—¿Le has pedido permiso a tu padre? —le pregunté. Evidentemente, a su madre no iba a preguntárselo; seguramente ni entendería lo que dijera. Ella negó con la cabeza, y entendí que no se atrevía a pedírselo por miedo a una negativa.

—Ve con la abuela, yo hablaré con tu padre, ¿vale? —asintió con la cabeza y fue a agarrarse a su abuela, que estaba a un par de pasos de nosotras.

—Dorian —le llamé poniéndome a su lado, mientras él hacía verdaderos esfuerzos para sujetar a Jessica en pie sin que se cayera.

—Dime, Noelia. Como puedes ver, ahora no tengo tiempo para ponerme a charlar. —No me lo dijo en tono borde, más bien cansado.

—Seré rápida, tranquilo. Sara me ha preguntado si puede quedarse a dormir esta noche en mi casa, con tu madre y conmigo.

—Pues dadas las circunstancias —me dijo señalando a Jessica con la cabeza—, creo que es lo mejor. Me espera una noche de lo más entretenida,

de paseos al baño, y prefiero que la niña no lo vea —me contestó con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Perfecto, no te preocupes por ella, nosotras nos encargamos de todo. Mañana, cuando sea la hora de la búsqueda del tesoro, si no has podido venir a por ella, yo misma la llevaré.

—Muchas gracias, Noelia.

—No hace falta que me las des. Quiero mucho a Sara y solo quiero lo mejor para ella. —No me dijo nada más; solo asintió y se marchó cargando a Jessica, que daba pena verla.

Me acerqué donde estaban Pili y Sara esperándome, con la esperanza de que la respuesta de Dorian fuera afirmativa. Cuando asentí sonriendo, solo les faltó a las dos ponerse a dar saltos de alegría. Nos agarramos las tres y nos fuimos casi corriendo a mi casa, para meternos en la cama. Sara esa noche durmió conmigo, con una sonrisa de felicidad en la cara que era digna de ver.

El día de Año Nuevo, como ya os había dicho, Patricia había preparado para todos los niños una búsqueda del tesoro. Cada uno iría acompañado por un adulto. Se les entregaría un sobre cerrado al principio con una pista que los llevaría hasta la siguiente, y así hasta completar las ocho que tenía el juego. La prueba empezaría a las once de la mañana y la salida sería desde el gran árbol de Navidad.

Sara estaba nerviosa, preguntando qué hora era cada poco tiempo. No le había querido decir nada; esperaría hasta la hora acordada y, si su padre no aparecía, sería yo quien la acompañara en el juego.

—Abuela, ¿qué hora es? —preguntó por quinta vez en la última hora, haciéndonos reír a Pili y a mí.

—Las once menos cuarto, pesada —le contestó su abuela.

—Deberíamos ir yendo ya para el árbol, no quiero llegar la última. Pensé que papá vendría aquí a recogerme, pero lo mismo no se acuerda y va allí directamente —dijo nerviosa al ver que su padre no había llegado.

—Venga, ponte el abrigo y los guantes mientras cojo mis cosas para irnos. —Fue oír mis palabras y salir corriendo a la habitación para vestirse.

Llegamos a la plaza del árbol unos minutos después, y ya estaba todo lleno de niños acompañados de sus padres, comentando las ganas que tenían de que el juego empezara.

Sara no dejaba de mirar entre la gente buscando a su padre, y con cada pasada que hacía su cara se ponía más seria y triste.

—Sara, si papá no llega a tiempo, yo seré tu pareja en el juego, ¿vale? Pero démosle unos minutos más antes de coger el sobre. —No me contestó; sabía que no le importaría jugar conmigo, pero tenía la ilusión de hacerlo con su padre. Llevaba cuatro días diciéndoselo a todo el mundo y, ahora que había llegado la hora, se sentía decepcionada porque él no estuviera allí.

—Hola, chicas —nos saludó Patricia, que me interrogó con la mirada al verme al lado de Sara. Yo me encogí de hombros y ella me entendió perfectamente lo que quería decirle; había visto, como todos, el estado en el que Dorian se había llevado a Jessica—. Aquí tenéis vuestro sobre. Leedlo bien para descubrir pronto las pistas. ¡Mucha suerte! —Sara cogió el sobre, y justo cuando lo estaba abriendo, una voz jadeante la interrumpió.

—¿Llego a tiempo, princesa? —preguntó Dorian, intentando recobrar el aliento porque había llegado corriendo.

—¡¡¡Papá, has venido!!! —gritó Sara, tirándose a sus brazos en cuanto lo vio.

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Estás preparada para empezar? —Ella asintió con la cabeza, pero miró por encima de su hombro.

—¿Mamá no viene a vernos? —la pregunta la dijo con tanto entusiasmo que nos quedó claro a todos que le daba igual la presencia de su madre; solo lo había dicho por cumplir.

—No vendrá. Estaba un poco pachucha de la tripa y se ha quedado en la cama —le contestó Dorian. Patricia y yo nos miramos y nos aguantamos la

risa. «Pachucha de la tripa», sí… Lo que debía de tener era una resaca de campeonato con todo lo que se había bebido. Bonita noche le habría dado a Dorian; las ojeras y la cara de cansancio que tenía nos decían que no había pegado ojo en toda la noche.

—Mucha suerte a los dos. Y recuerda, Sara, que si no ganáis, no pasa nada; lo importante es pasarlo bien y llegar hasta el final. Cuando termines, iremos a la salita todos a tomar chocolate con churros. Mientras jugáis, yo haré guardia allí, porque como se entere tu tío, no nos deja ni las migas. —Todos se echaron a reír antes de abrir el sobre para comenzar el juego.

Una hora después, todos los participantes empezaron a llegar a la salita con cara de frío, pero muy contentos por lo bien que lo habían pasado descifrando las adivinanzas que les habían hecho avanzar en el recorrido.

Fueron cogiendo los vasos que ya tenía preparados con el chocolate calentito y sirviéndose los churros que quisieran de una fuente enorme que había puesto en el centro de la sala.

Sara y Dorian quedaron en tercer lugar, pero a ella no le importó. Con haber podido participar con su padre y haber completado todas las adivinanzas hasta llegar al final, se daba por más que feliz. Su enorme sonrisa era buena prueba de ello.

Capítulo 24



—Cada vez lo haces mejor, princesa. Esas decoraciones te están quedando espectaculares. —Sara estaba conmigo en la cocina ayudándome a decorar las diez bandejas de galletas que había hecho ese día.

Su tío le había pedido que viniera a ayudarme, con la excusa de que estaba muy liada. No quería que estuviera presente cuando fuera a hablar con Dorian, por si las cosas se salían de madre.

—Me encanta decorar galletas, es como cuando dibujo. Puedo poner distintos colores y hacer que cada una sea única —me contestó encantada mientras cogía otra galleta.

—Solo espero que tu tío no aparezca por aquí antes de que reposen, porque si no, no llegarán ni a la salita. En la vida he conocido a alguien tan goloso como él; todo le viene bien. —Nos miramos y estallamos en carcajadas al imaginar la cara que pondría Tito cuando viera las galletas.

—Muy bonito, tú aquí riéndote con tu amiguita como si nada, después de la que has liado. ¡Jodida mentirosa! —Las palabras de Jessica cortaron nuestras risas de repente. Sara se tensó y se pegó más a mí, agarrándome la mano con fuerza, como si tuviera… ¿miedo? ¿Sería eso posible?

—No creo que esas sean maneras de hablarle a la niña —le dije a Jessica poniéndome de pie para enfrentarme a ella. De ninguna manera iba a permitir que la tratara mal.

—Tú cállate, que no pintas nada en este asunto. Le hablaré a mi hija como me dé la gana. Le ha ido contando un montón de mentiras a su tío para que le caliente la cabeza a su padre y lo ponga en mi contra —me contestó con odio en la voz.

—No te lo crees ni tú. No pienso consentirte que la trates mal o la insultes. Sabes de sobra que la niña no ha mentido. Así que, si no te importa, ya te estás largando de aquí, si no quieres que te eche yo misma.

—No te pongas chulita, porque ahora mismo pongo una queja sobre ti al dueño del complejo y hoy mismo estarás de patitas en la calle. —Solté una carcajada al oírla decir eso. Ella no sabía quién era yo, pero estaba a punto de descubrirlo.

—¿Sabes que este complejo tiene derecho de admisión?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando? —me preguntó, enfadándose todavía más.

—Te lo voy a explicar de manera fácil, para que tu dura mollera lo entienda. A mí el dueño del complejo, como tú dices, no puede despedirme. ¿Sabes por qué? Porque no puedo despedirme a mí misma. Pero mira tú por dónde, sí que puedo hacer que tú y tu culo estéis fuera de mi complejo en menos de lo que canta un gallo.

Se oyó una risita de Sara a mi lado. Eso cabreó todavía más a Jessica, que en dos zancadas se plantó frente a ella, levantando la mano para darle un bofetón. Pero yo fui más rápida y, antes de que llegara a rozarla siquiera, le agarré el brazo y se lo retorcí, haciéndola chillar de dolor.

—Si vuelves a levantarle la mano a la niña, no respondo de mí. —Miré por el rabillo del ojo y vi que Sara se había sentado en un rincón de la cocina, con las piernas recogidas y las manos cubriéndose la cabeza. Ahí supe que aquella escena no era un hecho aislado. Esto había pasado más veces, y eso hizo que me hirviera la sangre.

—¡¡¡Suéltame!!! —Mientras chillaba como una loca, la arrastré por el brazo por el que la tenía sujeta hasta la calle. La solté de un empujón que

hizo que cayera de culo al suelo.

—No te vuelvas a acercar a Sara y vete rápido a recoger tus cosas. Te quiero fuera de mi complejo en menos de una hora, o llamaré a la policía para que te saquen ellos mismos. ¿He sido clara? —No me contestó, solo se levantó y echó a correr llorando. Estaba segura de que esto no se quedaría así. Seguramente le contaría a Dorian una película totalmente diferente. Me daba igual; ahora mismo mi prioridad era otra: Sara. Volví corriendo a la cocina y me arrodillé para abrazarla.

Lloró en mis brazos bastante rato. Intentando calmarla, le pasé las manos por el pelo una y otra vez, mientras le decía cosas cariñosas.

—Sara, necesito preguntarte algo muy importante. —Ella me miró con los ojos llorosos, como si ya intuyera lo que quería decirle—. Esto que ha pasado aquí hoy no es la primera vez que pasa, ¿verdad? —Ella bajó la mirada, pero antes de hacerlo vi el miedo en sus ojos. Con eso no hizo falta que me contestara; ya había obtenido mi respuesta.

—No me caí —me dijo muy bajito. No entendí qué quería decirme con esas palabras, pero estaba dispuesta a llegar al fondo de ese asunto.

—¿Cuándo no te caíste? No entiendo lo que me quieres decir, cielo, explícamelo.

—Cuando me hice daño en el ojo… no me caí. Ella me lanzó el libro a la cara y no me dio tiempo a cubrirme. —Su confesión me cayó como un jarro de agua fría. Dios mío… acababa de darme cuenta del calvario que Sara llevaba por dentro, sin poder contarle a nadie una cosa tan grave. Seguramente su madre la había amenazado para que no abriera la boca.

—¿Te amenazó para que no dijeras la verdad?

—Me dijo que ni se me ocurriera abrir la boca, que de todas maneras nadie iba a creerme, y que ya se encargaría ella de que así fuera. Sobre todo papá. ¿Tú me crees, Noelia? De verdad que no miento.

¿Cómo no iba a creerla? Sara era una niña que, solo con mirarla a los ojos, se veía su sinceridad. Por eso no tenía ninguna duda de que lo que me había contado era cierto. Después de presenciar lo que había pasado en esa misma cocina y el trato que Jessica le daba, estaba completamente segura de que sus palabras eran verdad.

—Por supuesto que te creo. Confío en tu palabra más que en la de nadie —le contesté sonriendo, para que se quedara tranquila.

La levanté del suelo y, sentándola en la encimera, empecé a pasarle una toallita mojada por la cara. Estaba muy sofocada por todo lo que había llorado y quería hacerla sentir un poquito mejor con mis cuidados.

—¡¡¡Noelia, Noelia!!! —esas voces eran de Dorian llamándome a gritos mientras irrumpía en mi cocina. Detrás de él venía también Tito, al que se le veía acelerado, seguramente por haber venido corriendo detrás.

—No hace falta que grites, te oigo perfectamente. ¿Qué quieres para entrar de estas maneras en mi cocina? —le dije aparentando una calma que no sentía.

—¿Qué quiero? Quiero saber por qué has agredido a Jessica sin motivo, cuando ha venido a buscar a Sara. Sabía que estabas celosa porque la he elegido a ella, pero aprovechar que yo no estoy delante para tratarla así… desde luego no me lo esperaba. —El jadeo que soltó Sara al oírle decir eso hizo que apretara los ojos y los puños con fuerza antes de contestarle. Pero primero me dirigí a Tito; no quería que Sara tuviera que presenciar otra discusión, y tenía la sensación de que esta iba a ser bien gorda.

—Tito, ¿puedes llevar a Sara a la salita? Le vendrá bien un vaso de leche o un chocolate, y nadie mejor que tú para acompañarla allí —le pedí fingiendo una sonrisa para que Sara no viera lo alterada que estaba. Él solo asintió, y cogiendo a Sara en brazos, se marcharon los dos de allí.

—Estoy esperando una explicación, Noelia. De verdad que no me esperaba una cosa así de ti. Creo que me has tenido engañado todo este tiempo, haciéndome creer que eras una buena persona. —Ni se podía imaginar el daño que me hacía diciéndome esas palabras.

—¿Servirá de algo que te cuente lo que ha pasado? Porque, por lo que veo, tú ya me has juzgado y condenado. Ni siquiera me has dado el beneficio de la duda. Solo has oído su versión y te la has creído, sin pensar por un segundo que pueda no ser verdad.

—Jessica tiene muchas cosas, pero no es una mentirosa —me dijo apretando los dientes, enfadado.

—Voy a contarte todo lo que ha pasado. Cuando termine, estará en tu mano creer lo que quieras. Solo espero que elijas bien.

Empecé a contarle todo desde el principio: cómo Jessica había entrado en mi cocina acusando a Sara de mentirosa por contarle a su tío que quería mandarla a un internado para que se lo dijera a él; su amenaza de después, diciendo que hablaría con el dueño del complejo para que me despidiera por defender a la niña, alegando que eso no era asunto mío. Le dije que era verdad, que le había retorcido el brazo y la había echado de allí de un empujón, cegada por la rabia al verla levantarle la mano a Sara.

—¿Estás loca? Has confundido las cosas. Que Jessica la regañe en algún momento, como hace cualquier madre con sus hijos, no quiere decir que le fuera a pegar.

—Tú no estabas aquí para verlo. Si no me hubiera metido en medio, te aseguro que le habría pegado. Y eso sí que no lo iba a consentir. En mi presencia jamás le pondrá una mano encima, te lo aseguro.

—Puede que Jessica no sea la madre más cariñosa del mundo, pero nunca pegaría a su hija —me contestó muy enfadado por mis acusaciones.

—¿Estás seguro? Pregúntale a Sara qué pasó de verdad cuando se dañó el ojo. Aunque te voy a dar un pequeño adelanto de lo que te va a decir: no se cayó. Su madre le lanzó un libro a la cara, y por eso resultó herida.

—¿Qué mierdas estás diciendo? No me puedo creer lo retorcida que eres. Qué sarta de mentiras le estás metiendo a mi hija en la cabeza para ponerla en contra de su madre.

—¿Que yo le estoy metiendo mentiras? Pero ¿tú te estás oyendo? Más vale que hables con tu hija, eso te hará abrir los ojos respecto a Jessica. Esa mujer es un peligro para la niña. Más vale que la alejes de ella antes de que tengas que lamentarte cuando ocurra una desgracia.

—De la única de la que tengo que alejarla es de ti. ¿Cómo puedes ser tan manipuladora? No quiero que vuelvas a hablar con Sara nunca más. Aléjate de mi hija, espero no tener que repetírtelo. —Esas fueron sus últimas palabras antes de salir por la puerta dando un portazo.

Me deslicé por la pared de la cocina, en la que me había tenido que apoyar mientras hablaba con Dorian, y terminé sentándome en el suelo. Doblé las piernas hacia mi pecho, abrazándolas con las manos, y en esa posición fue cuando me derrumbé. Lloré muchísimo.

Lloré por Dorian, por lo que ya nunca podría tener con él, por lo mucho que lo quería. Lloré por saber que él también me quería, pero la idea de romper esa familia perfecta que creía tener le hacía desechar esos sentimientos. Pero, sobre todo, lloré por Sara, esa niña que se había colado en mi corazón sin pedir permiso, a la que quería con locura y a la que seguramente no volvería a ver por culpa de la maldad de una madre que no merecía llevar ese título.

No recuerdo cuánto tiempo pasé sentada en ese suelo frío, en esa posición, llorando con desesperación. Solo el sonido de unos pasos acercándose me sacó del trance en el que estaba y me hizo levantar la cabeza cuando se detuvieron frente a mí.

—Creo que ya te hemos dado el tiempo suficiente para que te desahogaras en soledad, pero no puedes estar sentada ahí ni un minuto más; el suelo está muy frío. —Mientras me decía todo eso con preocupación, noté cómo se agachaba a mi lado para cogerme en brazos y sacarme de la cocina.

—Gracias, Tito. Llévame a mi casa, por favor —le dije, agarrándome a su cuello mientras cargaba conmigo. Se lo agradecí con el alma, porque estaba segura de que no habría podido dar ni dos pasos sin caerme.

Capítulo 25



Tres largos días habían pasado desde que todo estallara por los aires. Tres días desde que Dorian y Sara desaparecieron de mi vida, dejándome con el corazón roto.

Después de la discusión con él en mi cocina —aquella en la que salió dando un portazo—, había ido a recoger a Sara a casa de Leire, donde Tito la había llevado. Sin darle ningún tipo de explicación a su hermano, se la quitó de los brazos para marcharse a recoger sus cosas e irse sin mirar atrás.

Ni siquiera a Pili le dio tiempo a despedirse de la niña. Lo había intentado por teléfono varias veces, llamando a Dorian para pedirle explicaciones, pero él se había cerrado en banda y no quería hablar con nadie. Solo repetía que necesitaban tiempo en familia, los tres solos, sin que nadie malmetiera en sus vidas con «mentiras absurdas».

Sabía por boca de Patricia que los había visto meter las cosas en el coche. Jessica se iba tan contenta, mientras la niña no dejaba de llorar porque no quería marcharse.

Todos estábamos desolados con lo que había pasado. Aquella tarde en que Tito me llevó a mi casa en brazos no fui capaz de hablar con nadie para contarles nada. Pero, sabiendo que se merecían una explicación, los cité a todos en mi casa al día siguiente, cuando por fin logré levantarme, para contarles todo.

Fue una conversación muy dura, en la que, sobre todo Pili, lloró muchísimo al saber por lo que estaba pasando su nieta. No se me iba de la

cabeza la angustia de aquella mujer, ni la conversación, que repetía una y otra vez en mi mente.

—Gracias a todos por venir, y siento haber esperado tanto para contaros lo que está pasando, pero ayer no me sentía con fuerzas. —Pili, mis amigas con sus parejas y María estaban todos sentados en el salón de mi casa, escuchándome.

—Noelia… ¿qué ha pasado? Porque tiene que ser algo muy grave para que mi hijo se marche sin decir ni adiós. Tito me ha contado la discusión que tuvieron por lo del internado de la niña, pero hay algo más, ¿verdad? —preguntó Pili, con el rostro lleno de preocupación.

Antes de que los demás llegaran, Tito —que fue el primero en aparecer por mi casa— me había contado la bronca que tuvo con su hermano por lo del internado. Jessica, que había escuchado la discusión, se hizo la víctima, asegurando que no hablaba de Sara con su amiga, sino de la hija de una conocida, y que seguramente la niña, al escuchar detrás de la puerta, no había entendido bien la conversación. Dorian la creyó desde el primer segundo: su interpretación fue tan convincente que Hollywood se estaba perdiendo una gran actriz.

—Sí que lo hay, Pili. No quiero engañarte, y aunque va a ser doloroso lo que os voy a contar, creo que tenéis que saberlo. —Me puse a su lado para agarrarle la mano, sabiendo de antemano el mal rato que iba a pasar.

Cogí aire antes de empezar a narrarles a los seis todo lo que había ocurrido: cómo Jessica había entrado en la cocina gritando a Sara que era una mentirosa; cómo la situación se había calentado hasta el punto de que tuve que sacarla de allí cuando quiso pegarle; cómo Sara había llorado en mis brazos y me confesó que no se había caído, como todos pensaban, sino que la lesión del ojo se la había hecho su madre durante una regañina; la posterior discusión con Dorian y todas las cosas horribles que me dijo. Todos pusieron cara de horror al escucharme, pero en ningún momento dudaron ni de mi palabra ni de la de la niña.

—Ay, mi niña… por cuántas cosas habrá pasado en manos de esa mujer, y por el miedo que le tiene nunca ha dicho nada —se lamentaba Pili sin dejar

de llorar.

—Hija de puta… ¿cómo puede dañar así a su hija y vivir tan tranquila? —Tito se llevaba las manos a la cabeza, dando vueltas por el salón sin parar de insultarla, enfadadísimo.

—¿Cómo mi hijo puede estar tan ciego? —preguntó Pili con desesperación.

—No es que me ponga de su parte, no me malinterpretéis —intervino Mateo—, pero puedo entender el comportamiento de Dorian. Ella es su mujer, la conoce de toda la vida. Nunca ha mostrado esa cara delante de él; se lo ha montado bien para tenerlo engañado, haciéndose la buena.

»Por eso, para él, es impensable que Jessica sea capaz de hacer esas cosas. Necesita tiempo para darse cuenta de la clase de persona con la que está casado.

Nos quedamos todos pensativos, porque tenía mucha razón. Si nos poníamos en el lugar de Dorian, no tenía por qué dudar de la palabra de la mujer con la que compartía su vida, cuando jamás había visto nada raro en su comportamiento hacia Sara.

—Entonces solo nos queda resignarnos y esperar a que abra los ojos. Mañana mismo me voy a ir a Bilbao. Suelen dejar a Sara conmigo varias tardes a la semana para que pasemos tiempo juntas.

»Solo espero que eso no cambie; será la única manera de enterarnos si Jessica le hace algo. Aunque estoy segura de que, después de lo que ha pasado, se cuidará muy mucho de que mi hijo no la descubra —dijo Pili, limpiándose las lágrimas.

—Yo esperaré un tiempo para aparecer por allí, con todo tan reciente y lo enfadado que se marchó Dorian. No quiero echar más leña al fuego ni liar más las cosas. Pero, mamá, cuando estés con la niña, mándanos un mensaje para poder hablar con ella. Seguro que le hace mucha ilusión vernos, aunque sea por videollamada —le pidió Tito.

La idea me pareció maravillosa. Estaba segura de que no la dejarían volver al complejo, pero al menos podríamos seguir teniendo contacto con ella.

—Tranquilos, así lo haré —prometió Pili—. La avisaré para que no se lo cuente a sus padres. Hasta que a mi hijo no se le pase el enfado, es lo mejor. Nunca ha sido una persona rencorosa, y estoy segura de que, cuando lo piense en frío, se arrepentirá de muchas de las cosas que dijo. —Esas últimas palabras iban dirigidas a mí, por todo lo que me había recriminado Dorian. Yo también estaba convencida de que, cuando descubriera la verdad, se sentiría fatal por haberme tratado así.

Esa misma tarde, Pili hizo las maletas para marcharse a Bilbao. Quiso irse en autobús, pero su hijo no se lo permitió. Él mismo la llevó en coche hasta allí, volviendo después al complejo.

El día de Reyes fue un día precioso en el complejo. Hicimos lo mismo que el día de Papá Noel con todos los regalos de los niños. Aunque disfrutamos mucho viéndolos, todos teníamos muy presente la ausencia, ese día tan especial, de nuestro pequeño duende. Se la echaba muchísimo de menos, pero en esos momentos todavía más.

Los regalos que le habíamos comprado Tito y yo para ese día se los llevó Pili a su casa, y se los entregaría en la primera ocasión en que le dejaran a la niña.

Una semana después de que se marchara, Pili nos avisó por mensaje de que esa tarde Sara se quedaría en su casa. A las seis en punto, todos sentados delante del portátil de Tito, le hicimos una videollamada para saludarla. Se emocionó mucho… bueno, todos nos emocionamos.

Nos contó que a su padre ya se le había pasado el enfado con ella, porque pensaba que había mentido con lo de la caída. Ella no había querido hablar más del tema con él, dejándole que pensara lo que quisiera. A su madre no la veía mucho; tenía que cumplir con los trabajos que había pospuesto por pasar las fiestas con ellos, y apenas estaba en casa. Pero los ratos que coincidían, se hacía pasar por una madre amorosa y una esposa ejemplar.

Capítulo 26



Los días pasaban volando, a tanta velocidad que ya estábamos a últimos de febrero. En el complejo todo seguía fenomenal: casi todas las semanas teníamos las casitas al completo. Entre semana venían matrimonios y grupos de amigos para disfrutar de todas las instalaciones y de las actividades que programaba Patricia, que eran de lo más originales. Pero los fines de semana era cuando más jaleo teníamos, porque el complejo se llenaba de niños cuyas risas inundaban el aire de alegría.

—¿Qué estás horneando que huele tan bien? —me preguntó Tito nada más entrar por la puerta de mi cocina.

—Tú tienes un radar en la nariz, y en cuanto enciendo el horno vienes atraído como si fueras una polilla yendo hacia la luz —contesté riéndome, y él soltó una carcajada.

—No te lo voy a negar. Es que tienes unas manos para los dulces que deberías asegurártelas —dijo mientras se acercaba olisqueando como un perrillo.

—Toma, anda, para que no digas que no te cuido. —Le ofrecí una galleta de las que acababa de sacar del horno. Era una receta nueva que nunca había hecho y me fiaba totalmente del paladar de Tito para darme su visto bueno.

—Ya sabía yo que estarías tú por aquí en cuanto he notado el delicioso aroma que hay en el aire a galletas —dijo María, que acababa de entrar en la cocina a traerme unas bandejas que le había pedido.

—Vaya fama que tengo —replicó Tito riendo.

—Una bien merecida, muchacho. Te vamos a poner el apodo del monstruo de las galletas. —Soltamos los tres una carcajada.

Me giré para coger una de las bandejas que estaban en la encimera y, si no hubiera sido por los reflejos de Tito, habría terminado en el suelo.

—Noelia, ¿qué te ha pasado? Me has dado un susto de muerte. Si no te agarro a tiempo, te hubieras caído redonda —me dijo Tito con cara de preocupación, sujetándome todavía por la cintura, porque seguía muy inestable.

—No lo sé… me habrá dado una bajada de tensión o algo. Me he sentido muy mareada de repente. Creo que es por el calor que desprenden los hornos. El otro día me pasó igual, pero no llegué a caerme ni nada, se me pasó enseguida.

—Esos mareos no son por el calor de los hornos. Yo creo más bien que es porque tu horno lo tienes ocupado por un bizcochito. —Las palabras de María nos hicieron fruncir el ceño a los dos, porque no entendíamos qué quería decir.

—María, ¿puedes explicarnos eso que dices en cristiano? Porque no nos hemos enterado de nada —le pidió Tito.

—Puf… vaya dos. Que está preñada, hijo. Que vas a ser tío por segunda vez. ¿Así me habéis entendido u os hago un dibujo también? —Tito me miró la barriga alucinando, y yo me quedé petrificada con las palabras de María.

—No puede ser… —dije tapándome la cara con las manos y soltando un resoplido.

—Hombre, por poder, sí que puede ser posible. Hasta que vino mi cuñadita, mi hermano no perdonó ni una noche visitando tu casa —replicó Tito con una media sonrisa.

—Cariño, deberías ir al médico para salir de dudas. Si estoy en lo cierto, esos mareos pueden ser peligrosos. Si te dan más fuertes y te caes, no quiero

ni pensar lo que podría pasar.

—Noelia, María tiene razón, deberías saberlo cuanto antes —me dijo Tito, visiblemente preocupado.

—Tenéis razón. Llamaré luego para pedir cita y que me hagan una revisión. Creo que ahora me voy a marchar a casa, necesito tumbarme un poco, estoy bastante cansada.

—Te acompaño. —Tito me agarró por la cintura para acompañarme hasta la puerta de mi casa. Se lo agradecí muchísimo, porque de verdad me sentía sin fuerzas.

Estuve tumbada bastante rato en el sofá, hasta que me sentí más recuperada. Leire había venido a verme en cuanto Tito la llamó para decirle lo que pasaba, avisando ya de paso a Patricia, que se presentó cinco minutos después que ella.

—Noelia, ¿cómo estás? Tito me ha contado lo que te ha pasado y las sospechas que tiene María —me dijo sentándose a mi lado, mientras Patricia lo hacía enfrente.

—Chicas… ¿qué voy a hacer si María tiene razón? —les dije con los ojos llenos de lágrimas.

—Pues, si María tiene razón, ser una estupenda madre. Eso es lo que vas a hacer. Y todos te ayudaremos a criar a ese bizcochito —me contestó Patricia sonriente.

—Anda que, como sea verdad, vaya tino que tuvo la niña pidiendo un hermanito en las tarjetas que colgamos en el árbol —dijo Leire riéndose.

—Madre mía —dije tapándome la boca, porque no me había vuelto a acordar del deseo que pidió Sara.

—Vamos a pedir hora al médico para mañana, así salimos de dudas. —Leire sacó el móvil, y dos minutos después me había pedido una cita para el día siguiente a las once de la mañana, que era lo único que había libre.

—En cuanto salgas, me mandas un mensaje para decirme qué pasa. Yo no puedo acompañarte a esa hora, tengo programada una actividad a la que se han apuntado casi todos los huéspedes —dijo Patricia con pena por no poder venir conmigo.

—No te preocupes, en cuanto salga te llamamos. Porque no se pensará que va a ir sola: yo iré con ella, y desde aquí te digo que Tito también se apunta —añadió Leire.

A las once de la mañana estábamos los tres sentados en la consulta de la única ginecóloga que había en el pueblo. Patricia le había preguntado a Mateo por ella, y le había dicho que era una mujer muy querida por los habitantes de allí; que trataba a todas las mujeres con mucho cariño y, además, era una excelente profesional.

—¿Noelia? —preguntó una mujer de unos cincuenta años que había venido a buscarme a la sala de espera.

—Soy yo —le contesté nerviosa.

—Encantada, soy la doctora Ruiz —me dijo, extendiendo la mano para saludarme—. ¿Ellos vienen contigo? —añadió, señalando a Tito y a Leire—. Si es así, pueden pasar también; seguro que te sientes mejor estando acompañada.

Asentí con la cabeza y los tres la seguimos hasta la consulta.

—Bien, antes de explorarte voy a hacerte unas preguntas de rutina, para rellenar el historial —me dijo la doctora con una sonrisa tranquilizadora.

Eran preguntas fáciles: la edad, antecedentes médicos, rutinas… Pero cuando llegó a la pregunta de cuándo había sido mi último periodo, ahí ya me di cuenta de que lo que sospechaba María podía ser una realidad. No me había bajado desde el año anterior, y de eso hacía ya más de dos meses.

—De momento, con todo esto que me has contado será suficiente. Puedes pasar al baño, que está en esa puerta. Allí tienes una bata para ponerte encima cuando te quites la ropa.

—Noelia, si te sientes más cómoda con ellas a solas, puedo salir afuera —me dijo Tito, algo apurado.

—No se me verá nada, tranquilo, y prefiero que te quedes —le contesté con una sonrisa para tranquilizarle.

Cuando estuve cambiada, salí y la doctora me ayudó a acomodarme en la camilla. Preparó el ecógrafo y me lo introdujo por la vagina. Dos minutos después giró la pantalla para que los tres pudiéramos verlo y nos señaló con el dedo un punto en concreto.

—Aquí lo tenemos. Enhorabuena, mamá. Estás embarazada de unas diez semanas. Las medidas son perfectas para el tiempo que estás y todo va como debe. —Miré a mis amigos, que estaban en el mismo estado que yo: con los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

—Chicos… —Les agarré las manos a los dos, porque no era capaz ni de hablar; las palabras se me habían quedado atascadas en la garganta.

Después de unas cuantas recomendaciones y una cita para el mes siguiente, salimos de la consulta directos al complejo: queríamos compartir con los demás las buenas noticias.

—Noelia, no se lo vas a contar a mi hermano, ¿verdad? —me preguntó Tito cuando nos subíamos al coche.

—Por el momento no. Prefiero esperar a ver qué pasa. —Él solo asintió, porque entendía perfectamente que era una situación delicada.

Capítulo 27



Cinco meses habían pasado desde el día en que me enteré de que iba a ser mamá. Todos en el complejo se habían volcado conmigo; estaban pendientes de mí en todo momento, sobre todo al principio, cuando me daban algunos mareos.

Decidí no decírselo a Dorian, y todos respetaron mi decisión, aunque Tito me lo preguntaba cada vez que tenía ocasión. Pero yo siempre le contestaba que no era el momento; bastantes problemas tenía ya su hermano como para añadirle más preocupaciones.

Sabíamos por Pili que la paz había durado muy poco en esa casa y que cada vez estaban peor las cosas. El cambio que Jessica le prometió a Dorian apenas había durado tres meses: volvió a las andadas, con salidas hasta las tantas en las que llegaba a casa en un estado lamentable, y viajes de trabajo en los que se la veía con otros hombres en discotecas cuando publicaban fotos en las redes.

El trato con Sara se había vuelto prácticamente inexistente, aunque lo más importante era que no le había vuelto a levantar la mano. Las pocas veces que estaban juntas, mantenía las apariencias. Por lo que nos había contado la niña en la última llamada. Hacía ya dos meses que no la veía.

Sara le había pedido a Tito y a su abuela en innumerables ocasiones que la trajeran al complejo, aunque solo fuera un día. Con la excusa del colegio habían podido convencerla, pero ahora que había llegado el verano no dejaba de insistir. Al final, Tito decidió viajar a Bilbao para hablar con su hermano y pedirle que la dejara venir unos días.

Estábamos en casa de Leire esperando que llegara y nos contara qué había pasado en su viaje exprés.

—Hola, chicos. Ya está de vuelta el monstruo de las galletas —dijo riéndose cuando entró, haciéndonos reír a los demás. Parecía que venía de buen humor, y eso era muy buena señal.

—Toma, anda —le dije, dándole una caja llena de galletas de su sabor favorito—. He supuesto que hoy las habías echado de menos y no quería que te fueras a la cama triste.

Me quitó la caja de las manos, la abrió y, al ver el contenido, me abrazó besándome varias veces en la cabeza.

—Si es que te tengo que querer.

—Anda, no seas pelota. Cómete una rápida y empieza a contarnos qué ha pasado, que estamos todos de los nervios —le dijo Leire, dándole una colleja y un beso a la vez.

—La conversación con mi hermano ha ido muy bien. Creo que necesitaba hablar con alguien. Está bastante mal, no os voy a mentir; la hostia de realidad que se ha llevado con Jessica le ha hundido. Tenía la esperanza de que ella cambiara, por eso le dio una oportunidad para seguir siendo una familia.

»Estaba equivocado pensando que haría daño a Sara separándose de su madre, cuando es precisamente todo lo contrario. No deja de lamentarse por haber hecho las cosas tan mal, pero, sobre todo, está fatal por haber perdido al amor de su vida por el camino —dijo señalándome.

»Palabras suyas, no mías. No cree merecer ni que le mires a la cara por tratarte como lo hizo, cuando tú solo defendiste a Sara de la desgraciada de su madre, que quería pegarla.

—¿Eso quiere decir que cree a Noelia? ¿Y no todas las mentiras que le contó Jessica? —preguntó Patricia, y Tito asintió.

—Sí. Un día se fue a comprar y las dejó a las dos en casa, pero al llegar a la calle se dio cuenta de que no llevaba la cartera y volvió a subir. No le

oyeron entrar porque los gritos de Jessica tapaban cualquier otro ruido.

»Estaba diciéndole a Sara que ojalá no hubiera nacido nunca, que lo único que les había traído eran desgracias, y que su padre y ella estaban distanciados por su culpa; que se fuera haciendo a la idea de que en septiembre se iría al internado.

»En ese momento mi hermano se dio cuenta de que la niña no había mentido en nada… ni Noelia tampoco.

—¿Y lo del ojo lo sabe? —le pregunté con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

—Sí. Cuando Jessica le estaba diciendo todas esas cosas a la niña, él se dejó ver, dejando claro que lo había escuchado todo. Le preguntó a Sara qué había pasado el día de la caída; ella no quería hablar, pero él le prometió que no le pasaría nada.

»Sara se lo contó todo, y la otra se puso como loca, llamándola mentirosa. Pero cuando mientes más que hablas, al final acabas metiendo la pata, y entre chillidos se le escapó que ojalá la hubiera dejado ciega.

»Dorian la echó de la casa y la amenazó con denunciarla si volvía a acercarse a ellos. De eso hace poco más de dos meses, y no han vuelto a saber nada de ella.

—No me extraña que esté hundido. Tiene que ser muy duro enterarse de lo mal que lo ha pasado su hija y no haberse dado cuenta antes. Seguramente se siente el peor padre del mundo —dijo Mateo, que siempre era el más empático del grupo.

—Pobre hombre —dijo María, negando con la cabeza.

—¿Le has dicho algo de…? —le pregunté, tocándome la barriga.

—No. Creo que eso es algo que te corresponde hacer a ti. —Todos asintieron, dándole la razón.

—¿Va a dejar que venga la niña? —le preguntamos Leire y yo a la vez.

—Mañana volveré a Bilbao a por ella. También vendrá mi madre. No las he traído hoy porque tenían que preparar la maleta. Teníais que haber visto a

Sara cuando se lo dijimos: se comió a su padre a besos, loca de contenta.

—¡Qué alegría! Todos hemos echado mucho de menos al pequeño duende —dijo Patricia, aplaudiendo.

—Se va a quedar alucinada cuando te vea, eso seguro —me dijo Tito riendo.

—Ya lo creo. Cuando vea que su deseo de la tarjeta del árbol se va a cumplir en menos de dos meses, se oirán sus chillidos hasta en el pueblo —añadió Mateo.

—Bueno, pues después de esta gran noticia, creo que lo mejor es irnos a descansar. Mañana debemos tener las pilas bien cargadas cuando llegue el torbellino —dijo María, haciéndonos reír a todos.

Nos despedimos en la puerta de la casa de Leire y Tito, deseándonos buenas noches y a él buen viaje al día siguiente. Antes de irme, Tito me agarró del brazo para que esperara un momento; seguramente quería decirme algo que no quería que los demás oyeran.

—Noelia, mi hermano me ha dicho que te pregunte si te puede escribir. Creo que no quiere hacerlo sin saber si estás de acuerdo, por miedo a que no le contestes. —Madre mía, sí que tenía que estar avergonzado por todo lo que me dijo aquel día, para ni atreverse a escribirme.

—Dile que puede escribirme cuando quiera —le contesté con una sonrisa.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—¿Le perdonarías? —me preguntó con esperanza en la voz, deseando que mi respuesta fuera que sí.

—¿Tú perdonarías algo así a Leire? —le pregunté, agarrándome a su brazo.

—Sí. Todos podemos cometer errores. Yo la perdonaría porque la quiero.

—Pues ahí tienes mi respuesta —le dije sonriendo, y él me dio un abrazo, susurrándome al oído:

—Es verdad que ha metido la pata, y mucho, la verdad. Pero es un buen hombre que se merece que lo quieran. Gracias por ser esa persona. Ni en siete vidas encontraría una mujer mejor.

—Los dos lo sois. Leire también ha tenido suerte; Pili ha hecho un buen trabajo con vosotros.

Nos despedimos con un beso, deseándonos las buenas noches, y me fui para mi casa. Al llegar, me di una ducha para irme fresquita a la cama. No hacía ni cinco minutos que me había tumbado, con la intención de leer un poco, cuando sonó mi móvil. Era el sonido de un mensaje, y sin mirarlo tenía una ligera idea de quién podía ser. Miré la pantalla y no me había equivocado.

Dorian: *Buenas noches, Noelia. Lo primero que quiero decirte es que muchas gracias por dejarme escribirte, aunque no me lo merezca.*

Noelia: *Hola, Dorian. No tienes que darme las gracias. Pese a todo, nunca te hubiera negado la palabra.*

Dorian: *Pues estarías en todo tu derecho de hacerlo, después de cómo te traté y las cosas tan horribles que te dije. Cada vez que me acuerdo, se me cae la cara de vergüenza. Lo siento tanto… No sé cómo pude hacerlo todo tan mal. Espero que algún día puedas perdonarme.*

Noelia: *Todos cometemos errores, y tus circunstancias eran un poco complicadas. No te guardo rencor por unas palabras mal dichas en un momento de enfado.*

Dorian: *Eso demuestra lo buena persona que eres. No me extraña que mi hija te quiera tanto.*

Noelia: *Yo también la quiero muchísimo. Tengo unas ganas locas de verla mañana.*

Dorian: *Ella sí que tiene ganas de veros a todos. Le ha costado un montón dormirse, de lo nerviosa que está.*

Noelia: *¿Tú no vas a venir?*

Dorian: *¿De verdad no te importaría que fuera?*

Noelia: *Claro que no. Me gustaría volver a verte y que hablemos. Tengo algo que contarte.*

Dorian: *A mí también me gustaría volver a verte, y también me gustaría decirte muchas cosas… aunque supongo que ya será demasiado tarde para todo.*

Noelia: *Nunca se sabe lo que nos tiene preparado el destino. ¿Entonces vendrás?*

Dorian: *Me encantaría ir mañana mismo, pero tengo cita con mi abogado para preparar la demanda de divorcio pasado mañana. Además, creo que dejaré que la princesa disfrute una semana sin mí. Arreglaré todo lo que tengo pendiente y en una semana iré. ¿Te parece bien?*

Noelia: *Me parece perfecto.*

Dorian: *No te molesto más por hoy, que es muy tarde y seguro que estás cansada.*

Noelia: *Pues tienes razón, se me cierran los ojos de sueño.*

Dorian: *Buenas noches, que descanses. Un beso.*

Noelia: *Que descanses también. Un abrazo.*

Capítulo 28



Preparamos en mi casa un recibimiento para Sara digno de una princesa. Patricia había tenido la gran idea de poner una pancarta en la puerta con las palabras *«Bienvenida a casa, duendecillo»*, hechas con letras de purpurina. Esa noche cenaríamos todos juntos en el salón de mi casa; queríamos tener un poco de privacidad para ponernos al día con ella. Yo estaba de lo más nerviosa por ver la reacción que tendría al ver mi barriga; esperaba que le hiciera mucha ilusión.

También temía la reacción de Pili cuando supiera que volvería a ser abuela. Solo esperaba que no se enfadara demasiado por habérselo ocultado, igual que a su hijo.

A las seis estaba preparando las últimas cosas para la cena cuando oí el alboroto que se estaba formando fuera. Habíamos decidido que todos la saludaran en la entrada y que nuestro reencuentro fuera el último, dentro de la casa.

Por la ventana las vi a las dos abrazar y besar a todos, llorando de emoción. La idea era que primero entrara Pili para poder hablar conmigo y después lo hiciera Sara. Tito se la llevaría hasta mi cocina con la excusa de buscarme, mientras yo hablaba antes con su abuela.

Vi cómo Tito se llevaba a la niña, que iba dando saltos de felicidad, seguida por los demás. Pili entró en mi casa, y al verme esperándola en medio del salón, con las manos sobre la barriga, se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

Me acerqué despacio hacia ella, y cuando me tuvo a su lado, se tiró a mis brazos para abrazarme sin dejar de llorar.

—No llores, Pili, por favor —le dije, conteniendo mis propias lágrimas.

—¿Cómo no voy a llorar, niña? No todos los días se entera una de que va a volver a ser abuela —me dijo, acariciándome la barriga.

—No has dudado ni un segundo de que el bebé es de tu hijo —le dije, sorprendida.

—Por supuesto que no. El volumen de tu barriga me ha dado una ligera pista —respondió riendo entre lágrimas—. Pero no ha sido solo por eso. Sé que sigues amando a mi hijo, y que no podrías estar con otro hombre mientras eso siga siendo así.

No estaba equivocada. Aunque no me hubiera quedado embarazada, para mí era impensable tener nada con otro hombre —ni siquiera algo solo físico — cuando mi corazón seguía latiendo por Dorian.

—Perdóname por no habértelo contado antes, pero… —No me dejó terminar la frase; volvió a abrazarme y me susurró al oído:

—No tengo nada que perdonarte, lo entiendo perfectamente. Como también sé que, llegado el momento, nunca nos hubieras dejado aparte en la vida de ese niño o niña. Que aún no me has dicho lo que es.

—Ni te lo diré, porque ni yo ni nadie lo sabe. No nos ha dejado ver qué es en ninguna de las ecografías que me han hecho —le contesté riendo, y ella se unió a mis risas.

—Vaya… nos va a salir tímido o tímida. En eso no se va a parecer a su hermana, que habla hasta con las piedras. —Su comentario me hizo soltar una carcajada; no podía tener más razón. Sara tendría muchas cualidades, pero la timidez no era una de ellas.

—¡Madre mía! Verás cuando Sara te vea, se va a volver loca de alegría —dijo chillando, como si acabara de darse cuenta.

—Pues vamos a averiguarlo en unos momentos, porque la estoy oyendo hablar con Tito afuera. —Pili asintió y se colocó a mi lado para recibir a su nieta. Las dos contuvimos el aliento, esperando su reacción.

—¿Noelia? ¿Estás aquí? —dijo alzando la voz Sara, llamándome.

—Estoy en el salón, princesa —le contesté.

—Ya era hora de que aparecieras, llevo un rato buscándote… —Sus palabras se cortaron en seco cuando me vio. Me miraba con una cara de alucinada, haciendo una «o» perfecta con su boca.

—Sara, ¿te has quedado muda de repente? ¿No saludas a Noelia, con las ganas que tenías de verla para darle un abrazo? —le dijo su abuela riéndose, al igual que Tito.

Las siguientes palabras de Sara nos hicieron reír a carcajadas; tuve que apoyarme en el sofá porque pensé que se me saldría hasta el bebé de tanto reírme.

—¿Estáis el tío y tú en un concurso de a ver quién come más dulces? —me preguntó. Luego se giró hacia Tito para poner el broche final a su broma:

—Tío, ya puedes ponerte las pilas si quieres ganar, porque por el tamaño de esa barriga te lleva muchos dulces de ventaja.

—Creo que ya he perdido, sobrina. Aunque ahí dentro no hay varios dulces; solo hay un bizcochito que dentro de poco saldrá del horno. —El guasón de Tito le siguió la broma, haciéndonos reír todavía más.

Sara no se lo pensó más: después de su broma se lanzó a mis brazos para darme un montón de besos, esos que yo también le devolví. Cuánto la había echado de menos.

—¿Puedo tocar y saludarle? —preguntó temerosa, señalando mi barriga.

—Claro, estará encantado de que le saludes. Le he hablado mucho de ti, seguro que está deseando conocerte.

Puso las manos sobre mi barriga muy despacio, pegando también su cara, y le habló al bebé:

—Hola, bebé. Soy Sara, una amiga de tu mamá, y espero que cuando nazcas también tuya. Tengo un trineo chulísimo con el que, cuando puedas montar, te enseñaré la mejor manera de bajar la cima. Ojalá, mi papá, hubiera hecho las cosas de otra manera y así hubiéramos podido ser hermanos.

»Pero bueno, seguro que tú también tienes un padre muy guay que te quiere mucho, como el mío me quiere a mí. No tardes mucho en salir, que tengo muchas ganas de conocerte.

—Sara, papá se equivocó en algunas cosas, pero nunca es tarde para que todo se solucione —le dijo su abuela acariciándole el pelo.

—Cuando papá te vea así va a llorar todavía más de lo que ya lo hace, y eso me da mucha pena. No quiero verle tan triste.

—¿Has visto llorar a papá? —preguntó Tito, preocupado.

—Sí, él no sabe que le he visto. Pero algunas noches se sienta en la mesa de la cocina mirando la foto de Noelia en el móvil, y llora pidiéndole perdón.

Cuando nos contó eso, los tres nos miramos con la emoción contenida. Sabíamos lo mal que debía de estar pasándolo Dorian, y por extensión también Sara al verle así. Decidí no esperar ni un minuto más para sacarla de su error, pensando que mi hijo no era su hermano, y se me ocurrió una idea para hacerlo más especial.

—Ven conmigo, Sara, quiero enseñarte algo —le dije, cogiéndola de la mano.

Salimos los cuatro al exterior y caminamos juntos hasta llegar al gran árbol, donde todavía estaban colgadas todas las tarjetas de los deseos.

—¿Recuerdas dónde está colgada la tuya? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí, es esa de ahí, la de color rosa con un lazo —dijo señalándola con el dedo.

—Tito, ¿puedes auparla en los hombros para que la coja? —Él asintió, adivinando mis intenciones.

Sara desató la tarjeta de la rama y, con ella en las manos, después de que su tío la bajara al suelo, se acercó a mí.

—¿La lees, por favor? —le pedí.

—«Quiero tener un hermanito antes de la próxima Navidad.» —En su cara se reflejaba la decepción de pensar que su deseo no se cumpliría.

—No sé si la magia del árbol ha funcionado con todas las tarjetas que están colgadas ni si los deseos de la gente se habrán cumplido —dije señalando las ramas—, pero desde luego con la tuya funcionó de maravilla.

—No entiendo qué quieres decir —me contestó, frunciendo el ceño.

—Sara, tu deseo se ha cumplido. Este bebé no tiene un padre diferente al tuyo. Los dos tendréis el mismo. ¿Entiendes lo que quiero decir, cariño?

—¿Ese bebé es mi hermano? —preguntó mientras las primeras lágrimas se asomaban a sus ojos. No hizo falta que le dijera nada más; solo con verme asentir lo comprendió todo.

—¡¡¡Voy a tener un hermanito!!! ¡¡¡Voy a ser la hermana mayor!!! —chilló, tan feliz, que hasta algunos huéspedes se asomaron a las puertas de sus casitas para ver qué pasaba.

—Espero que a su padre le haga la misma ilusión que a ella cuando se entere —dije entre dientes, solo para mí, pero Pili me oyó.

—Más. A mi hijo le va a hacer mucha más, te lo aseguro —respondió sonriendo—. Su sueño desde siempre ha sido tener una familia con varios hijos, y creo que vosotros vais a formar una preciosa. Eso sí, el día que te vea lo mismo se desmaya de la impresión —añadió riéndose, haciéndome reír a mí también.

Nos costó un buen rato que Sara dejara de dar saltos y chillidos por la emoción de la noticia. Luego volvimos a mi casa, donde nos esperaban para

cenar.

Todos la felicitaron por su nuevo título de «hermana mayor», y ella no dejó de sonreír ni un solo momento. Tuvimos que hacerla prometer que no le diría nada a su padre. Ella, encantada, aceptó: quería ver la cara de pasmo que se le quedaría a Dorian cuando me viera.

Esa noche, como en nuestra «noche de chicas», quiso dormir conmigo, y yo, encantada, se lo permití. Con ella a mi lado, ya dormida, cogí el móvil y le mandé a su padre una foto de las dos abrazadas en la cama, en la que solo se nos veían las caras. Me respondió al momento.

Dorian: *Estáis preciosas. No sabes las ganas que tengo de que llegue la semana que viene para veros.*

Noelia: *Gracias por dejarla venir. Ella está contenta… pero yo muchísimo más.*

Dorian: *Me alegro. Con veros a vosotras tan felices, yo también lo soy.*

Noelia: *Mañana hablamos, que estoy cansadísima. Tu hija es agotadora, ja, ja, ja.*

Dorian: *Hasta mañana, mis niñas. Que descanséis. Un beso muy fuerte para las dos.*

Noelia: *Hasta mañana, Dorian. Un besazo para ti también.*

Capítulo 29



La semana se nos pasó volando. Sara se había pasado todas las mañanas metida conmigo en la cocina horneando dulces, pero por las tardes hacía que su tío sacara el trineo del almacén para bajar una y otra vez desde la cima. Como habíamos hablado en Navidad, habíamos comprado las máquinas que producían nieve artificial, y todos los que venían al complejo podían seguir disfrutando de ella en pleno verano.

Las conversaciones con Dorian eran cada vez más largas. Ningún día habíamos hablado de nosotros o de nuestros sentimientos, aunque él, alguna que otra vez, sí me había dejado caer las ganas inmensas que tenía de verme y abrazarme. Sobre todo, hablábamos de Sara y de todo lo que hacía durante el día. Le había mandado muchísimas fotos de ella en la cocina o montada en el trineo. Un par de veces me había pedido una de las dos juntas, pero no quería que me viera de cuerpo entero, así que solía enviarle selfis en los que aparecíamos las dos sonriendo.

Dorian llegaría ese día por la tarde. Me había preguntado si sería posible alquilar una de las casitas, pero estábamos al completo. Me dijo que no quería molestarme más de la cuenta con su presencia y que le pediría a su hermano quedarse con él y con Leire.

Estábamos comiendo todos juntos ese día cuando Dorian le mandó un mensaje a Tito para preguntárselo.

—Es mi hermano, que me pregunta si puede quedarse con nosotros en casa —le dijo Tito a Leire.

—Claro que sí, por espacio no hay problema. Dile que puede quedarse el tiempo que quiera —le contestó ella.

—¿Va a dormir en vuestra casa y no en la de sus chicas? —preguntó la pequeña sabionda de Sara, con su habitual picardía.

—En eso no nos podemos meter, Sara. Son cosas de Noelia y papá —le dijo su abuela.

Ella asintió, aunque con la mirada un poco triste.

—Tenía pensado pedirle que se quedara con nosotras, pero no sabía si se sentiría cómodo con la situación —les dije a todos.

—Lo que se sentiría si se lo pidieras es muy feliz, te lo aseguro —me dijo Tito con una sonrisa.

—Cuando acabemos de comer le llamaré para proponérselo —dije finalmente. La sonrisa que me dedicó Sara al oírme decir eso iluminó todo el salón.

—Pili, ¿qué te parece venirte tú a la mía? Dejaremos a los chicos solos a su aire y nosotras nos haremos compañía —le propuso María a Pili, guiñándole un ojo. Todos lo vimos y estallamos en carcajadas.

—Mañana, antes de que llegue mi hijo, allí me tienes con todas mis cosas.

—Pues arreglado. Mi padre se queda con nosotras, que es donde tiene que estar —sentenció Sara, con la seguridad que solo ella tenía.

Cuando terminamos de comer, le mandé un mensaje a Dorian para contarle el plan y saber si le parecía bien.

Noelia: *Hola, Dorian. Hemos estado hablando de dónde te vas a quedar a dormir, y tu hija quiere que te quedes en mi casa con nosotras. ¿Te parece bien?*

Dorian: *Hola. Lo único que me importa es si a ti te parece bien.*

Noelia: *Si no me pareciera bien, no te lo habría propuesto, ¿no crees?*

Dorian: *Gracias. Me acabas de alegrar el día. Después de todo lo que hice… no merezco ni que me mires a la cara. Que me dejes dormir en tu casa es, para mí, como un sueño.*

Noelia: *Dorian, tengo que pedirte algo. ¿Podríamos dejar el pasado atrás? Creo que sería lo mejor.*

Dorian: *Haré lo que tú quieras. No volveré a sacar el tema. Solo quiero que estemos bien. Te lo aseguro.*

Noelia: *Es lo mejor, créeme. Y estaremos bien, te lo aseguro. Te tengo que dejar, es la hora de sacar el trineo.*

Dorian: *Eso espero… Pasadlo bien. Tengo muchas ganas de que llegue mañana para veros. Besos.*

Noelia*: Hasta mañana. Un beso.*

Esa noche, como todas las anteriores, Sara se metió conmigo en la cama y empezó a acariciarme la barriga mientras le hablaba al bebé.

—Noelia, ¿cómo le vamos a llamar? ¿Tienes algún nombre pensado?

—Pues la verdad es que no. Como no sabemos todavía si será niño o niña… Pero tengo una idea: creo que es justo, como hermana mayor, que lo elijas tú.

—¿De verdad? Voy a buscar el mejor nombre del mundo. De momento elegiré uno de cada, para estar preparada. El que no usemos, lo guardaré para la próxima vez.

—¿Cómo que para la próxima vez? Sara… tu padre y yo no estamos juntos, ¿recuerdas?

—Pero volveréis. Los dos os queréis, que yo lo sé. —¿Qué podía contestarle a eso? Por mi parte, estaba segura de que seguía queriendo a Dorian con todo mi corazón, pero él…

—Bueno, ya veremos qué pasa.

—Como dice mi abuela, el tiempo pondrá todo en su sitio.

—Anda, vamos a dormir, pequeño duende sabio.

A la mañana siguiente me levanté con unos nervios en el estómago que estaba segura de que no se me irían en todo el día. Por la tarde llegaría Dorian, y temía el momento tanto como lo ansiaba.

Pasamos toda la mañana en la cocina; hoy tocaba hornear magdalenas. Las rellenamos de chocolate, mermelada de distintos sabores y algunas de crema.

Después de comer todas juntas en la cocina, como ya era casi un ritual, nos pusimos a pintar con acuarelas —una de las cosas que a Sara más le gustaban y que se le daban de maravilla— cuando oímos acercarse un coche. La niña se asomó a la ventana para ver quién era. Ya llevaba un buen rato preguntando cuándo llegaría su padre.

—¡Es papá! —gritó, y salió corriendo como una loca. Abrió la puerta de un tirón para salir a buscarle. Yo preferí esperar dentro.

Los vi por la ventana mientras se abrazaban y reían juntos de algo que Sara le estaba contando.

Como el día que ella llegó, esperé de pie en el salón. La cara de Dorian, cuando me vio, pasó en décimas de segundo de la más pura alegría a la más pura desolación. Seguramente había pensado lo mismo que su hija: que estaba con otro hombre y que iba a tener un hijo con él.

—¡Papá! —Sara tuvo que chillarle para que reaccionara; estaba totalmente petrificado mirándome.

—¿Sí? —le dijo, sacudiendo la cabeza como si quisiera hacer desaparecer todos los pensamientos que se le estaban cruzando.

—¿No saludas a Noelia? —le preguntó, sonriendo. Era demasiado lista y se había dado cuenta de por dónde iban los pensamientos de su padre.

—Sí, claro, perdona. Hola, Noelia. —Avanzó hacia mí, pero no sabía qué hacer: si darme dos besos, la mano o salir corriendo. Al final me dio dos besos con mucha cautela.

—¿Has visto qué guapa está, papá? —Siguió picándole.

—Sí, lo he visto, hija. Está preciosa —dijo con un amago de sonrisa que se apagó enseguida—. Enhorabuena, futura mamá. Me alegro mucho por ti… bueno, y por el futuro padre también. Desde luego, se lleva a la mejor mujer —añadió con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

»Creo que, en estas circunstancias, lo mejor será que Sara y yo durmamos en casa de mi hermano. No creo que a tu pareja le haga mucha gracia que estemos aquí.

Sara me había pedido ser ella quien le contara a su padre que iba a tener un hermanito. Quería hacerlo enseñándole la tarjeta con su deseo.

—Antes de seguir hablando, Sara quiere enseñarte algo —le dije a Dorian.

—¿Qué quieres enseñarme, hija? Hazlo ya, que tenemos que recoger tus cosas para ir donde tu tío. —Me estaba dando hasta pena el mal rato que estaba pasando y lo incómodo que se le veía.

—Sara, no le hagas esperar más. Enséñaselo, por favor —le pedí.

La pequeña cogió la tarjeta que tenía preparada para cuando llegara, de encima de la mesa, y se la entregó sonriendo. Cuando Dorian la reconoció, sabiendo perfectamente lo que ponía dentro, su mirada se volvió aún más triste.

—Sara, sé que esto es lo que más deseabas. Pero, sintiéndolo mucho, no creo que esto se cumpla… ni este año ni nunca.

—No te enteras de nada, papá —dijo Sara soltando una carcajada.

—No sé a qué te refieres, hija —respondió él frunciendo el ceño.

—Pues que lo que pone en la tarjeta ya se ha cumplido. Bueno, no del todo, porque falta muy poquito para que pueda conocer a mi hermano o

hermana. Es un poco tímido y, de momento, no nos ha dejado saber qué es. Yo creo que estaba esperando a que viniera su papá para hacerlo.

Cuando Dorian comprendió lo que le estaba diciendo su hija, levantó la cabeza de golpe para mirarme a la cara y, con la mirada, preguntarme si era verdad. Asentí con la cabeza, sonriendo. La reacción que tuvo nos dejó a las dos pasmadas: se dejó caer de rodillas a mis pies y, con las manos en la cara, empezó a llorar mientras repetía una y otra vez lo mismo.

—Lo siento, lo siento, lo siento… Perdóname, por favor.

Sara y yo, al verlo así, nos arrodillamos a su lado y lo abrazamos, cada una por un lado. No sé el tiempo que estuvimos así, hasta que, al darse cuenta de que no era la mejor posición para mí, se levantó y nos ayudó a incorporarnos.

—Sara, ¿puedes ir a decirles al tío y a la abuela que he llegado? —le pidió Dorian a su hija.

—¿Qué os deje solos, dices? ¿No? —le dijo ella riéndose.

—Sí, por favor —contestó él, devolviéndole la sonrisa.

Sara se marchó corriendo y, antes de salir por la puerta, nos lanzó un beso con la mano, haciéndonos reír. Dorian hizo el amago de hablar, pero le paré con la mano, pidiéndole que me dejara hablar primero.

—Lo primero que quiero que sepas es que no he querido ocultártelo para siempre. Después de lo que pasó, y de lo mal que acabaron las cosas entre nosotros, no sabía cómo decírtelo. Tenía miedo de tu reacción. Así que, cuando lo supe, decidí esperar… pero el tiempo fue pasando y cada vez se me hacía más difícil hacerlo. Lo siento.

—Dios mío, Noelia… El que lo siente soy yo. Por mi idiotez casi me quedo sin conocer al bebé. ¿Puedo conocerle, verdad? —me preguntó con miedo, temiendo que mi respuesta fuera negativa—. Y entiendo perfectamente que no quisieras decírmelo. Soy un gilipollas que se equivocó en todo.

—Claro que podrás conocerlo. También quiero decirte que no quiero que te sientas en la obligación de ejercer de padre del bebé si no quieres. Sé que la situación no es la mejor y… —No me dejó terminar de hablar.

—¿Cómo no voy a querer ejercer de padre? Por supuesto que sí. Lo primero que he pensado nada más verte es que ojalá ese niño fuera mío, pero que, por mi estupidez, había perdido la oportunidad de que así fuera. Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo, Noelia. Muchas gracias. —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y yo se las limpié con las manos, que él me agarró para besarlas.

—No llores más. Como me dijo tu hija ayer, el tiempo pone las cosas en su sitio. Y creo que tiene razón; poco a poco todo se arreglará.

—Eso espero. Yo pondré todo de mi parte para que así sea. —Sus palabras sonaron como una promesa, una que me dio esperanza de que algún día volviéramos a estar juntos.

Capítulo 30



Llegaron todos a saludarle porque Sara se pasó por todas las casas anunciando que su padre había llegado. No pudimos hablar nada más, pero con la mirada nos dijimos que más tarde lo haríamos.

—Hermano, ¿no te has desmayado? —le preguntó Tito riendo, mientras señalaba mi barriga.

—Poco me ha faltado, la verdad… sobre todo antes de saber que era mío —le contestó Dorian, riendo también.

—Enhorabuena, futuro papá. Vais a tener un bebé guapísimo.

—¿Le has visto?

—Sí. Leire y yo hemos acompañado a Noelia a todas las revisiones. En la primera ecografía creo que lloré yo más que ellas.

—Gracias por cuidar de ellos, hermano. Eso era algo que tenía que haber hecho yo, pero… —Tito no le dejó terminar; ninguno queríamos que siguiera castigándose por sus errores.

—Solo lo he hecho hasta que abrieras los ojos. A partir de ahora son todos tuyos. Además, me ha venido bien saber lo que me espera; así, el día que me toque acompañar a Leire a la consulta de la ginecóloga, no me pillará de nuevas.

Uno a uno fueron felicitándole, y él les agradeció —igual que había hecho con su hermano— que hubieran estado a mi lado y me hubieran cuidado en su ausencia.

Miré a Sara, que se había sentado en la mesa y estaba muy concentrada escribiendo algo mientras los demás hablábamos. Que estuviera tan callada solo podía significar una cosa: estaba tramando algo. Le di un codazo a Dorian para que la mirara; al verla, frunció el ceño, pensando lo mismo que yo. Nos acercamos hasta ella, seguidos por los demás, que ya la conocían y sabían que lo que dijera a continuación seguramente nos dejaría a todos pasmados, como casi siempre que hablaba.

—¿Sara? ¿Qué estás escribiendo tan concentrada? —le preguntó Dorian.

—Esto es la lista de los posibles nombres para el bebé —dijo, señalando una cartulina verde—. He puesto unos cuantos y después iré descartando hasta quedarme con los dos que más me gusten. Y esto otro es la carta para Papá Noel —añadió, señalando otra cartulina, esta de color amarillo.

—¿Tú vas a elegir el nombre del bebé? —le preguntó su padre, mirándome a mí.

—Sí. Noelia me ha dicho que, como hermana mayor, tengo ese privilegio. Elegiré uno de cada hasta que sepamos lo que es. Pero ya le he dicho a ella que el otro lo guardaré para el próximo que venga.

—¿El próximo? —preguntó Dorian, alucinado.

—Claro. Sé que Noelia y tú dentro de poco volveréis a estar juntos y deberéis tener más hijos. Tenemos que ser una familia muy grande. —La carcajada que soltó Tito al oírla seguramente se oyó en todo el complejo. Se acercó a su hermano y, dándole una palmada en la espalda, añadió sin parar de reír:

—Macho, ya puedes ponerte las pilas; la pequeña sabionda te ha organizado el futuro.

—Pues ojalá ese futuro se cumpla. Nada me haría más feliz —le contestó Dorian mirándome, lo que me hizo sonrojarme.

—¿Y en la otra tarjeta? ¿Qué regalos has pedido? —le preguntó Patricia.

Todos aguantamos la respiración, porque después de lo que acababa de decir, a saber qué le había pedido a Papá Noel. Miedo nos daba escucharla.

—La lista es corta todavía; aquí no hay ninguno para mí. Son todos para el bebé. Como él será pequeño para escribir, yo pediré por él. —Ese gesto nos enterneció a todos, hasta que nos leyó la lista y se nos borró la sonrisa de golpe—. Le he pedido un trineo personalizado como el mío, un traje para la nieve y un mandil pequeño para cuando esté en la cocina horneando galletas con nosotras.

La mirada de horror que puso Dorian al oírla hizo que los demás apretáramos los labios para no reírnos.

—Sara… el bebé este año será muy pequeño para montar en trineo. Creo que deberías cambiar los regalos y dejar ese para más adelante —le dijo Dorian, rogando que le hiciera caso.

—Quédate tranquilo, papá. He estado investigando con el móvil del tío por internet y he encontrado unos trineos especiales para bebés que son muy seguros. —A Dorian hasta sudores le estaban entrando.

—Ni se te vuelva a ocurrir dejarle el móvil, o voy a morir de un infarto pronto —le dijo Dorian entre dientes a su hermano, que no dejaba de reírse.

—Bueno, tú apunta todo lo que quieras, y ya veremos ese día lo que deja Papá Noel bajo el árbol. Ya sabes que no siempre puede traer todo lo que pedimos —le dije yo, más para tranquilizar a su padre que para convencerla a ella. Dorian, al oírme, me miró y me dio las gracias solo moviendo los labios para que no le oyera.

—Así lo haré, pero estoy segura de que el trineo se lo traerá. Si va a vivir en un sitio donde hay nieve todo el año, tiene que espabilarse pronto. —

Dorian soltó un bufido y yo una risita. Sara era una niña lista, y en lo que decía tenía parte de razón.

—Bueno, creo que por hoy ya has escrito bastante. Lo mejor será dejarlo para otro día. Se acerca la hora de cenar y seguro que ya tenemos la mesa preparada en el restaurante. Así que recoge todo y lávate las manos, princesa.

No hizo falta repetirlo dos veces. Sara era una niña muy obediente y siempre hacía caso a la primera.

—Dorian, ¿quieres sacar tus cosas del coche antes de irnos o lo harás después? —le pregunté.

—Las traigo ahora mismo. Tampoco he traído mucho, solo una maleta y una bolsa con unos regalos que me llevaré a la cena para dároslos a todos.

La cena fue estupenda. Sara le contó a su padre, con todo lujo de detalles, lo que había hecho aquella semana, y los demás le pusimos al día de lo que había pasado durante los meses en los que no tuvimos contacto con él. El tema de Jessica no se tocó; todos pensamos lo mismo: no era el momento ni el lugar.

Dorian repartió los regalos que nos había traído a todos. Para las mujeres, unas pulseras de plata preciosas, aunque la mía era un poco diferente: llevaba colgados varios *charms* —un muñeco de nieve, un trineo y un árbol de Navidad—. Me dijo que ya me iría comprando más, pero que el siguiente sería un chupete. A los hombres les regaló unos bolígrafos elegantes, cada uno con su nombre grabado. Y a Sara, un colgante también de plata con un trineo naranja, igual que el suyo.

Después de los regalos, Leire le preguntó a Sara por los nombres que tenía apuntados para el bebé, y ella nos contó que había puesto tres de cada. También dijo que tenía una idea que proponernos. Nos miramos con cierto miedo, y ella se echó a reír.

—Miedo me dan tus ideas, hija. No sé si quiero saberla —le dijo su padre, riéndose, aunque con un toque de precaución al acordarse del tema del trineo.

—Tranquilo, papá. Es una buena idea, ya verás. Os diré los tres nombres que me gustan de cada tipo, y en estos papeles —dijo, repartiéndonos dos papelitos a cada uno— ponéis cuál os gusta más. Creo que es justo que el nombre se elija por votación entre todos. Así, cuando sea mayor, tendrá algo divertido que contar sobre cómo se eligió su nombre.

Su padre soltó el aire que estaba conteniendo y todos reímos.

—Me parece una idea maravillosa, Sara —le dije, acariciándole el pelo.

—Vale, pues estad atentos. Cada nombre que he elegido está relacionado con algo de la Navidad, como el de Noelia. Cuando salga el elegido, os diré qué significa.

—Espero que no sean Melchor, Gaspar y Baltasar —bromeó Tito riendo, mientras Dorian y yo le mirábamos con horror. No porque fueran nombres feos, sino porque…

—Pues lo pensé al principio, pero no me gustaban mucho. He encontrado unos mucho más bonitos —respondió Sara, y su padre y yo respiramos aliviados.

—Menos mal —dijo María—. Seguro que los que has elegido nos encantan. Venga, dínoslos ya, que nos morimos de curiosidad.

Los demás asentimos, dándole la razón.

—Si es niño, los elegidos son Ángel, Noel y Gabriel —dijo Sara, y todos asentimos sonriendo, porque eran preciosos—. Y si es niña, Belén, Estrella y Natalia. Venga, ahora a votar, que estoy ansiosa por saber cuáles salen.

Todos escribimos en los papeles nuestros favoritos y se los fuimos pasando. Sara los fue colocando en dos montones. Todos los nombres eran tan bonitos que, saliera el que saliera, yo estaría encantada.

Cinco minutos después, Sara empezó a apuntar en una hoja una equis junto a cada nombre, para después hacer el recuento. Cuando terminó, nos miró con una enorme sonrisa.

—Ya lo tengo. Si es niño, se llamará Noel, que, al igual que el nombre de su madre, significa Navidad. Y si es niña, Estrella, que es la que guía a los Reyes Magos. ¿Os gustan? —nos preguntó a su padre y a mí.

—Creo que hablo en nombre de los dos —dijo Dorian, mirándome para asegurarse de que estaba de acuerdo. Yo asentí—, no podías haber elegido unos nombres mejores. Son preciosos los dos.

—Pues listo. Ahora solo falta que nos deje ver qué es, para saber con cuál se queda. Creo que en la próxima visita al médico tengo que ir contigo, Noelia. Seguro que estaba esperando a que papá y yo estuviéramos aquí para decírnoslo.

—Entonces tendrás que esperar poco, porque tengo cita en dos días —le respondí riendo.

—¿Iremos con ella, verdad, papá?

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo —contestó Dorian, mirándome con los ojos brillantes de felicidad.

—De momento, lo que vamos a hacer es irnos a la cama —dijo Pili, que ya me había visto bostezar dos veces—. Es tarde, y creo que todos estamos cansados.

Nos levantamos de la mesa con los regalos en la mano y nos dirigimos a la salida. Dorian y yo acompañamos a Sara a su cama para darle un beso de buenas noches. Antes de que saliéramos de la habitación, ya estaba dormida; las emociones del día la habían agotado.

—Te iba a pedir que habláramos, pero te he visto bostezar varias veces. Mejor lo dejamos para mañana. Buenas noches, Noelia —me dijo Dorian, dándome un beso en la mejilla.

—Sí, estoy muy cansada. Buenas noches, Dorian —le dije, dejando un suave beso en sus labios. Me di la vuelta para meterme en mi habitación, pero, antes de cerrar la puerta, vi que seguía allí, en el pasillo, sonriéndome.

Capítulo 31



El olor a café recién hecho me despertó. Era una de las cosas que más echaba de menos desde que estaba embarazada: poder empezar el día con una buena taza, sentada en la mesa de la cocina, mientras contemplaba la calma que había al amanecer en el complejo.

Arrastrando los pies, seguí el delicioso aroma que me llevó hasta la cocina, donde Dorian estaba sentado a la mesa.

—Buenos días —le dije, bostezando, casi sin poder abrir los ojos del sueño.

—Noelia, ¿dónde vas tan pronto, mujer? Quédate un rato más en la cama, estás que te caes de sueño. —Se levantó rápido y me tomó de la cintura para ayudarme a sentarme en la silla junto a la suya.

—El bebé se despierta todos los días muy temprano y no me deja dormir más. Creo que se levanta con hambre y no para de dar patadas hasta que como algo dulce.

Se quedó mirando mi barriga y alargó la mano para tocarla, pero en el último momento se lo pensó mejor y la retiró, seguramente por miedo a molestarme.

Me levanté el pijama hasta la altura del pecho, dejando la barriga al descubierto, y tomé sus manos para posarlas encima, para que notara los movimientos del bebé.

—Es increíble… se mueve muchísimo —dijo emocionado—. Sí que debe tener hambre, porque pega unas patadas que ni los futbolistas.

—Necesito comer algo ya, o no parará —le dije riéndome.

—No te muevas, yo te traigo lo que quieras —dijo, levantándose de un salto—. ¿Voy a la salita a por algo? —preguntó nervioso, deseando complacerme cuanto antes.

—No hace falta. En ese armario —dije señalando el que estaba frente a nosotros— tengo varias cajas con galletas y magdalenas.

Sacó todas las cajas para que eligiera y me calentó un vaso de leche. Era adorable verle cuidarme así.

—Noelia… la niña tardará un rato en levantarse. ¿Te parece un buen momento para que hablemos? —Se le notaba ansioso; llevaba esperando esa conversación desde el día anterior. Asentí con la cabeza.

—Necesito pedirte perdón por todo. Los remordimientos que tengo dentro me están matando. No entiendo cómo pude ser tan imbécil de hacer daño a la mujer que amo. —Que dijera que me amaba en presente y no en pasado me encendió el corazón.

—Todos cometemos errores, Dorian —le dije, cogiéndole de la mano.

—¿Crees que algún día podrás perdonarme y darme otra oportunidad? No puedo prometerte que no me equivocaré, porque seguramente lo haré mil veces. Pero lo que sí te prometo es que no volveré a hacerte daño… y que te amaré hasta el fin de mis días.

¿Quién podría resistirse a semejantes palabras? Y más, viniendo del hombre al que amas.

No le contesté con palabras; un gesto valdría más. Me levanté, acerqué mi cuerpo al suyo y, cogiéndole la cara entre las manos, junté nuestros labios en un beso. Al principio se quedó paralizado, pero un segundo después respondió con pasión y ternura, demostrándome cuánto me quería.

—Te amo —le susurré cuando nos separamos para coger aire tras aquel beso maravilloso.

—Yo sí que te amo… no te haces idea de cuánto —me dijo con lágrimas en los ojos, antes de volver a besarme.

—Pues sí que os habéis dado prisa para volver a estar juntos —dijo una voz divertida detrás de nosotros.

Sara nos había pillado, y su risa nos hizo separarnos de golpe.

—Habrá que preparar una fiesta para celebrarlo —añadió muy seria—. Lo hablaré más tarde con el tío y los demás para organizarlo.

Dorian y yo nos miramos y soltamos una carcajada. Aquella niña tenía las ideas tan claras que, cuando decidía algo, no había quien la hiciera cambiar de opinión. Así que más nos valía hacernos a la idea de que, en breve, habría una fiesta.

—¿Dónde vas tan temprano, señorita? Apenas ha salido el sol —le preguntó Dorian, cogiéndola en brazos y sentándola sobre la encimera de la cocina.

—Hoy Patricia ha organizado una actividad en la piscina a las once de la mañana. Si quiero participar, tengo que desayunar temprano para darle tiempo suficiente a mi cuerpo a hacer la digestión. —Dorian me miró alucinado por las palabras de Sara, y yo simplemente me encogí de hombros.

—Venga, duendecillo, vamos a preparar un buen desayuno para que tengas mucha energía para esa actividad —le dije dándole un beso en la mejilla y agarrándola de la mano para que bajara al suelo.

—Papá, si Noelia y tú ya volvéis a quereros… eso significa que vamos a quedarnos aquí todo el verano, ¿no?

—Tu padre y yo nunca dejamos de querernos, solo estuvimos separados por las circunstancias —le aclaré, y Dorian asintió dándome la razón.

—Todavía no hemos hablado de muchas cosas que tenemos pendientes, pero, si todo va como espero, no tendremos que separarnos nunca más —le dijo Dorian a su hija con total seguridad.

—Pues hablad pronto y comunicadme vuestra decisión; necesito saber qué va a pasar para hacer mis planes.

—¿Pero tú la estás oyendo? —me preguntó Dorian, alucinado por la madurez de Sara, que hablaba como una adulta.

—La oigo, vaya si la oigo —le contesté riéndome—. No te preocupes, Sara; en cuanto sepamos qué vamos a hacer, serás la primera en saberlo.

Ella asintió conforme.

Cuando terminamos de desayunar, Sara se vistió a toda prisa y nos dijo que se iba a buscar a Patricia para ayudarla a preparar la actividad.

Dorian y yo nos sentamos en el sofá para hablar tranquilos. Como había dicho Sara, teníamos que decidir qué hacer con nuestra situación.

—Como le he dicho a mi hija, no quiero que estemos separados nunca más. Pero me gustaría saber qué quieres tú —me dijo Dorian, tomándome de la mano.

—Yo tampoco quiero que nos separemos, Dorian. Si tengo que irme con vosotros a Bilbao, lo haré. Buscaré a alguien que lleve las cuentas del complejo y contrataré una repostera.

—Creo que eso no es lo que ninguno queremos. Este es tu sueño, Noelia, y no quiero que lo dejes por nosotros. —Abrí la boca para rebatirle, pero no me dejó: me la tapó con un beso rápido antes de seguir hablando—. Tú eres feliz aquí; Sara también. Nunca la he visto tan feliz como cuando corre libremente por el complejo. Y yo… yo he pasado los mejores días de mi vida aquí contigo. Creo que lo mejor es vivir en un sitio que nos hace felices a los tres.

—¿Estás seguro? Tu trabajo, tu casa, el colegio de Sara… y Jessica están allí.

—Segurísimo. Por mi trabajo no hay problema: puedo hacerlo desde aquí, igual que mi hermano. En el pueblo hay colegio, así que esa parte también está solucionada. Mi casa tenía pensado venderla incluso antes de venir. Si algún día tenemos que ir a Bilbao, podemos quedarnos en casa de mi madre.

—¿Y Jessica?

—Ese tema está zanjado. La separación está en marcha. No quiero volver a verla nunca más. Además, ella nunca ha querido a Sara, así que incluso estará aliviada de no tener que ocuparse de ella. —Esas últimas palabras las dijo con dolor. ¿Cómo podía alguien no querer a Sara? Y más siendo su propia madre. Pero yo, mejor que nadie, sabía lo que era eso, porque pasé por lo mismo con la mía.

—¿No vais a tener la custodia compartida? —le pregunté con miedo.

—Ni loco dejo a mi hija con ella. Después de todo lo que le ha hecho, no quiero que se acerque a Sara nunca más. Es una persona que solo vive para sí misma, sus fiestas y el alcohol… con el que tiene un problema grave que no quiere reconocer. —Recordé su aspecto en Navidad, la peste a alcohol aquella mañana en su casa… y comprendí que Dorian tenía razón.

—Lo siento por ella, porque se va a perder la vida de una niña maravillosa.

—Ella lo ha elegido así. Le di todas las oportunidades del mundo —incluso sin merecerlas— para que fuéramos una familia. Y casi te pierdo por ello —dijo lamentándose.

Siempre supe que el mayor deseo de Dorian era tener una gran familia unida y feliz. Por eso hizo lo que hizo, y no podía reprochárselo por intentarlo. Lo que sí podía hacer era estar a su lado para que lo cumpliera.

—Quiero pedirte algo antes de aceptar que vengáis a vivir aquí.

—Lo que quieras. Cualquier cosa que me pidas, la haré. Ni puedo ni quiero vivir una vida donde tú no estés.

—¿Quieres cumplir tu mayor deseo de tener una gran familia… conmigo? —Al oír mis palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas de emoción.

—Sí, quiero. Quiero que seas mi mujer, mi amiga, mi amante, y quiero formar esa familia contigo… aunque ya tenemos bastante adelantado —dijo tocando mi vientre y haciéndome reír—. Te amo más que a mi propia vida, Noelia.

—¿Tenemos un trato? —le dije, extendiendo mi mano para sellar el mejor acuerdo de nuestras vidas.

—Lo tenemos, pero no pienso cerrarlo con un apretón de manos. —mientras lo decía, me cogió en brazos, haciéndome chillar del susto—. Guarda tus gritos para dentro de un rato, porque vas a chillar… y mucho. Voy a cerrar nuestro trato de la mejor manera: haciéndote el amor en nuestra cama.

Ya no hubo más palabras entre nosotros. En aquella cama solo hubo besos, miradas cargadas de amor y gemidos compartidos, demostrándonos cuánto nos habíamos echado de menos y todo el amor que sentíamos el uno por el otro.

Capítulo 32



Estaba sentada en la sala de espera de la ginecóloga para la revisión que tenía programada aquel día. A mi lado, Dorian y Sara no dejaban de mover las piernas: los dos estaban tan nerviosos que parecían contagiar el temblor al banco metálico donde estábamos sentados.

Mientras esperábamos, mis pensamientos volaron dos días atrás, al momento en que le habíamos contado a Sara nuestros planes de futuro: que ellos se vendrían a vivir al complejo conmigo.

La encontramos en la piscina, cumpliendo lo prometido de que sería la primera en saber nuestra decisión. El sol caía sobre el agua haciendo brillar su superficie como si estuviera salpicada de estrellas. Al vernos, Sara salió del agua corriendo, chorreando y sonriente, con los ojos brillantes de curiosidad.

—¿Habéis venido a verme participar en la actividad? —preguntó divertida. Los dos asentimos—. Pues sentaos un rato, que todavía falta media hora para que empiece. Aunque ya me he metido al agua para ir practicando —añadió, haciéndonos reír.

—Sara —le dijo su padre con tono serio—, ya hemos decidido lo que vamos a hacer a partir de ahora. Como te habíamos prometido, queremos que seas la primera en saberlo. Queremos conocer tu opinión y saber si estás de acuerdo.

Ella se acercó despacio, con una mezcla de expectación y miedo en la mirada. Sabía que algo importante iba a cambiar.

—Papá y yo creemos que lo mejor para todos es que os vengáis a vivir aquí. Tendrás que cambiar de cole e ir al que está en el pueblo. ¿Qué te parece? —pregunté conteniendo el aliento.

Sara se nos quedó mirando muy seria, tan quieta que hasta los bañistas que estaban cerca giraron la cabeza para observarla. Dorian y yo intercambiamos una mirada nerviosa: ni una palabra, ni un gesto

Pasaron unos segundos que se nos hicieron eternos… hasta que, de pronto, rompió el silencio con un grito que hizo eco en todo el complejo.

—¡¡¡Sí, sí, sí!!! ¡¡¡Voy a vivir aquí!!! —chilló a pleno pulmón antes de echar a correr y lanzarse a la piscina con un salto bomba que levantó una ola enorme.

—Creo que está de acuerdo —dijo su padre riéndose. Yo, sin poder parar de reír tampoco, asentí.

—¿Noelia? —me llamó la doctora Ruiz, devolviéndome al presente.

—Buenos días, doctora —la saludé, estrechándole la mano.

—Pasad. —Nos indicó con una sonrisa amable—. Veo que hoy vienes muy bien acompañada. ¿Quién es esta niña tan guapa? —preguntó guiñándome un ojo. Sabía parte de mi historia, así que estaba segura de que intuía quién me acompañaba.

—Soy Sara, la hermana mayor del bebé… y él es nuestro padre, y futuro marido de Noelia —soltó sin dudar. Toma ya. Más claro, imposible.

—Ya me habían hablado de ti —le respondió la doctora, acariciándole la mejilla—. Estoy segura de que serás una hermana mayor estupenda. —Luego se volvió hacia él—. Y tú debes de ser el famoso papá, ¿verdad? Soy la doctora Ruiz —dijo tendiéndole la mano. Él se la estrechó, dándole las gracias por cuidarme.

—¿Podemos ver ya al bebé? Hoy va a dejar de ser tímido y nos va a decir lo que es —dijo Sara impaciente, con los ojos muy abiertos.

—Vamos a verle —le contestó la doctora sonriendo—. Estoy segura de que no se ha dejado ver hasta ahora porque quería que tú estuvieras presente.

Me subí a la camilla con ayuda de Dorian, que seguía de los nervios. Le agarré de la mano y no la solté mientras la doctora preparaba todo. La habitación se llenó del sonido del aparato al encenderse, y el aire parecía contener la respiración con nosotros. Cuando la doctora deslizó el ecógrafo sobre mi vientre y esbozó una sonrisa, supe que aquel día saldríamos de allí con nombre.

—¿Teníais pensado algún nombre? —preguntó ella. Dorian y yo nos miramos, pero dejamos que fuera Sara quien respondiera.

—Si es niño se llamará Noel, y si es niña, Estrella. ¿Se ha dejado ver? ¿Qué es? —preguntó mordiéndose las uñas.

—Sara, te presento a tu hermano Noel —dijo la doctora con una sonrisa amplia, señalando la pantalla.

—Un niño… —susurró Dorian, volviéndose hacia mí—. ¿Estás contenta?

—Mucho —le respondí, dándole un beso suave en los labios.

—¡¡¡Un niño!!! Papá, le has hecho un niño esta vez. Un nombre menos en la lista; ya solo quedan cinco —exclamó Sara, feliz. Dorian resopló y yo estallé en carcajadas.

Cuando regresamos al complejo, Sara se encargó de pregonar a los cuatro vientos que su hermano sería un niño y que se llamaría Noel.

Como había prometido el día anterior, habló con todos los demás para organizar una fiesta. Al principio iba a ser para celebrar nuestra reconciliación, pero ahora se añadió un motivo más: ya sabíamos el sexo del bebé.

Esa noche cenamos todos juntos en el comedor. Después pasamos a la piscina, donde Patricia, con ayuda de los demás, había preparado una fiesta preciosa: guirnaldas blancas, globos en forma de corazón y farolillos flotando sobre el agua.

Bebimos, bailamos y reímos muchísimo, sobre todo con las ocurrencias de Sara. En una de tantas, retó a su tío Tito a ver cuántas galletas podía comerse en una hora. Ella aseguraba que no pasaría de cincuenta, y él juraba que superaría las sesenta.

Sobra decir que Tito se aplicó con entusiasmo: en toda mi vida no había visto a nadie disfrutar tanto cumpliendo un reto absurdo. Se comió setenta y dos galletas antes de que Leire le quitara el plato, entre aplausos y carcajadas.

Cuando Pili se enteró de que su hijo mayor y su nieta se vendrían a vivir al complejo, no lo dudó ni un segundo. Dijo que ya no pintaba nada en Bilbao si su familia estaría aquí. María la invitó a quedarse a vivir con ella, como habían hecho aquellos últimos días, y Pili aceptó encantada.

Una semana después de enterarnos de que nuestro hijo sería un niño, Dorian, Tito y Pili viajaron a Bilbao para poner la casa de Dorian en venta y empaquetar tanto sus cosas como las de Sara y su madre para la mudanza. Solo se traerían la ropa y algunos objetos personales a los que les tenían cariño. El resto —muebles y demás enseres— lo dejarían en la casa para que los nuevos dueños hicieran con ellos lo que quisieran.

Pili, por su parte, dejaría cerrada su casa por ahora, por si en algún momento alguno necesitaba quedarse allí. Decía que para venderla siempre había tiempo.

El abogado había llamado el día anterior para informarle de que Jessica estaba fuera de la ciudad y que la firma del divorcio se retrasaría unos días. Cuando le comunicaron a través de los abogados el acuerdo que Dorian había propuesto, ella aceptó sin poner ninguna objeción: renunciaría a la custodia de Sara y recibiría la mitad del dinero de la venta de la casa en el momento en que se efectuara.

Un mes después, estábamos todos en la salita disfrutando de una buena taza de chocolate a media tarde, cuando el teléfono de Dorian sonó. Al leer el mensaje que acababa de recibir, se quedó pálido. Le agarré la mano preocupada y le pregunté en voz baja:

—Dorian ¿qué ocurre?

—Dile a María que se lleve a Sara, por favor —me dijo apenas en un susurro.

Solo con oírle supe que algo grave había pasado y que no quería que la niña lo supiera. Me levanté despacio, intentando mantener la calma, y me acerqué a María para decirle lo que me había pedido Dorian. Ella no preguntó nada; con solo ver mi cara, comprendió lo mismo que yo.

—Sara, ¿me acompañas a la cocina de Noelia un momento? Tu tío se ha comido todas las galletas de coco y las de arándanos. Necesito dos manos más para traer las que dejamos allí enfriando.

—Claro, yo te ayudo. Mi tío es tan goloso que vamos a tener que prohibirle la entrada a la salita. Tarda menos en comérselas que nosotras en traerlas —le respondió entre risas.

Dos minutos después, las dos salieron de la mano por la puerta. Sabíamos que María, una vez allí, la entretendría con cualquier cosa para darnos tiempo a hablar sin que Sara estuviera presente.

—¿Dorian, qué ocurre? —le preguntó Tito, que no había quitado ojo de nosotros desde que el teléfono sonó.

Dorian le tendió el móvil para que leyera el mensaje. La cara de horror que puso su hermano bastó para confirmar que era algo muy malo.

—Hablad ya, por Dios. ¿Qué ha pasado? —pidió Pili con la voz temblorosa.

—Jessica ha tenido un accidente de coche. Mi abogado dice que triplicaba la tasa de alcoholemia permitida… Se estrelló contra un árbol.

—¿Está en el hospital? —preguntó Leire con un hilo de voz.

—No… está en el depósito. Falleció en el acto, cuando el coche chocó —dijo Dorian al fin, con la mirada perdida.

Después de esas palabras, nadie fue capaz de decir nada más. El silencio llenó la estancia, pesado y helado. Necesitábamos tiempo… para asimilar lo

que acabábamos de oír.

Capítulo 33



Dorian me pidió que estuviera con él para contarle a Sara lo que había pasado con su madre. Cuando volvió con María a la salita, todos los demás se marcharon, dejándonos a los tres solos.

—Sara, tengo que contarte algo. —La cogió en brazos y la sentó en sus rodillas, mientras yo me acomodaba a su lado—. Mamá ha tenido un accidente con el coche, y ya no volveremos a verla, cariño. Ahora está en el cielo.

—¿Se ha muerto? —le preguntó muy seria, con los ojos fijos en los de su padre.

—Sí, princesa.

—Creo que en el cielo estará mejor que aquí. Mamá no era feliz porque en la tierra no encontraba su sitio. Seguro que allí lo encuentra y estará más tranquila. —Nos quedamos mudos ante sus palabras. ¿Cómo podía una niña tan pequeña tener una comprensión tan grande de la vida?

—Mañana el tío, la abuela y yo iremos a Bilbao a despedirla en el cementerio. No creo que ese sea un sitio adecuado para ti, pero si quieres venir, te llevaré con nosotros.

—No me gusta ese lugar. Una vez fui con mamá a llevar flores a los abuelos y me dio mucho miedo.

—Entonces es mejor que te quedes aquí. ¿Qué te parece si le haces una tarjeta de esas tan bonitas que tú haces, y yo se la llevo con unas flores de tu parte?

—Yo te ayudaré a decorarla si quieres —le dije para animarla, aunque la verdad es que se la veía muy entera; no había soltado ni una lágrima.

—Sí, vamos a casa. Allí tengo todas mis cosas, y si nos falta algo, seguro que Patricia nos lo puede dejar. Siempre tiene de todo para preparar las pancartas de las actividades —dijo bajándose de las piernas de su padre antes de salir de la salita en dirección a nuestra casa.

—Gracias por quedarte —me dijo Dorian, dándome un beso.

—¿Estás bien? —le pregunté, abrazándole.

—Estoy bien, aunque no te voy a mentir: he sentido mucho su muerte. A pesar de que ya no sintiera nada por ella, fue una persona importante en mi vida. Era una mujer joven, con toda la vida por delante. Pese a los errores que cometió, no creo que se mereciera este final.

—Estoy de acuerdo contigo. No se lo merecía. Pero también creo que Sara tiene parte de razón en lo que ha dicho: Jessica estaba perdida, y no encontraba su sitio. Por eso se comportaba así.

—Sí, yo también lo creo. ¿Vamos? Seguro que Sara ya te está esperando para que la ayudes con la tarjeta —asentí, y los dos salimos caminando de la mano.

Esa misma noche, los tres viajaron a Bilbao para asistir al entierro de Jessica, que se celebraría al día siguiente. Dorian me avisó de que probablemente tendría que quedarse unos días allí para resolver todos los trámites. Como el divorcio no se había firmado aún, ahora él sería viudo, y todas las pertenencias y el dinero de Jessica pasarían a ser de Sara.

A la niña no se la veía demasiado afectada por la muerte de su madre. Habíamos hablado varias veces, y me confesó que no la echaba de menos: en los últimos años apenas la veía, y el trato que recibía de ella tampoco

ayudaba. Dice el refrán: «El perro y el niño, donde les dan cariño». Y qué gran verdad era.

Una semana tardó Dorian en volver. Me había avisado esa misma tarde de que llegaría a la hora de la cena. Le había echado muchísimo de menos; aunque hablábamos todos los días por teléfono, no era lo mismo. Necesitaba besarle, abrazarle… y dormir pegada a su cuerpo.

—Noelia, ya se ve el coche de papá por el camino —me avisó Sara desde el salón. Yo estaba en la cocina preparándome una infusión; llevaba todo el día revuelta y sentía una ligera molestia en la parte baja del vientre.

—Sal para recibirlo, cariño. Ahora voy yo, que tengo que apagar la tetera.

Los oí reírse en la puerta y cómo Dorian le preguntaba a Sara dónde estaba yo. Entraron en la cocina de la mano, sonriendo, y Dorian dio dos pasos hacia mí para abrazarme… pero no le dio tiempo. Rompí aguas en ese momento, empapando el suelo.

—Vaya recibimiento que le das a mi padre, Noelia. ¡Tantas ganas tenías de verlo que te has meado de la emoción! —dijo Sara riendo, sin imaginarse lo que en realidad estaba pasando.

—Creo que el que se ha emocionado con mi llegada ha sido Noel, que quiere salir hoy mismo para darme la bienvenida —bromeó Dorian, haciéndome reír… risa que se cortó de golpe cuando un fuerte dolor me atravesó el vientre, obligándome a doblarme por la mitad.

—¿Amor, estás bien? —preguntó Dorian preocupado, sujetándome por la cintura.

—¡Estoy de parto! ¿Tú crees que puedo estar bien? —le respondí apretando los dientes.

—¡¡¡Sara!!! —gritó Dorian a su hija—. Ve a buscar al tío y a los demás, diles que me llevo a Noelia a la consulta de la doctora Ruiz: ¡el bebé va a nacer!

Los ojos de Sara se abrieron como platos y, sin decir nada, echó a correr para cumplir la orden.

—Dorian, esto duele muchísimo. ¡Llévame ya! Creo que este viene con prisa… lo mismo nace en el coche. —Su cara se quedó blanca al oírme decirlo. Sin pensárselo, me cogió en brazos y salió corriendo hacia el coche aparcado en la puerta.

Por el camino mandé un mensaje a la doctora para avisarla de que íbamos de camino. Cuando Dorian detuvo el coche frente a la consulta, ya estaban esperándonos. Me metieron enseguida en una sala para explorarme.

—Noelia, ¿cuánto hace que tienes contracciones? —me preguntó la doctora mientras me exploraba con gesto concentrado. Dorian, al verle la cara, se puso pálido.

—Desde que me levanté esta mañana me he sentido un poco rara, pero dolores fuertes no he tenido hasta hace media hora… lo que hemos tardado en llegar aquí.

—¿Pasa algo, doctora? ¿Va todo bien? —preguntó Dorian, al borde del desmayo.

—Y tanto que va bien. Si os descuidáis, el crío nace en el coche. Tienes lo que llamamos un parto exprés: la dilatación ha ido tan rápido desde que rompiste aguas que ya está listo para nacer.

—¿Ya? Madre mía, este nos va a salir más impaciente que Sara. Que Dios nos coja confesados. —Su comentario nos hizo reír a todos, aunque la risa se me cortó de golpe cuando una contracción fortísima me atravesó el vientre.

—Ahora, Noelia… empuja —me pidió la doctora.

Dos empujones después, llegó al mundo nuestro impaciente Noel. Una copia exacta de su padre, con el mismo pelo rubio y la misma expresión tranquila que él tenía, igual que su hermana. La doctora lo colocó sobre mi pecho mientras Dorian, con las manos temblorosas, cortaba el cordón.

Después de asearnos a los dos, nos llevaron a una habitación. Dorian sostenía al bebé en brazos, dormido tan plácidamente que daba paz solo mirarlo. Afuera se oían pasos y murmullos cada vez más cerca.

—Ahí llega la tropa —le dije sonriendo.

—Verás las caras que ponen cuando vean que ya ha nacido —respondió él, guiñándome un ojo antes de darse la vuelta hacia la puerta.

—¡Noelia! ¿Estás bien? ¿Te ha dolido mucho? ¿Cuánto has dilatado? ¿Falta mucho para que nazca? —las preguntas se amontonaron sin darme tiempo a contestar. Solté una carcajada y todos se callaron de golpe.

—¿Te han drogado para que no sientas los dolores? ¿Por eso te ríes? —preguntó Tito, con su tono divertido habitual.

—Si en lugar de avasallarme a preguntas hubierais mirado a Dorian un segundo, tendríais todas vuestras respuestas —les dije divertida.

Como si estuvieran sincronizados, todos giraron la cabeza a la vez justo cuando Dorian se daba la vuelta, mostrando a nuestro hijo en brazos.

—¡¡¡La leche!!! ¡Si el crío ya ha nacido! —exclamó Tito, alucinado.

Sara se había quedado paralizada, sin saber qué hacer ni qué decir. Dorian, al darse cuenta, se arrodilló delante de ella y le dijo con ternura:

—Sara, te presento a Noel. Noel, te presento a tu hermana mayor, la mejor piloto de trineos del mundo y tu futura entrenadora.

Todos sonreímos ante la preciosa presentación entre los hermanos.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Sara con timidez.

—Claro, ven, súbete a la cama conmigo. Entre papá y yo te ayudaremos a sujetarlo.

Se subió deprisa y extendió las manos mientras Dorian le colocaba al bebé encima. Le expliqué cómo debía sujetar la cabecita, y lo hizo con la

delicadeza de quien sostiene un tesoro.

—Es precioso… se parece a papá y al tío Tito. Y también un poco a mí. —Sus ojos brillaban de emoción. Verlos juntos era una de esas imágenes que se graban para siempre.

Dorian se inclinó para darnos un beso a cada uno y me susurró al oído:

—Gracias por crear conmigo esta familia tan bonita. Te amo.

Antes de besarle, murmuré contra sus labios:

—Y yo a ti.

Dos días después nos marchábamos a casa. Noel estaba perfecto… y yo también.

Nada más bajar del coche, me emocioné como una tonta; las hormonas seguían haciendo de las suyas. En la puerta de casa estaban todos esperándonos, y en el centro, Sara sostenía una enorme pancarta que decía: «Bienvenidos a casa, mamá y pequeño duende.»

Dorian me rodeó la cintura mientras yo cargaba a nuestro hijo en brazos. Avanzamos despacio hacia ellos, rodeados de sonrisas, abrazos y risas, para agradecerles aquella bienvenida tan preciosa que jamás olvidaríamos.

Capítulo 34



Tres meses habían pasado desde que nuestro pequeño Noel nació. Era un niño buenísimo, que no daba nada de guerra; le encantaba estar con Sara y conmigo en la cocina cuando horneábamos galletas. Bastaba con ponerlo en la hamaquita y, entre el calorcito y el olor, se quedaba dormido como un bendito.

Nos habíamos metido de lleno otra vez en las navidades y andábamos todos como locos preparando cosas. El complejo estaba a rebosar de gente y seguía marchando fenomenal.

Dorian, como había dicho, trabajaba desde casa y pocas veces había tenido que viajar a Bilbao para resolver alguna cosa. Nuestra relación estaba mejor que nunca. Éramos una verdadera familia, como él siempre había querido.

En septiembre, Sara había empezado en el colegio del pueblo y estaba encantada. Decía que le gustaba mucho más que su cole anterior y que tenía muchos más amigos, a los que solía invitar algunos días al complejo para hacer carreras de trineos.

—¿Qué hacen mis bellas damas y mi hombrecito? —nos dijo Dorian entrando en la cocina. Solía hacer varios descansos al día para venir a vernos, ya fuera allí o donde estuviéramos.

—Mamá y yo estamos haciendo bastones de caramelo, y el duendecillo está dormido como siempre que está en la cocina.

Sí, habéis leído bien: Sara me llamaba mamá. Dos meses atrás nos había pedido permiso para hacerlo y su padre le contestó que me llamara como le saliera del corazón. Era algo que me hacía inmensamente feliz, porque aunque no la había parido, para mí era igual de hija que Noel.

—¿Te has tomado un descanso, amor? —le pregunté, dejando el caramelo a un lado para acercarme a él y besarle. Beso que me devolvió con las mismas ganas de siempre.

—Sí, tenía ganas de veros un rato. Por cierto, Sara, me he encontrado a Patricia de camino hacia aquí y me ha dicho que te recuerde que esta noche hay que colgar las tarjetas con los deseos en el árbol. Quería saber si ya tenías la tuya preparada.

—Hace más de un mes que la tengo escrita —dijo soltando una risita. Dorian y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco.

—Miedo me da saber qué has pedido este año. Aunque tengo que reconocer que se cumpliera el del año pasado, nos hizo muy felices a todos —dijo, acariciando la cabecita de Noel.

—Este año he cerrado la tarjeta para que nadie la pueda leer. El año que viene, por Navidad, veremos si se ha cumplido lo que voy a pedir o no —dijo en tono misterioso.

—Está bien, pues esperaremos un año para saberlo. ¿Habéis terminado ya con los bastones?

—Sí, solo nos falta recoger. Hay que dejarlos enfriar, y hasta la noche no los llevaremos a la salita.

—Pues venga, os ayudo y luego nos vamos a dar una vuelta por el pueblo. —Sara se puso supercontenta con la propuesta. Cada vez que bajábamos, se encontraba con alguno de sus amigos y se quedaba un rato jugando con ellos.

Dimos un paseo bastante largo recorriendo las calles del pueblo y comprando algunas cosas que nos hacían falta. Como se nos hizo tarde para regresar al complejo a comer, lo hicimos allí mismo. Siempre que comíamos

en el pueblo lo hacíamos en el mismo sitio: un pequeño restaurante, propiedad de un matrimonio encantador, que hacía una fabada asturiana para bailar de lo buena que estaba.

Al anochecer, como el año anterior, allí estábamos todos debajo del árbol, tarjeta en mano, para colgarlas. Tony y Rodri se encargaron, como la otra vez, de colocar la escalera e ir pasándose las tarjetas para atarlas en las ramas.

—Rodri, átala fuerte, no se la vaya a llevar el aire. Es muy importante que lo que pone dentro se cumpla —le dijo Sara.

—¿No tenéis miedo de lo que haya puesto esta vez? —preguntó Tito riéndose.

—Estamos cagados —le contestamos Dorian y yo a la vez, lo que hizo que Tito y los demás, que habían oído la conversación, soltaran una carcajada.

Después de una Nochebuena en la que lo pasamos estupendamente todos juntos en el comedor, disfrutando una vez más de las exquisiteces que María y Tony habían preparado, estuvimos bailando un rato en la discoteca. Pero, siendo Noel tan pequeño, nos fuimos pronto a casa. A Sara no le importó irse antes; dijo que así madrugaría más para ver los regalos.

—Ya están los dos dormidos —me dijo Dorian, metiéndose en la cama a mi lado.

—Son dos angelitos —le respondí, acurrucándome junto a él.

—Voy a darte el primer regalo de Navidad de este año, ahora que reina el silencio en la casa —me dijo guiñándome un ojo.

—Si me gusta, puede que te haga yo uno también —le respondí, coqueta.

—Entonces voy a poner todo mi empeño —contestó, antes de acercarse y besarme en el cuello.

Me desnudó entera antes de seguir y, una vez que me tuvo como quería, empezó a besarme el cuello, bajando por mi clavícula hasta que llegó a mis

pechos, con los que se dio un buen festín, haciéndome jadear y humedecerme por completo. Siguió besándome todo el cuerpo hasta que llegó a mi centro. Separó bien mis rodillas para meter su cabeza entre mis piernas y lamerme de una manera que me volvía loca, ayudándose con los dedos para darme el máximo placer. No me dio tregua ni un segundo, hasta que consiguió que un orgasmo bestial me hiciera chillar su nombre.

Necesité unos segundos para recuperarme. Me quise incorporar para darle el mismo placer que él me había dado a mí, pero no me dejó levantar.

—Mi regalo déjalo para mañana, aún no he terminado de darte el mío. Quiero que chilles mi nombre por lo menos dos veces más. —Mientras me decía eso, se fue introduciendo lentamente dentro de mí. Empezó con un ritmo lento, que fue aumentando a la vez que lo hacían mis jadeos.

Sí que cumplió con su regalo, y no dos veces más, sino tres. Fue una noche maravillosa, en la que nos amamos de todas las maneras posibles.

—¡Mamá, papá! ¡Levantaos, que Noel y yo ya estamos despiertos y hay que ir a por los regalos debajo del árbol!

—Oh, Dios mío… ¿Qué hora es? —preguntó Dorian, tapándose la cabeza con la sábana.

—Las ocho de la mañana —contesté riéndome—. Venga, levántate, dormilón, que tus hijos quieren sus regalos.

—Yo también quiero el mío —susurró al oído, rozándome la espalda con un gesto lleno de intención.

—Sara, vigila a Noel mientras papá y yo nos damos una ducha rápida —le dije, asomándome al pasillo para que me oyera.

—Vale, mamá, pero no tardéis.

Cuando la niña se alejó, me giré hacia Dorian con una sonrisa traviesa.

—Vamos a la ducha, que tengo un regalo preparado solo para ti.

—No hay nada como un buen incentivo para levantarme de la cama —bromeó, levantándose de un salto y cargándome el hombro para llevarme al baño mientras yo me reía. Allí dentro le di su primer regalo de Navidad arrodillándome ante él en la ducha.

Veinte minutos después, entrábamos los dos en la habitación de Noel, donde Sara le estaba contando un cuento sentada junto a la cuna.

—Vamos a desayunar, chicos, y después iremos a por los regalos —les dije a los dos, sacando a Noel de la cuna.

Media hora más tarde, los cuatro estábamos bajo el árbol, donde ya se encontraban casi todos los huéspedes y el resto de la familia.

Cuando le tocó el turno a Sara, le pedimos que abriera también los regalos de su hermano, ya que él todavía no podía hacerlo. Empezó por los suyos, con los que quedó más que encantada. El más grande, que era el de Noel y venía dentro de una caja enorme, lo dejó para el final. Dorian tuvo que ayudarla a desenvolverlo y sacarlo. Cuando por fin lo hicieron, nuestras caras eran para enmarcarlas… pero la de Sara era pura felicidad.

—¡Un trineo! ¡Le han traído un trineo para bebés! Y mirad qué bonito es: viene personalizado como el mío. ¡Tiene su nombre en los laterales! —gritaba Sara, emocionadísima. Había que reconocer que el trineo era precioso: verde fluorescente con el nombre en rojo.

—¿Quién ha sido el insensato al que se le ha ocurrido…? —Dorian no terminó la frase; la risilla de Tito lo delató.

—¡Tú! —le gritó Dorian a su hermano, mientras este echaba a correr y él le perseguía—. ¡Verás cuando te pille! ¿Cómo se te ocurre? —Los demás no podíamos dejar de reír, viendo el espectáculo que estaban montando.

—No sé a qué viene tanto drama. Papá es un exagerado. Debe creerse que vamos a lanzar a Noel desde la cima —dijo Sara encogiéndose de hombros —. De momento solo le pasearemos por la nieve, para que se vaya familiarizando con ella.

—Venga, mamá, vamos a montarle antes de que vuelva. Así, cuando vea lo bien que está ahí y que no hay ningún peligro, se le pasará el cabreo enseguida.

Montamos al pequeño Noel en su precioso trineo. Tenía razón Sara: iba perfectamente sujeto y calentito. Venía con un forro polar para que no se enfriara ni se mojara. Además, desde que lo tumbamos no dejó de sonreír, dejándonos claro que estaba la mar de a gusto.

—¡Papá, ven! ¡Mira qué contento está Noel! —le gritó Sara a su padre mientras caminaba tirando del trineo.

—¿Pero ya le habéis metido? —preguntó Dorian, llevándose las manos a la cabeza—. Noelia, ¿lo has mirado todo bien? ¿Está bien atado? A ver si en un bache se vuelca y tenemos un disgusto.

—Quédate tranquilo, Dorian. Tu hermano miró cientos y eligió el más seguro y cómodo del mercado. El niño no corre ningún riesgo, te lo aseguro —dijo Leire, consiguiendo tranquilizarle un poco.

—Vamos, acércate —le pedí cogiéndole de la mano—. Comprueba por ti mismo lo bien que está.

Nos acercamos hasta donde Sara paseaba feliz con el trineo, y cuando Dorian se agachó junto al pequeño para comprobar cómo estaba, Noel le miró y soltó un gorgorito que nos hizo reír a todos.

—¿Ves, papá? Está superfeliz.

—Ya lo veo, ya. Él está encantado y a mí me han salido cinco canas más del susto —murmuró.

—Venga, hermano, vamos a tomar un chocolate para que se te pase el disgusto —dijo Tito, echándole un brazo por los hombros sin dejar de reír.

Capítulo 35



El llanto de Noel me despertó. Lloraba pocas veces, solo cuando tenía hambre, y ese era uno de esos momentos.

—¿Dónde vas, amor? —me preguntó Dorian con voz somnolienta al notar que me levantaba de la cama.

—Tu hijo quiere desayunar. Voy rápido antes de que su llanto despierte a Sara —le contesté, dándole un suave beso en los labios.

—Voy al baño y en unos minutos me reúno con vosotros —dijo devolviéndome el beso.

No había terminado de darle el biberón a Noel cuando Dorian apareció en la cocina preparando el desayuno para todos. En ese momento, una adormilada Sara entró arrastrando los pies.

—¿Princesa, dónde vas tan temprano? Anoche te acostaste tardísimo por la fiesta de Nochevieja. Deberías volver a la cama y dormir un poco más, tú que puedes —le dije, dándole un beso en la mejilla cuando se acercó para acariciar a su hermano, como hacía cada mañana.

—Tengo cosas que hacer con el tío Tito —contestó bostezando, mientras cogía una galleta del plato que su padre había dejado sobre la mesa.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —pregunté, fingiendo alarma—. Mira que tú y tu tío me dais miedo. Cuando os juntáis, sois un peligro.

—Tranquila, son cosas buenas. Nada que implique que el tío asalte tu cocina y te deje sin dulces —dijo soltando una risita.

—Desde luego, eso ya me deja más tranquila —dije, levantando una ceja. Dorian, al verme, soltó una carcajada.

Una hora después, Sara se despedía de nosotros, saliendo a la carrera por la puerta. Su padre y yo aprovechamos que Noel se había vuelto a dormir para regresar a la cama y perdernos entre las sábanas. No había mejor manera de empezar el año que entre los brazos del hombre que amas.

Antes de comer, Dorian se fue a buscar a Sara. Llevaba toda la mañana fuera con su tío, haciendo vete tú a saber qué; esos dos juntos siempre estaban tramando algo. A veces Tito parecía más niño que ella.

—¡Mamá! ¿Estás aquí? —Oí que me llamaba Sara desde la puerta de casa.

—En la habitación de tu hermano —respondí—. Estoy terminando de vestirlo para irnos a comer. ¿Has visto a tu padre? Fue a buscarte hace un rato.

—Sí, se quedó hablando con el tío. ¿Has terminado ya con Noel? Quiero que vengas a ver una cosa.

—Sí, dame un minuto, solo nos faltan los abrigos —le dije, mientras le ponía el buzo al niño.

Salimos a la calle y, dos minutos después, nos encontramos con Patricia y Leire, que venían en nuestra dirección.

—¿Dónde vais, chicas? —pregunté.

—Mateo y Tito nos han mandado un mensaje para que vayamos a las pistas de los trineos. Querían que viéramos algo —contestó Leire.

—Allí es donde tenemos que ir, mamá. Todas tenéis que ver lo mismo —añadió Sara con aire misterioso.

—Tito lleva desde ayer de lo más raro. Seguro que está tramando algo —dije.

—Ha estado toda la mañana con Sara, así que puedes esperarte cualquier cosa —añadió Leire, sonriendo.

—Mateo se levantó casi al alba, tenía que resolver unas cosas en el ayuntamiento. No sé si llegará a comer —comentó Patricia, un poco disgustada por no poder compartir la primera comida del año con su pareja.

—Vamos, pesadas, menos charla y caminad más deprisa, que se nos va a hacer de noche. —Nos apremió Sara, tirando de nosotras de la mano.

—¿Nos ha llamado pesadas? —Jadeó Leire.

—Eso parece —contestó Patricia, riendo.

Cuando llegamos a la explanada donde terminaban las pistas de los trineos, Sara nos pidió que nos colocáramos juntas y que estuviéramos atentas. Luego, echó a correr hacia el almacén donde guardaban los trineos. Nos miramos las tres, desconcertadas, hasta que vimos aparecer a los tres hombres de nuestras vidas detrás de nosotras. Se acercaron en silencio y nos rodearon por la espalda, cogiéndonos suavemente de la cintura. Solo la voz de Dorian rompió el silencio que nos envolvía.

—¡Sara, ahora! —gritó con emoción.

Segundos después, la explanada blanca se iluminó con cientos de luces de colores, formando una frase que nos dejó sin aliento:

¿QUERÉIS CASAROS CON NOSOTROS?

Las tres, como si lo hubiéramos ensayado, nos llevamos las manos a la boca y rompimos a llorar de la emoción. Al darnos la vuelta, allí estaban nuestros tres hombres, arrodillados, cada uno con una cajita abierta en la mano y una sonrisa nerviosa.

Me abalancé sobre Dorian, igual que mis amigas hicieron con sus parejas, y le dije entre sollozos:

—Sí, quiero.

—Te amo, Noelia —me susurró, besándome por toda la cara—. Te amé desde el primer momento en que te vi. Y dedicaré el resto de mi vida a hacerte feliz.

—Yo también te amo, con todo mi corazón. Tú y nuestros hijos sois mi vida.

Nos levantamos los seis del suelo, ellos con una sonrisa preciosa en el rostro y nosotras ya luciendo los anillos en los dedos, con la misma expresión de felicidad. Al levantar la mirada, allí, un poco apartados, estaban todos los huéspedes del complejo, los empleados, María, Pili y, por supuesto, Sara. Aplaudían y silbaban celebrando los tres «sí, quiero».

Sara, que no pudo aguantar más la espera, se acercó corriendo hacia nosotros y se lanzó a nuestros brazos para felicitarnos.

—¿Estas son las cosas tan importantes que has estado haciendo con tu tío toda la mañana? —le pregunté haciéndole cosquillas.

—Sí, tenía que ser un secreto. Llevamos planeándolo muchos días entre todos. Nos costó colocar todas las luces, pero al final el tío, Mateo y yo hicimos un buen trabajo.

—Un trabajo excelente, cariño. Muchas gracias por ayudarles tanto —le dije, dándole un abrazo.

—¿Celebraréis aquí las bodas? Porque no creo que haya un lugar mejor.

—Sí —contestamos Leire, Patricia y yo a la vez.

Tres meses habían pasado desde aquella pedida conjunta, tan original como emotiva. Y, como no podía ser de otra manera, la boda fue igual de especial. Si pensáis que celebramos una boda triple… habéis acertado.

Leire, Patricia y yo recorrimos un pasillo hecho con flores sobre la nieve, para unirnos a nuestros futuros maridos, que nos esperaban guapísimos y emocionados bajo un arco de luces navideñas. Sara, a su lado, sujetaba un

cojín rojo con tres pares de alianzas, esperando el momento de entregárnoslas.

La ceremonia estuvo llena de palabras bonitas, promesas de futuro y, sobre todo, de amor. Mucho amor.

La celebración la hicimos en el comedor, que Sara había decorado junto a Patricia. Había quedado precioso: del techo colgaban cientos de luces blancas y rosas, que daban al ambiente un toque romántico y mágico.

Las tres tartas nupciales salieron de mi cocina. Cada una tenía un sabor distinto, pero lo más bonito era la decoración: en el último piso de cada una había una figura de un trineo con dos novios dentro. Cuando Sara las vio, se quedó maravillada y no paraba de repetir que, para su boda, quería una igual. Su padre, al oírla, casi se desmaya pensando en el día que nuestra pequeña volara del nido.

Al final del día, terminamos todos en la discoteca, bailando sevillanas. Sara se empeñó en que Dorian, Tito y Mateo las aprendieran para poder bailarlas con sus recién estrenadas esposas.

Una semana después de la boda fui a la consulta de la doctora Ruiz. No porque pensara que estaba embarazada otra vez —de hecho, había tenido el periodo, aunque el último fue un poco raro—, sino porque notaba algunas molestias que me tenían preocupada. No quise decirle nada a Dorian para no inquietarle, así que fui sola.

—Buenos días, Noelia. Cuéntame, ¿qué te pasa? —me dijo la doctora.

Le conté lo rara que me sentía, lo irregular que había sido el último mes y lo preocupada que estaba, porque sentía que algo no iba bien. Después de escucharme, me hizo una ecografía, y cuando la vi fruncir el ceño, supe que algo no estaba como debía.

—Me gustaría hacerte un análisis especial antes de confirmarte nada. Solo te adelantaré que no tienes nada malo, pero sí algo… inusual —dijo.

Sus palabras no sé si me tranquilizaron o me pusieron más nerviosa. ¿Qué podía ser aquello?

Una hora después volví a la consulta, cuando me llamó para darme los resultados de esos análisis «especiales».

—Estos resultados confirman lo que vi en la ecografía. Es algo que nunca había presenciado en toda mi carrera como ginecóloga —me dijo sonriendo —. Por eso pedí los análisis, para asegurarme.

—Dime ya qué está pasando, doctora, que me voy a desmayar de los nervios —le pedí impaciente.

—Pues menos mal que estás sentada… —contestó antes de darme la noticia.

Media hora después entraba en la salita, donde todos estaban merendando chocolate.

—¡Sara! Dime que esto no es cosa tuya —dije nada más entrar, visiblemente alterada.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Por qué vienes tan nerviosa? —preguntó Dorian, preocupado.

—Sara, ¿qué pediste de deseo en la tarjeta que colgaste en el árbol en Navidad? —le pregunté, ignorando a Dorian.

—Algo bueno —me contestó ella, sonriendo.

—Necesito saber las palabras exactas que pusiste.

Frunció el ceño y respondió:

—Deseo que las próximas Navidades seamos una gran familia.

—¡La madre que me parió! Sabía yo que tú tenías algo que ver con lo que está pasando —dije, llevándome las manos a la cabeza y dejándome caer en una silla.

—Noelia, por favor, ¿puedes explicarnos de qué hablas? ¿Qué ha hecho Sara que te tiene así? —preguntó Dorian, desesperado.

—¿Que de qué hablo? ¡Que a la señorita se le ha vuelto a cumplir su deseo! Pero vaya la que ha liado por no especificar bien las palabras. Ha pedido una gran familia… ¡Y la vamos a tener, vaya que sí!

—No me entero de nada —repitió Dorian. Los demás ponían la misma cara de desconcierto.

—En las próximas Navidades la familia será más grande, como Sara deseó —dije, llevándome la mano a la barriga.

—¿Estás embarazada? Eso es estupendo, ¡otro bebé! —dijo Dorian, feliz. Pero la sonrisa se le borró en cuanto solté la bomba.

—¡Trillizas! ¡Vamos a tener trillizas!

Epílogo



Diez años después…

—¡¡¡Mamá, míranos!!! —me gritaba Belén, una de las trillizas, mientras bajaba a toda velocidad por la cima con su trineo, seguida de los demás.

—No hace falta que los vigiles como una mamá osa, les he enseñado bien —me dijo Sara, agarrándome por los hombros. Mi querida Sara, que ya era una muchachita de casi diecisiete años.

—No puedo evitar preocuparme cuando echan carreras. Me recuerdan tanto a ti cuando te deslizabas con tu trineo naranja, gritando y riendo como una loca —le dije, dándole un beso en la mejilla.

—Voy a subir a poner un poco de orden, que si no, en unos minutos, la tribu se revolucionará —dijo echando a andar hacia la cima.

Yo me quedé abajo, contemplando los rostros de felicidad que tenía ante mí. Había un montón de trineos… tantos como hijos habíamos tenido Leire, Patricia y yo.

Patricia y Mateo habían tenido un niño, Sergio, que ya tenía ocho años. Dos años después llegó Nuria, que acababa de cumplir seis. Patricia seguía encargándose de las actividades del complejo, y Mateo continuaba siendo el alcalde del pueblo.

Leire y Tito, por su parte, habían tenido tres hijos: dos chicos, David y Marcos, de nueve y siete años, y la pequeña Noelia, de cinco, que llevaba mi

nombre en honor a mí. Leire seguía ayudándome con la administración del complejo y Tito trabajaba desde casa, como Dorian.

Y luego estábamos nosotros. Cuando Dorian me prometió que seríamos una gran familia, jamás imaginé que se emplearía tan a fondo.

Siete hijos, nada menos.
Y porque le dije que ya era hora de parar… si no, habríamos acabado formando un equipo de fútbol entero.

Habíamos agotado todos los nombres de la famosa lista que Sara escribió años atrás para elegir el de su primer hermano.

La primogénita, Sara, con casi diecisiete años, era el vivo retrato de la felicidad. Le seguía Noel, que ya había cumplido diez. Era una copia exacta de su padre, no solo en el físico, sino también en el carácter.

Después venían las trillizas: Estrella, Belén y Natalia. Cuando Dorian se enteró de su existencia, aquel día en la salita, casi se desmaya del susto. Ya tenían nueve años, y eran tan iguales y distintas a la vez, que nunca sabías qué esperar de ellas. Siempre estaban tramando algo y traían de cabeza a todos, sobre todo cuando arrastraban a los pequeños en sus travesuras.

Los últimos en llegar fueron los gemelos, Gabriel y Ángel, de siete años, otro deseo cumplido de las tarjetas navideñas de Sara.

Una docena de niños entre las tres familias: agotadores y encantadores a partes iguales. El jaleo que se montaba cuando nos juntábamos en el comedor o en la salita era de locura.

María y Pili eran fundamentales en la crianza. Sin ellas, no sé qué habría sido de nosotras entre tantos pañales y biberones.

También contábamos con la ayuda de Rodri y Laura. Se casaron hace dos años; aquellas visitas diarias de Laura a la tienda, para llevarle café a Rodri, surtieron efecto. Su amor se coció a fuego lento, y ahora esperaban a su primer hijo, que nacería la próxima Navidad.

Nuestro querido Tony nos había dejado hacía tres años. Vino un londinense al complejo para pasar unos días y le robó el corazón. Después de muchas idas y venidas, Tony cogió su petate y se presentó en Londres, dispuesto a quedarse junto al amor de su vida. De vez en cuando, volvían a visitarnos, sobre todo en Navidad.

En aquel momento, mientras observaba a mi familia, me sentí completamente feliz. Orgullosa de mí misma, por haber sido valiente cuando debía, por haber dejado atrás una vida que no me hacía feliz y por haber construido una que sí lo era. Mi padre tenía razón: mi destino no estaba allí, sino aquí.

Ay… mi padre. Cuánto lo echaba de menos.

Sobre todo cuando miraba a los pequeños, Gabriel y Ángel, tan parecidos a él. Le habría encantado verme rodeada de tantos niños, junto al hombre que me amaba con locura.

Y, sobre todo, le habría encantado verme feliz en el lugar que elegí para formar mi familia. *Eterna Navidad* había sido mi sueño, pero sabía que ese sueño nació gracias a él.

—Mamá, es la hora de practicar las sevillanas —me dijo Natalia, que se había puesto a mi lado, tirándome de la manga del abrigo.

—Díselo a los demás e id yendo a la discoteca. Voy a mandar un mensaje a Patricia y Leire para que vayan también —le contesté.

Tres veces por semana practicábamos sevillanas con todos ellos. La afición de Sara se había contagiado al resto, y pasábamos ratos maravillosos bailando y tocando palmas juntos.

Echaron a correr todos a la vez cuando Natalia les avisó de la hora del baile. Cargados con sus trineos, pasaron primero por el almacén —que habíamos tenido que ampliar para poder guardarlos todos— antes de dirigirse a la discoteca.

Con tantos niños, también habíamos tenido que ampliar las casas, especialmente la nuestra. Ahora era el triple de grande, y seguramente,

cuando los pequeños fueran creciendo, nos tocaría añadir más habitaciones.

De momento, las trillizas y los gemelos compartían cuarto entre ellos, pero llegaría el momento en que cada uno querría su propio espacio.

Llevábamos una hora bailando cuando recibí un mensaje de Dorian. Me pedía que fuera a casa, que tenía algo que mostrarme y no podía esperar. Les dije a las chicas que volvería enseguida y me dirigí hacia allí.

Dentro reinaba un silencio inusual para un hogar con siete hijos. Llamé a Dorian, pero no respondió. Recorrí toda la casa hasta llegar a nuestra habitación, el último lugar que me quedaba por revisar. Nada más cruzar la puerta, sentí cómo sus brazos rodeaban mi cintura desde atrás y sus labios empezaban a besarme el cuello.

—¿Qué querías mostrarme? —pregunté entre jadeos.

Da igual cuánto tiempo pasara… con un solo beso seguía consiguiendo encenderme como el primer día.

—Quería mostrarte que sigo amándote y deseándote igual que entonces —susurró contra mi piel—. Y darte las gracias por ayudarme a cumplir mi mayor deseo.